Botellas de naufrago

Pues para ellos-sin saberlo-

arroje al mar estas botellas de naufrago

Alberto Salcedo Ramos

Con mi Amistad.

Diciembre 11/2021/Bogotá

Jaime Jaramillo Escobar

Salcedo Ramos, Alberto, 1963-

Botellas de náufrago / Alberto Salcedo Ramos. - Bogotá: Luna Libros, 2015

376 paginas; 17 cm. - (Colección Creación)

ISBN 978'958'8887-12-8

1. Crónicas colombianas 2. Caribe (Región) - Vida social y costumbres - Crónicas 3. Colombia - Vida social y costumbres 1. Tit. 11. Serie.

070.44 cd 21 ed.

A1498264

CEP-Banco de la Republica-Biblioteca Luis Ángel Arango

Distribución mundial

Cuarta reimpresión: 2020

© Alberto Salcedo Ramos, 2015

Luna libros

© Luna Libros SAS, 2015

Calle 97 No. 16-50, Bogotá, Colombia

Tel. (571)21845 33

www.lunalibros.com

Diseño de colección: Hugo Ávila

Diseño de cubierta: Hugo Ávila

Ilustración de cubierta: Lorenzo Jaramillo, Bodegón, óleo sobre lienzo, 1991

Fotografía del autor: Julieta Solincee

ISBN: 978-958-8887-12-8

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser reproducido por ningún medio sin el permiso escrito de la editorial.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Divertimentos, conjeturas

La alegría del error

“Errar es humano”, dijo un pato mientras se bajaba de una gallina. Yo crecí oyendo ese chiste en casa, y les voy a decir por qué. Para mi familia yo era el niño más torpe y distraído del mundo. Tropezaba con los peñascos, compraba lo que no me habían encargado, dañaba el juguete de Nochebuena antes del amanecer. Siempre era yo el que nombraba lo innombrable, el que hacia la pregunta indiscreta, el que confundía al vecino vivo con su hermano muerto, el que pulsaba el timbre en la casa deshabitada, el que rompía el jarrón predilecto de la abuelita, el que llevaba la libreta de Geografía a la clase de Matemáticas. El que pisaba el orín del perro.

Todos podemos contar más o menos la misma historia. Hoy todos vemos esas pitias de la infancia como anécdotas. Sin embargo, en su momento algunas de ellas me pusieron en aprietos. Me avergonzaron, me angustiaron, me hicieron sentir limitado frente a lo que estaba más allá de mis narices. Los niños no conducen ebrios por las autopistas ni le adeudan dinero al fisco, pero cometen errores que también tienen un costo. Cuando tenía nueve años le pegaba coscorrones

a Huesito, el niño más enclenque del salón de clases, y cuando tenía doce le robe una gallina a una anciana del barrio. Lo primero me valía una paliza del hermano mayor de Huesito. Lo segundo, una zurra de un tío.

En la infancia uno empieza a forjar el método para sortear los errores inocentes o culposos que comete. Desde niño ya sabía, por ejemplo, que siempre me iba a dar pavor hablar en público y, sin embargo, tenía claro que me tocaría hacerlo una y otra vez, aunque me muriera del susto. De ese modo me adiestre oportunamente en el manejo del ridículo, un monstruo del que nadie se encuentra a salvo.

Siempre que acepto hablar en público me invade la sensación de haber cometido un error. Cuando me niego a hacerlo, también. Uno puede equivocarse tanto si actúa como si se queda quieto. Puede juzgar mal, puede fracasar con las mejores intenciones. Conviene saber eso a tiempo.

La mejor forma de aprender a enmendar los errores es cometiéndolos. Así conocemos el mundo y descubrimos de que material estamos hechos.

Asumir nuestras burradas es disfrutar. El hombre decae cuando renuncia a la manzana para aferrarse a su mísero espacio en el paraíso. “Que no sea tu cuerpo la primera sepultura de tu esqueleto”, aconsejaba Jean Giraudoux. Por algo la palabra “errar” sirve indistintamente como sinónimo de equivocarse y como sinónimo de andar. Al fallar comprendemos, nos endurecemos, avanzamos.

Me gano la vida cometiendo errores, es decir, haciendo textos. El verbo texere, en latín, significa tejer. Escribir es eso: garrapatear una frase, borrarla, garrapatearla otra vez, tejerla con la siguiente, construir el sentido palabra a palabra. En cada línea fallo, en cada línea tengo una nueva oportunidad. Los errores nos retan y nos ayudan a sostener la búsqueda.

A veces el esfuerzo es insuficiente para enmendar el error. He aprendido también a bailármelo. Aparte de los yerros involuntarios derivados de mi torpeza, están los perpetrados a conciencia. Siempre he creído, por ejemplo, que es muy estúpido huir del amor para ahorrarse una estupidez. Así que cuando Cupido me apunta con su flecha le ofrezco el pecho, a sabiendas de que podría matarme. Después veré como diablos resucito. Si es imposible corregirlo, nos queda la opción de convertirlo, por lo menos, en un asunto bailable.

Un abrazo, por favor

Un abrazo es lo que más cuesta y lo que menos vale.

Lo que más cuesta porque somos timoratos, porque andamos prevenidos, porque tememos parecer cursis o empalagosos. Además, creemos que revelar el afecto duele.

Y lo que menos vale porque lo hemos convertido en una simple muletilla social, una estampilla que pegamos mecánicamente al final de nuestras cartas, sea quien sea el destinatario.

“Un abrazo”, escribimos al rematar el email. “Un abrazo”, anotamos en el muro del cumpleañero anónimo en Facebook. “Un abrazo”, le decimos a nuestro interlocutor telefónico.

Obsequiarle abrazos al corresponsal lejano es fácil. Lo difícil es dárselos en persona al tío más allegado. Somos diligentes para el mimo exhibicionista en las comunidades virtuales y melindrosos cuando estamos a solas con el prójimo. Para abrazar de verdad hay que desnudar el alma. Entonces preferimos la distancia, porque así el abrazo se transforma en un formulismo cómodo.

A veces me pregunto si WhatsApp no sería inventado por un negociante lucido tras observar que hoy la gente solo sabe abrazarse desde lejos. Muchos han llegado al colmo de mandarle abrazos orales a la persona con la cual están conversando frente a frente.

—Hasta luego. Un abrazo —le espetan ahí, a medio metro de distancia.

Otros llevan siempre a la mano una tabla de Excel en la cual están predeterminados los abrazos que van a dar a lo largo de su vida: uno para el vecino el 31 de diciembre a las doce de la noche, uno para la tía-abuela Magnolia en sus bodas de oro, uno para el compadre si sale vivo de la Unidad de Cuidados Intensivos.

Formalismos, puros formalismos. Abrazar de ver- dad es una experiencia muy honda, no un asunto relacionado con protocolos. Si abrazamos de dientes para afuera a todo el mundo al final no abrazamos del pecho hacia adentro a nadie, ni siquiera a la gente a la cual queremos.

En este punto recuerdo una caricatura de Roberto Fontanarrosa sobre unos esposos sentados en la tribuna del estadio:

—A mí el futbol no me gusta —advierte la señora—, pero yo insisto en venir a la cancha a ver si en una de esas hay un gol y mi marido me abraza.

También recuerdo un pasaje del libro Lo que no tiene nombre. En él la autora, Piedad Bonnett, cuenta que varios intelectuales fueron torpes para darle el pésame por la muerte de su hijo. Según ella, los intelectuales se inhiben en la expresión del sentimiento por miedo al ridículo. “No saben abrazar”, sentenció. En cambio el albañil de su casa le expreso sin dificultades unas palabras afectuosas que la hicieron sentir abrazada.

No creo que la inhibición sea exclusiva de los intelectuales, pero le concede razón a Piedad Bonnett en que los abrazos van mucho más allá del contacto físico: se sienten en nuestras palabras, en nuestro trato. Olvidemos la mana de repartir abrazos demagógicos entre extraños y aprendamos a abrazar de verdad a los seres amados.

A mí, por fortuna, mi madre me enseno a tiempo que los brazos, pesados como plomo cuando están comandados por los prejuicios, se vuelven alas gráciles cuando solo le hacen caso al amor.

Una banda sonora para mi cumpleaños

Escribo esta columna dos días antes de cumplir cincuenta y dos años. He encontrado la canción que necesito para ayudarme a argumentar, he subido las persianas para que entre la luz. Mientras saboreo el primer café de la mañana miro sin pesar las marcas que el tiempo va dejando en el dorso de mis maños: surcos pronunciados, piel ajada. Hay otras huellas que se sienten más porque están adentro, como la perdida de varios seres queridos.

Eso sí: estoy vivo. Quiero decir que no soy simple- mente un sobreviviente, alguien que se limite a salir del paso cada día, sino un tipo satisfecho. Duermo a pierna suelta, doy besos bajo la ducha, conservo mis amigos, me siento amado por mis hijos, gozo de salud, ejerzo el oficio que quiero ejercer y, encima de todo, puedo comer empanadas en cualquier fritanga de esquina sin temor a que alguien venga a pasarme cuentas de cobro. Mi desahogo también se debe a que disfruto el amor sin someterme a hipotecas ni imponérselas a nadie.

Crecí en una región hedonista donde se le concede mucho valor al gozo del instante. Nuestras abuelas nos decían que lo que no se va en lágrimas, se va en suspires. Entonces, ¿por qué buscarle al cuerpo males que no ha pedido en vez de obsequiarle un fandango bajo la luna? El azúcar hace daño, pero no le encuentro ninguna gracia al café amargo; los alimentos fritos producen colesterol, pero me interesa más la dicha que la longevidad. Vinimos a pasarla bien hasta cuando se pueda, así que prefiero morir dándome gusto en el convite que abrumado por las prevenciones.

Un amigo inglés, ya cincuentón, me contaba que a veces, al contemplar sus fotos antiguas, descubre que en ciertos momentos fue feliz y no se dio cuenta. Por andar buscando la felicidad como un estado de gracia permanente olvido disfrutar varios sucesos gratos. Yo, en cambio, no necesito que este instante haga tránsito hacia el álbum fotográfico para percibir, dentro de veinte años, su encanto. Aunque el cielo sea ahora menos radiante, el café que me estoy bebiendo es magnífico.

No digo que viva sin problemas, ni que sea un sabio enterado de cómo se debe vivir, ni que carezca de frustraciones. Digo, simplemente, que a pesar de mis limitaciones, a pesar de las adversidades y a pesar de los muchos propósitos malogrados, se defenderme

I con el sentido del goce que aprendí en casa. Cuando me faltan los langostinos recuerdo que tengo un paladar capaz de disfrutarlos; cuando caigo en la cuenta de que no se bailar, me digo que, aun así, la música es mi escudo.

Afortunados quienes saben hallar tesoros en las cosas simples, aquellos que, según el verso del poeta Gómez Jattin, “miran a la riqueza de perfil mas no con odio”, los que en lugar de ponerse

a comparar sus uvas con las del vecino aprenden a elaborar vino para brindar por la amistad y los placeres.

¡Salud, mis amigos!

¡Salud, mujer maravillosa!

Los. placeres, ay, los placeres.

Siempre he creído que los placeres simples no son simples placeres. Ayer me comí un salmón estupendo, después hice la digestión caminando en un jardín lleno de nardos perfumados. Compré melocotones en almíbar, leí a Camus, oí a Compay Segundo.

Ahora sigo mirando con regocijo el nuevo día a través de la ventana. Mi madre decía que la actitud endulza el café cuando escasea el azúcar. Supongo que por ahí principia el bienestar.

Empiezo a oír la canción de la cual quería hablarles. Fue grabada en los años sesenta por Cristina y sus Stop con el título de Tres cosas hay en la vida. La gente suele suplicarle a Dios los elementos exaltados en esa canción: salud, dinero y amor.

Dios, ¡ay, Dios!

Hay que ver el montón de personas que buscan un dios como simple pastillita dominical para aliviar sus conciencias, personas que se dan golpes de pecho en nombre de la misericordia y después maltratan al subalterno debito cuentan sin ruborizarse el dinero que ganaron en forma tramposa.

En este punto recuerdo un chiste cruel: estaba un rico venido a menos pidiéndole a Jesucristo que le con- cediera una lotería millonaria para saldar sus deudas. De pronto apareció un indigente que también tenía necesidades.

—Oiga, Diosito, ¿será que usted me regala una moneda para comprar pan en la tienda?

El rico venido a menos miro con desprecio al menesteroso.

—Mira, pelao, ¡yo te doy la moneda, pero no me distraigas a Jesús!

Muchos andan convencidos de que el cielo les pertenece a ellos y a nadie más, y de que los problemas ajenos son insignificantes. Mi idea del bienestar pasa por negarme a visitar los templos donde se avala la mezquindad de esos tipos.

¿amor? Ya les dije: lo tomo como una motivación para levantar el vuelo, no como una carga para hundirme.

¿Sakid? Por ahora me las arreglo sin los médicos.

¿el dinero? ¡Ay, el dinero!

En mayo de 1995 iba caminando por Sevilla con mis amigos José Manuel Camacho y Ariel Castillo Mier cuando fui retenido en la calle por una gitana de flor en la oreja. Me dijo que antes de veinte años yo iba a tener una cita importante con el dinero. Me gustaría volver a encontrarla, no para reclamarle, sino tan solo para informarle que cumplí mi parte, yo fui a la cita. El dinero fue el que me quedo mal.

Pero no lo lamento en absoluto. No quiero ser un tipo que necesite guardias para custodiar cada centavo, ni quiero concederle más importancia a la cuenta bancaria que a mi tranquilidad.

Además, puedo apañármelas para comer camarones al ajillo. Compadezco a esos avaros que por temor a quedarse pobres en el futuro viven como pobres en el presente.

Vivo como rico sin la calamidad de serlo. Más aún: soy rico porque pasado mañana, día de mi cumpleaños, volveré a caminar por el jardín de los nardos. Seria lindo que además pudiera tocar la guitarra al volver a casa, pero no se hacerlo. Eso sí: la falta de talento no me impedirá ponerle al momento una banda sonora portentosa. Desde ya tengo a la mano mi disco favorito de Billie Holiday.

La peste del olvido

Justo ahora, cuando usted lee este párrafo, alguien intenta recordar una clave que se le ha olvidado: la de su tarjeta bancaria, o la de su correo electrónico alterno, o la de acceso a su computador, o la de sus cuentas en las redes sociales. Si de algo nos hemos recargado en estos tiempos es precisamente de claves de seguridad que no nos atrevemos a anotar en un papel pero que tampoco somos capaces de retener en la memoria.

^Dije “alguien”? Sería más exacto hablar en plural. Todos hemos olvidado alguna de esas claves. Cuando digo “todos” no me refiero solo a los más veteranos, los que ya empezamos a buscar por la casa los lentes que tenemos colgados en la frente. También les sucede a los muchachos, como lo confirme recientemente en un salón de clases integrado por jóvenes menores de veinticinco años. Cuando pedí que levantaran la mano los que no hubiesen padecido el problema, na- die lo hizo.

—Profe —me dijo entonces un chico de rostro malicioso—. ¿Usted sabe la diferencia entre miedo y pánico?

—adelante, enséñemela usted!

—Miedo es que a los veinte minutos de haber salido de la casa usted se toque el bolsillo y descubra que olvido llevar el teléfono celular. Y pánico es recordar que esa mañana su novia se quedó en la casa viendo televisión al lado de donde usted dejo el celular.

Para el director de cine Alfred Hitchcock la máxima expresión del espanto era un hombre que al abrir la puerta del ascensor en la parte más alta del edificio, no desembocaba en un piso sino en el vacío. Para nosotros el terror consiste en irnos para la tienda y dejar el correo electrónico abierto.

Y justo por eso, porque tenemos miedo, le ponemos clave a todo. Clave al iPhone por si nos lo roban, clave al computador para que nadie distinto a nosotros acceda a nuestros documentos. Habitamos en un mundo encriptado, digo, pero somos incapaces de retener las claves que nosotros mismos inventamos. Cuando se nos olvida el “Ábrete Sésamo”, nos quedamos atrapa- dos en la cueva, sin el tesoro y a merced de los cuarenta ladrones.

Eso sucede, en parte, porque hemos descuidado la memoria: o bien se la confiamos por entero a los artefactos tecnológicos, o bien la usamos solo como depósito de la información cotidiana. Antes, cuando un interlocutor le daba a uno su número telefónico, uno se lo grababa de memoria sin necesidad de anotarlo. ¿Alguien volvió a hacer eso? Hoy un aparato digital nos indica cual es el código PIN de la mujer amada pero a nosotros se nos olvida cuál es su sabor preferido.

Hubo un tiempo en que “la peste del olvido” era apenas una maravillosa ficción creada por Gabriel García Márquez. Hoy es una realidad. Nos extraviamos en la mañana de nuestros

propios códigos virtuales. Y por eso ahora, además de olvidar hasta la contraseña más fácil, hemos ido perdiendo la capacidad de defender nuestros mejores recuerdos.

Días de radio

Hace poco le pregunte a mi hijo Mario, de veinticuatro años, si sería capaz de apagar el televisor en la final del mundial de futbol y dejar encendido solo el radio.

—Ni loco.

Los muchachos de hoy pueden seguir al instante cualquier competencia deportiva. En sus dispositivos tecnológicos encuentran el video, la fotografía, la nota de prensa, el post de Facebook, la frase de Twitter. Ellos aceptan combinar esas opciones con la narración radial, pero jamás renunciarían a la imagen en movimiento para quedarse solo con la voz del locutor.

—¿Por qué? —le pregunte a mi hijo.

—Sin imágenes no sabemos lo que pasa. Necesitamos ver.

Le conté que en mi infancia yo si estaba obligado a usar la imaginación. Entonces los locutores radiales describían acciones de las que no había ningún registro visual. Ellos eran la única opción que teníamos para saber que sucedía en los escenarios deportivos. Cuando afirmaban que el balón le saco astillas al madero, nos figurábamos un remate potente, aunque ignoráramos desde que punto exacto de la cancha fue cobrado el tiro libre.

Gracias a las voces de aquellos locutores fuimos espectadores en coliseos donde jamás estuvimos, y aprendimos a ver con los oídos.

Yo vi con los oídos algunas hazañas que en su momento fueron esquivas para mis ojos, como el triunfo de Muhammad Ali sobre George Foreman y la actuación de Mark Spitz en los Olímpicos de Múnich.

Las voces de aquellos locutores le conferían al deporte un toque mítico. Contaban proezas reales que parecían ilusorias debido a que sus protagonistas eran intangibles. Lo que vemos es profano, lo que no vemos es divino. En la Formula 1, Schumacher gano más que todo el mundo, pero se dejó ver mientras ganaba y por eso fue apenas un gran campeón. Juan Manuel Fangio fue un Dios porque les hizo sentir su omnipotencia a miles de fanáticos que no podían verlo.

No podían verlo, digo, pero si seguir sus pasos en las narraciones radiales. Las voces de aquellos locutores, le advierto a mi hijo, no solo nos contaron momentos sublimes de nuestro deporte: también construyeron una banda sonora bonita para nuestra infancia.

Había que oír la gracia oral que tenían esos tipos. Cuando un beisbolista llevaba tres ponches en el juego, Marcos Pérez Caicedo decía que estaba “atravesando el Niagara en bicicleta”. Cuando un boxeador caminaba a gatas en la Iona mientras tanteaba el piso con uno de sus guantes, Napoleón Perea lo definía como alguien que “acaba de despertarse y está tratando de apagar el despertador”. Cuando un ciclista preparaba su bicicleta antes de la competencia, Carlos Arturo Rueda advertía que estaba “enjalmando su caballito de acero”.

Sobre todo, hijo, esos tipos transmitían emociones. Oye esta historia: cuando el argentino Jorge Valdano le metió un gol a Alemania, en el mundial del 86, simplemente pensó que con esa anotación aumentaban su ventaja y se acercaban al título. Nada más.

Años después, ya retirado del futbol, oyó su propio gol en la voz del locutor José María Muñoz. Entonces descubrió que estaba más emocionado que cuando lo anoto, así que, con la piel erizada, levanto el puno derecho y volvió a celebrarlo.

Días de telenovelas

A comienzos de los años setenta, cuando yo era niño, vivía en San Estanislao, un pueblo caliente y arenoso del norte de Bolívar.

Allí, a diferencia de lo que sucedía en otras partes de Colombia, no se vivía el "sueño americano". Los habitantes, campesinos en su mayoría, sonaban con irse para Venezuela a trabajar como ordenadores en los hatos ganaderos o como empleadas domésticas en las casas de familia.

Entonces un bolívar venezolano valla diez pesos colombianos. Era negocio ir a partirse el lomo un tiempo y volver al país con una moneda más fuerte.

Lo triste es que cada diciembre, cuando retornaban a San Estanislao, aquellos campesinos se enfiestaban y despilfarraban en pocos días el dinero que habían ganado con tanto esfuerzo durante meses e incluso durante años. Muchos se quedaban sin un céntimo y por eso no podían viajar de nuevo a Venezuela, para recomenzar el circulo vicioso.

En aquellos años la televisión era todavía en blanco y negro. No existía el control remoto. Había que encender el televisor girando hacia la derecha un botón largo. Minutos después —era indispensable revestirse de paciencia— aparecía en la pantalla un puntito blanco.

Imperceptible al principio, titilante después, el puntito blanco se iba expandiendo hasta transformarse lentamente en la imagen de cualquier cosa. Podía ser la de una señora que recomendaba un jabón en polvo, o la de un padre de familia que le untaba margarina a su tostada.

Lo que entonces queríamos ver, por supuesto, era la telenovela venezolana Esmeralda. Sobre todo mis tías, que suspiraban por el galán de moda, José Bardina.

Conserve algunas imágenes borrosas de aquella telenovela. Sé que el personaje protagónico, una mujer ciega, era encarnado por la actriz Lupita Ferrer. Sé que había un bobo que se llamaba Alipio. Sé que Esmeralda, como por arte de magia, recupero la vista en los capítulos finales. Imágenes difusas, insisto.

Lo que si recuerdo nítidamente es que veíamos la telenovela en compañía de Natividad Morales, una de esas empleadas domésticas que habían ido a Venezuela a ahorrar en bolívares para después regresar a San Estanislao a arruinarse en pesos colombianos.

Natividad, que había visto Esmeralda en Venezuela, se la sabia de memoria. Cuando había un conflicto en la trama, ella lo anunciaba: "Ahora Dominga se duerme con el cigarrillo prendido y el rancho se le quema". A mí me maravillaba eso. Yo sabía que ella no tenía el don de la adivinación, sino que había vivido muchos años en Maracaibo. Sin embargo, me gustaba que pareciera bruja. Todo lo que anticipaba, sucedía.

Analizando el asunto ahora, creo que me encantaba que ella, por el simple hecho de recitar una telenovela, se hiciera sentir. En su vida corriente Natividad era retraída, silenciosa, pero cuando empezaba a ver Esmeralda se desataba, y todos la oíamos con sumo interés. Lo que ella ejercía venía a ser una forma de poder.

Después descubrí que aquello era una costumbre de la época: las familias acordonadas contaban con una empleada doméstica que había vivido en Venezuela, y esa mujer tenía entre sus oficios caseros —por un acuerdo tácito suscrito con la patrona de la casa— anunciar- nos los desenlaces de las telenovelas.

En aquellos tiempos no había internet, ni computa- dores, ni bibliotecas, ni televisión por cable. Vivíamos aislados en un rincón impenetrable del mundo donde

ni siquiera se arrimaban las brisas. No nos llegaba el progreso, pero si las telenovelas venezolanas.

Ya sé que ninguna de esas telenovelas era Ciudadano Kane, pero sinceramente en San Estanislao nadie se murió de pena por desconocer a Orson Welles. Además, ¿dónde estaban Chaplin y Woody Allen cuando nosotros los necesitábamos en medio de aquella canícula feroz? Las telenovelas venezolanas, en cambio, nunca nos faltaron.

García Márquez dijo una vez que a la buena literatura se llega a través de la mala. Nadie se inicia con Dostoievski ni con Sartre. Por eso recuerdo con cariño a Esmeralda: sé que era malísima, pero me alegro la infancia y me despertó, para siempre, la pasión por las historias.

A Juan José Hoyos

Pertenezco a la cofradía de quienes aman las cartas escritas a mano. Me han servido para enamorar, para agradecer, para abrazar, para increpar, para conciliar, para acercarme más a mis amigos, para aclarar lo que dije mal cuando me expresé oralmente.

Mi vida podría resumirse en las cartas que he escrito. A los siete años le envié una a mi abuela para decirle que me gustaba su peinado nuevo. Yo vivía con ella, la veía a toda hora, por lo cual hubiera podido lanzarle el piropo en persona. Pero supongo que intuitivamente le confería más valor a la palabra escrita que a la hablada.

A los ocho años le mandé una a mi hermana Chari, con quien había discutido, para proponerle hacer las paces; a los nueve le escribí una a mi madre para decirle que quería darle un beso “del tamaño del cielo”; a los dieciséis le envié varias a una morena que al pasar por mi casa balanceaba las caderas como con maldad.

Por mi parte, he sido destinatario de muchas cartas escritas a mano. Soy de los que, a pesar de la ansiedad,

rasgan el sobre con cuidado. Me encanta inspeccionar las estampillas y oler la tinta. Acaso lo más grato es con- templar los arabescos que arma la caligrafía en el papel. Al intuir en que pasaje se entrecorto la respiración del remitente o en que oración se quebró hasta las lágrimas, se me agita el pecho. Entonces le doy la razón a Sofocleto cuando dice que las cartas son electrocardiogramas de la ausencia.

El hombre estreno su imaginación cuando invento formas de arrimarse a los seres lejanos por medio del lenguaje. Al principio utilizo señales de humo, luego apelo a espontáneos mensajeros de vereda, después busque ayuda entre los rapsodas. También mando razones con jinetes, con centinelas de barco, con auxiliares de tren.

Como las razones orales solían deformarse en el camino había que crear un mecanismo de protección. Las cartas pusieron el mensaje a salvo de las tergiversaciones y avivaron las señales de humo hasta devolverles su fuego original.

Estimulaban la imaginación y nos adentraban en un ritual entrañable: borronear una hoja en blanco, esperar varios días, intuir las reacciones de quien recibía

nuestro mensaje, adivinar sus gestos, aguardar la contestación. Uno acariciaba a la novia lejana con las yemas de los dedos de las palabras.

Después vinieron la máquina de escribir, el telefax, el email, los recados urgentes, el tono pragmático.

Producimos emails en serie porque el trabajo nos fuerza a hacerlo, pero somos incapaces de garrapatear unas palabras amorosas para nuestros amigos. Recientemente mi hermano y colega Juan José Hoyos, que si cultiva aun el hermoso vicio de mandar cartas sin necesidad, me reprendió por llevar tanto tiempo silenciado. Lo hizo con una grosería esplendida: “Tengo muchas cosas que contarte, ¡pero merécetelas, hijo de puta!”.

Me temo que a estas alturas mi vida también podría resumirse en las cartas que he dejado de escribir. Quisiera hacerle una, por ejemplo, a mi hija Oriana para responderle aquella pregunta difícil que me hizo cuando estaba pequeña:

—Papi, ¿a qué hora abren el cielo?

El cielo, hija mía, siempre está abierto, pero solo tienen derecho a el quienes todavía se atreven a escribir cartas a mano.

Mi mejor edad

La mejor edad era una en la cual uno tuviera la despreocupación de un bebe, la memoria de un púber, la insensatez de un quinceañero, la agilidad de un mu-chacho de dieciocho años, la gracia de un mozalbete de veinticinco, el espíritu maldadoso de un soltero de treinta, la seguridad de un cuarentón al que las cosas le van bien.

Una edad en la cual floreciera la inteligencia como a los cincuenta, emergiera la sabiduría como a los ochenta y adquiriéramos, por fin, la virtud de la indulgencia, como si tuviéramos noventa.

Una edad en la que uno corra, salte, sea fuerte, comprenda, recuerde, baile, bese, tenga mucho sexo, ame, sea amado, disfrute, viaje, produzca, sea saludable, almuerce sin restricciones, vuelva a bailar y vuelva a besar.

Pero como no existe tal edad nos toca apañarnos con la que vamos teniendo en cada momento de nuestras vidas. Así, las mejores edades son los veinte cuando tenemos veinte y nos sentimos a gusto, o los setenta cuando los aceptamos con dignidad.

Hace poco mi abuela Elvia —noventa y dos años— me soltó esta perla: “Cuando uno esta joven gasta salud buscando plata, y cuando uno está viejo gasta plata bus- cando salud”.

En cada edad ganamos, en cada edad perdemos.

Además, no hay fórmulas: uno puede equivocarse tanto si se reprime como si se desborda, tanto si trabaja mucho como si holgazanea, tanto si planea como si improvisa.

A los cincuenta y un años avisto sin dolor ciertos surcos en el cuello, ciertas ojeras porfiadas, ciertos cabellos tristes entre los dientes de mi peine. Miro lo que ya perdí como serial de lo vivido, y definitivamente no lo lamento. No corro, pero llego lejísimos caminando, no bailo el fandango con velocidad, pero termino la canción. Amo las palabras que todavía no he dicho, los besos que me faltan, los mimos que la vida aún me debe, y un par de ojos en los que apenas empiezo a mirarme.

Corto un tomate en cuadritos perfectos mientras oigo una canción de Cayetano Veloso. Destapo el aceite de oliva, me paladeo por anticipado. Y me digo que, aunque desconozco lo que vendrá, lo espero con todo el corazón.

Plan de escape

Una vez viaje en avión con uno de esos seres híper conectados de hoy. El tipo usaba al mismo tiempo su computador portátil y su teléfono móvil. Íbamos sentados en la fila de dos puestos.

Al otro lado del pasillo se encontraban tres subalternas suyas. El ejecutivo les impartía ordenes, les solicitaba documentos. Mientras revisaba cada diagrama que le pasaban, seguía enchufado a sus aparatos tecnológicos como el moribundo a su tanque de oxígeno: reganaba a un interlocutor por el teléfono celular, continuaba tecleando en su laptop.

Todos conocemos a esos adictos a la tecnología que pululan en la fauna humana contemporánea. Indiferentes al entorno, andan siempre conectados a algún cachivache, y convierten cada espacio por el que transitan en una simple prolongación de sus oficinas.

Para estos individuos disperses no es ningún problema realizar simultáneamente las más variadas actividades: oyen música en su iPod, chatean por WhatsApp, montan fotos en Instagram, escriben frases en Twitter, ven videos en YouTube, y todo eso mientras preparan informes de trabajo.

Además de dedicarse a tantas cosas al tiempo, son temerarios: cierran los ojos dentro de los buses —con lo peligroso que es hacer eso en Colombia— para disfrutar mejor las canciones de su aparato tecnológico; suben las escaleras eléctricas con la vista enterrada en su teléfono móvil, o en su equipo de juegos. La adicción y la sensatez, ya lo sabemos, no suelen ir de la mano.

El fotógrafo Camilo Rozo me conto que vio a una pareja en un restaurante elegante de Bogotá. En la mesa había velas, flores rojas, viandas exquisitas. Sin embargo, ninguno de los novios parecía interesado en la atmosfera romántica que los envolvía: ambos tecleaban de manera compulsiva en sus respectivos BlackBerry. Abochornado por la escena, Rozo considero su deber elevar una plegaria urgente por los dos enamorados:

-Ay, Dios mío —suspire—: ojalá que por lo menos estén chateando entre ellos!

El nombre del software que nos comanda no es gratuito: Windows. Encender el computador, en efecto, es abrir las ventanas para que, entre aire fresco, es iluminar lo que parece oscuro. Puede que este aparato sea útil

para escribir una novela o para elaborar un informe financiero, pero no nos engañemos: el computador nos sirve, sobre todo, para fugarnos de las tareas pendientes, de los problemas cotidianos.

A estas alturas Windows ya no es un simple pro- grama informático sino un plan de vida. Consiste en suponer que para zafarnos de la rutina basta con dar clic y abrir una ventana.

Todos los artefactos que hemos ido acumulando en nuestra fiebre tecnológica, desde el teléfono iPhone basta el disco duro externo, responden a ese criterio escapista. Nos abruma el universo real con sus criaturas trilladas, nos desespera este presente tan previsible. Entonces fisgoneamos la mansión de Michael Jackson para desertar de nuestra propia casa. O le subimos el volumen al iPod para que se oiga más aquel viejo bolero y menos la voz carrasposa de nuestro vecino, que insiste en hablarnos de sus deudas.

Casa de antigüedades

Hice mis primeras tareas de español en una máquina de escribir Remington que tenía una cinta de dos colores: rojo para el título y negro para el resto del texto. Como quería conservar copias de los ejercicios, usaba papel carbón debajo de las hojas bond tamaño carta. En el escritorio había, además, un lápiz azul cuya punta no servía para escribir sino para borrar. Aquel lápiz llevaba en el otro extreme una escobilla para evitar que los residuos se filtraran entre las teclas. Cuando la luz se iba, yo utilizaba una lámpara de petróleo.

Hay otros artículos de mi infancia que hoy son arcaicos: la plancha de carbón, la balanza romana, el Abaco, la rock ola tragamonedas, el mimeógrafo, las cámaras Polaroid, los discos de acetato, el gramófono, los walkietalkies, el telégrafo, el anafe.

¡Mucha agua ha corrido bajo el puente desde cuando dejé de ser aquel niño y me convertí! en este señor cincuentón de ahora. Es apenas natural que al volver la vista atrás los objetos de mi infancia parezcan sacados del Área de Noé.

Ahora bien, mi hijo Mario tiene tan solo veintitrés años y sin embargo podría contar la misma historia. Él ha visto desaparecer varios de los elementos que conoció en su niñez: el walkman, el VHS, los disquetes, el buscapersonas, la agenda electrónica, el teléfono celular con antena externa, los módems telefónicos.

Hoy cualquier edad es suficiente para armar un cementerio personal de cosas obsoletas. Todo es viejo, aunque sea reciente, y los elementos hacen demasiado pronto el tránsito de gran suceso a cachivache. Comprar el aparato sofisticado del momento es tan solo ayudar a que este empiece su ruta de vértigo entre el almacén y el museo.

En esta era digital no solo los objetos se vuelven anacrónicos de manera prematura: también los gustos de la gente. Los juegos infantiles de mi hijo, que en su momento parecían innovadores, son ahora unas antiguallas que solo despertarían bostezos entre los niños actuales. Islander se ve atrasado matando esas tortuguitas desde su patineta, Mario Bros es un fontanero caduco que ya no emociona a nadie con sus patadas voladoras.

Las cosas de antes, por lo menos, sobrevivían, aunque se volvieran anacrónicas. La máquina Remington en la que yo hacía mis tareas de español ya no se usa, pero todavía existe. En cambio, el primer computador que le regale a mi hijo seguramente es ahora un montón de chatarra.

Programar el envejecimiento de los objetos es la actividad favorita del hombre contemporáneo. Así mueve el engranaje de sus negocios y alimenta la orgia perpetua del consume. Al renovar los artículos que la misma proclama decrépitos, el hombre se siente moderno.

Esta sensación me quedo más clara cuando descubrí, recientemente, una tienda de ropa infantil Hamada “Ni azulito ni rosita”. Se promociona como una opción para “los bebes más modernos y originales”. Allí venden desde trajes rockeros en miniatura hasta mordedores móviles Smartphone.

En el colmo de nuestra chifladura, hasta los bebes nos parecen unos viejos que necesitan renovarse.

Ah, la envidia

Todos creemos que Maradona era un genio del futbol, pero Pele —la otra gran lumbrera de las canchas— solo se refiere a él en forma despectiva: lo trata de “pobre diablo”, de “vergüenza para el deporte”, y jamás le reconoce ningún mérito. Desde luego, su aversión esta correspondida por Maradona: “A Pele que lo devuelvan al museo”, propuso hace poco. En otra ocasión llego más lejos: “Pele debuto sexualmente con un pibe y le pegaba a la mujer”. Alguien tendría que decides lo ridículos que se ven al intentar reducirse entre sí a caricaturas grotescas, negándose mutuamente las virtudes que los demás mortales les alabamos.

La inquina entre Maradona y Pele es similar a la que había entre los actores Marlon Brando y Montgomery Clift, entre los escritores William Faulkner y Ernest Hemingway, entre los políticos Lyndon Johnson y Gerald Ford. Los poetas —sentencio Woody Allen— son como los mafiosos: solo se matan entre ellos. La frase podría aplicarse a los escultores, a los médicos, a cualquier gremio. Pintor desnuca a pintor y abogado desnuca a abogado. En cambio, hay que ver la generosidad con

la cual el músico elogia al dramaturgo, el dramaturgo al diseñador de modas y el diseñador de modas al acróbata de circo.

A los seres humanos, tan competidores, tan egoístas, nos cuesta lágrimas y sangre admitir las cualidades de quienes comparten oficio con nosotros, lo cual se torna más dramático cuando, para rematar, los colegas pertenecen a nuestra propia generación. Gore Vidal, por ejemplo, era un torrente de elogios cuando se refería a Walt Whitman, poeta que le llevaba ciento seis años, y una catarata de improperios cuando hablaba de Truman Capote, quien era narrador, come el, y tenía prácticamente su misma edad.

Se llama envidia y es uno de los siete pecados capitales. Un mal que, según el ex ciclista Cochise Rodríguez, destruye a más personas que el mismísimo cáncer. El envidioso es infeliz, amargado. Se pone, de entrada, en una situación de inferioridad. En su paladar de criatura enfadada, el mejor vino del mundo se transforma en un vinagre toxico. Nada le sabe bien, nada le satisface. Lo paradójico es que por pasar tanto tiempo deseando anular al envidiado —a quien en el fondo admira de manera pervertida— el envidioso termina anulándose a si

mismo. Y a menudo se convierte en un vulgar hampón. Entonces es Caín asesinando a su hermano Abel, o la patinadora Tonya Harding mandando a romperle una rodilla a su colega Nancy Kerrigan, o la reina de belleza cucuteña que recientemente habría ordenado quemar- le la cara con ácido a su competidora María Fernanda Núñez.

Dante Alighieri imagine un escarmiento terrible para los envidiosos: cerrarles los ojos y cosérselos, para que jamás festejen la desgracia del prójimo. Me temo que el verdadero castigo no es condenarlos a la ceguera sino dejarles Intacta la vista, justamente para que sufran más con los laureles ajenos. Porque ese es el problema de los envidiosos: se dan mala vida por

cuenta de una pasión dañina que, de todos modos, es inútil, pues no les ahorra la desdicha de ver desfilar frente a su casa la carroza triunfal de los seres a los cuales envidian.

Las vacaciones, ese horrible invento

A estas alturas del nuevo año —apenas seis días— muchas personas están urgidas de un masaje reparador. Quedaron fatigadas tras las vacaciones y ahora sí que necesitan descansar.

Pienso, por ejemplo, en esa señora que hoy por la mañana estaba en la playa con sus dos pequeños hijos. Le expurgaba el pescado al menor para evitar que se tragara una espina; le untaba crema bloqueadora al mayor para que no fuera a insolarse. Además, correteaba de allá para acá, daba gritos de alerta, recogía desperdicios en el suelo.

Pienso también en las muchas personas que viaja- ron por tierra. Tuvieron que empacar, amarrar, cargar, trastear, desatar, descargar, desempacar, cuidar, reacomodar. Sufrieron frio, calor, tragaron polvo en la carretera, soportaron hacinamiento, desmontaron llantas pinchadas, gastaron dinero, volvieron a gastarlo, siguieron aguantando incomodidades y ahora van de regreso a casa, endeudadas y molidas.

Por supuesto, pienso en quienes viajaron en avión. Afrontaron los consabidos abuses —sobreventa de vuelos, incumplimiento— más la arbitrariedad de moda en esta temporada: maletas represadas en el punto de partida, sin aviso previo, y enviadas horas después a sus lugares de destino. Hubo casos en los cuales la entrega tardo varios días.

Todas esas personas se extenuaron en sus vacaciones tanto como se habrían extenuado si hubiesen permanecido trabajando. Pero el balance es peor ahora, porque no regresaran a cobrar sino a pagar.

Quienes viajan en vacaciones padecen el mismo síndrome de los alpinistas: se sacrifican para alcanzar una cumbre idealizada, y cuando lo logran no tienen más opción que descender con la mayor dignidad posible hacia el mismo hábitat de siempre.

El viajero abandona su casa, donde vive plácidamente, y sale a jugarse el pellejo en la búsqueda de un placer demasiado incierto. Después de recorrer miles de kilómetros, su tinaco trofeo es retratarse en un museo artificioso o al lado de una estatua defecada por las palomas. Muchas veces el parque desconocido en el que se toma la foto no es tan bonito como el jardincito trillado de su barrio.

Definitivamente, las vacaciones están sobrevaloradas. O, por lo menos, la forma en que nosotros las usamos.

Para quedar en evidencia basta con acudir al diccionario etimológico: el vocablo “vacaciones” viene de “vácanos”, que significa estar vacante, desocupado. Pero en vacaciones hacemos “turismo”, que deriva de “tour”. Es decir, damos vueltas, nos movemos. En una palabra, trabajamos.

Eso de apretujarse dentro de un autobús, someterse a itinerarios turísticos aburridos y participar en decenas de compromisos sociales, no produce relajamiento sino estrés.

Si viajamos a nuestro lugar de origen simplemente a encontrarnos con la familia, también acabamos agotados después de comer donde cada pariente, aguantar a un montón de borrachos que nos hablan en la cara, y sobrevivir al reguetón de moda.

Para reponernos de las vacaciones, nada como volver a casa y sentarnos otra vez en el mueble favorito. Preparar café, recuperar el control.

Atrevernos de vez en cuando a no hacer nada aun- que el resto de la humanidad nos acuse de estar perdiendo el tiempo.

Esos seres arrogantes

Desde hace años colecciono frases y anécdotas de personajes arrogantes. Admito que siempre me han encantado esos seres tan políticamente incorrectos que son capaces de amarse a sí mismos en voz alta. Esos seres que se atreven a mostrar sin hipocresía su vanidad, sin preocuparse por hacerse perdonar el éxito, el poder o el talento. Esos seres que, para rematar, legitiman su insolencia al proferir frases agudas y divertidas.

Me temo que el ego, junto con la carne de cerdo, son los dos elementos más calumniados de la historia. La gente les echa la culpa de casi todo: de la gordura, del colesterol, de la falta de equilibrio en el cosmos, de la crispación o amargura del prójimo, del agujero en la capa de ozono. De cualquier cosa.

A muchos suelen gustarles los que se muestran humildes, así tal humildad no sea más que una fachada. Prefieren esa farsa a lidiar con personas que presuman de sus méritos reales o imaginarios. Yo puedo convivir sin problemas con un tipo que se quiera a si mismo más de lo que podría quererme a mí, o con otro que se crea genio, y así.

I

El verdadero trofeo de muchos ególatras no es su propio alarde sino la rabia que producen entre ciertos interlocutores. Muhammad Ali, el legendario excampeón mundial de boxeo, lo tenía clarísimo: “La gente no soporta a los charlatanes, pero siempre los escucha”.

He conocido vanidosos que saben mimetizarse, fingir modestia. Muchos los aplauden por eso. A mí me resultan más atractivos, insisto, los que se atreven a exhibir su soberbia sin preocuparse por cómo van a ser percibidos.

“Lo peor es cuando termino un capitulo y la máquina de escribir no me aplaude”, afirmaba Orson Welles sin ruborizarse.

Entonces la actriz Joan Crawford le hacia la segunda voz: “Si quieres ver a la chica de la casa de al lado, pues ve a la casa de al lado. Pero si quieres verme a mí, ten claro que vas a ver a una estrella”.

Con menos gracia, Jacinto Benavente resultaba más descarado: “Me ha tocado pagar en tiras de pellejo el lujo de ser mejor que los demás”.

Ustedes dirán que es fácil convivir con el ególatra en los libros biográficos, pero no en nuestra vida cotidiana. Yo les diré que habría dado cualquier cosa por oír al

físico Ernest Rutherford enrostrándome esta frase en un almuerzo campestre: “Al revisar mis primeros trabajos, me digo: caramba, Ernest, siempre fuiste un chico condenadamente listo”.

Mi reino por ir en un tren con cualquier escritor que me mirara como si yo fuera un microbio y el, un molino de viento enorme, y me soltara sin titubeos esta frase: “Nunca viajo sin mi diario. Necesito tener siempre a la mano algo sensacional que leer”. La dijo Oscar Wilde y se ve bonita

en el papel, pero les juro que también sería capaz de vérsela bonita a cualquier desconocido llamado Pepito Pérez. Y, sobre todo, de aceptar su derecho a decirla.

Ojo: no se trata de invitarlos a que anden por ahí "pordebajeando" a los demás. Solo digo que cuando uno se topa con cualquiera de los tantos soberbios que inundan el planeta, hay que dejarlo fluir sin tomárselo como una ofensa, ya que, como diría don Vito Corleone, "nada es personal".

Relájense, y seguro le encontraran la gracia a frases como esta de Paul Valery: "La estupidez no es mi fuerte". O como esta de Mark Twain: "Cada vez que me elogian me siento decepcionado: siempre creo que se quedaron cortos". O como esta del político Henry Kissinger: "No creo que en el mundo vaya a haber una crisis la semana que viene: mi agenda ya está llena". O como esta del músico Camille SaintSaens: "No es raro que de un árbol de manzano salgan manzanas. ; Por qué tendría que ser raro que de un compositor como yo brote música genial?".

Esos seres arrogantes serán muy difíciles de digerir, pero créanme: solo de nosotros, los interlocutores, depende que el asunto sea un veneno o un encanto.

Viajar es volver

El piloto informa que el avión ya alcanzo su altura maxi-ma. Doy un vistazo en derredor. Lo mismo de siempre: estos pasajeros duermen, aquellos oyen música, los otros ven películas, el de más allá lee, aquella escribe en una Tablet, sus vecinos conversan. Todos vamos para la misma ciudad y, sin embargo, cada quien llegara a una ciudad distinta.

El viajero no encuentra el lugar preestablecido que le ofrecen los mapas sino apenas el que él quiere encontrar. Si es punk se topará con una ciudad distinta a la que conocería si fuera granjero o ejecutivo bancario.

Buscamos en las ciudades visitadas el mismo gueto al que pertenecemos en nuestros lugares de origen. Por eso viajamos con unas anteojeras como las de los caballos cocheros: no tenemos visión panorámica, no reparamos en las sendas que consideramos ajenas. Al viajar, más que descubrir sitios nuevos, nos encerramos en nuestros límites; más que ensanchar el horizonte, lo encogemos.

Ahora mi vecino empieza a llenar la tarjeta de inmigración. Ah, olvidaba hablar de esas incomodidades.

Tramitar formularios, someternos a requisas, hacer fi- las, quitarnos y ponernos el cinturón, deslizar la computadora por el escáner, esperar la maleta en la banda transportadora, trastearla, permanecer muchas horas en los aeropuertos. Al viajar pasamos de los primores de la postal a los suplicios del mundo real.

Acaso el peor de esos suplicios es sentirnos todo el tiempo bajo sospecha, como me lo recuerda ahora la tarjeta de inmigración con sus preguntas recelosas: ¿cuánto dinero llevo?, ¿en qué hotel me alojare?, ¿cuándo diablos me devolveré?

Me dirán que sarna con gusto no pica, como advierte el refrán. Les recordare que aún me falta lidiar con guardianes rudos, enfrentarme a mas interrogatorios, hacer otras filas, someterme a nuevas esperas. Quizá me aíslen en un cuartito opresivo, quizá traigan a dos perros enormes para que olfateen mis maletas.

Ay, las maletas, como pesan las maletas. Además de ir cargadas, son símbolos de desarraigo.

Mañana, cuando este en la ciudad hacia la cual me va llevando este avión, recibiré de golpe una avalancha de información nueva que apenas si podre asimilar. Probare comidas que me indigestan, oiré palabras que no comprendo, transitare por caminos en los cuales me extravió. Viajar es aprender para luego olvidar.

A veces, al contemplar mis viejos álbumes, tengo la sensación de que nunca estuve en los lugares don- de aparezco retratado. Desconozco el parque en el cual poso sonriente, me pregunto cuando pose debajo de aquel farol. ¿Estuve alii, realmente? Viajar es una ilusión, y eso es así porque nos resulta imposible apropiar- nos de los espacios que no nos pertenecen. Mientras más viajamos, menos conocemos.

Llega un momento en que los viajeros ya no sabemos ni donde estamos ni hacia dónde vamos.

Ahora, mientras el piloto informa que el avión ha comenzado a descender, me deprimo al imaginarme con el morral a la espalda. Es duro andar por ahí con la casa a cuestas como el caracol. Lo único que quiero, entonces, es estar otra vez en el patio donde pase la infancia, único lugar del mundo que conozco de memoria, el único que me pertenece, el único al que necesito volver.

Viajar es desbaratarse el peinado

Una cosa es recorrer millas y otra, viajar. Para lo primero basta un boleto. Lo segundo requiere mucho más que un desplazamiento físico. Viajas cuando conviertes la travesía en una experiencia visceral, cuando verdaderamente sales de ti mismo, cuando comprometes el alma. Lo otro es simple turismo.

Conozco a un paisano que se negó a comer callos a la madrileña, con el argumento de que el mondongo debe prepararse en sancocho como lo hacía su tía Zoyla. También he visto a muchos descalificar ciertos lugares porque son demasiado montañosos o demasiado pianos, o porque tienen gente muy ruidosa o muy callada, o porque están unos de imperialistas o de comunistas.

Personas que viajan sin mover las manecillas del reloj porque solo aceptan la hora de su villorrio, personas que llevan maletas muy pesadas porque, como desconfían de lo que encontraran, necesitan apegarse a lo que ya tienen; personas que se atrincheran en la música de sus audífonos y jamás se abren a las melodías que están allá afuera.

Personas que se están yendo sin irse.

Lo que no les huele a lo que saben oler, les hiede; lo que les suena de un modo distinto al que reconocen, les chilla, lo que desconocen no es porque lo desconozcan sino porque no existe. El mejor saxofonista del mundo —gritan a los cuatro vientos— es el vecino, pero eso sí: jamás han visto uno más allá de los confines de su parroquia. Cuando finalmente lo ven, por supuesto, les parece carente de gracia.

Por todo eso, mi acepción preferida de la palabra “viajar” es “mudar”, porque además de incluir el tras- lado geográfico contiene la metamorfosis del viajero. Mudar es lo que hacen las aves cuando vuelan de un lugar a otro, pero también lo que sucede cuando se des- prenden del plumaje. El viaje como mutación y, luego, como apertura.

Al deshacerse de sus prejuicios como el pájaro de sus viejas plumas, el viajero tiene una interacción más afortunada con los espacios. Los disfruta aunque parezcan feos, los comprende aunque tengan costumbres muy distintas a las suyas.

No es poca cosa aceptar que en el mundo también caben quienes le echan hielo al café negro, quienes oyen tropipop, quienes ven películas de Steven Seagal, a quienes regalan esquelas cursis y quienes comen patacones dulces. El viajero que se abre ante el mundo siempre encontrara un mundo abierto ante él.

Lo mejor de viajar no es visitar museos, ni descubrir vinos, ni probar manjares, ni asolearse en playas, ni conocer culturas, ni comprar libros, ni volverse mundano.

¿Que será, entonces, lo mejor? ^Acaso dejar que el viento nos desbarate el peinado adusto y nos aleje de nuestra perniciosa zona de confort?

Lo mejor de viajar, digo, no es lo que encontramos allá afuera: ni el trompetista callejero de Nueva Orleans que nos embriaga con su tonada, ni la travesía en barco que, al atardecer, nos trae a la memoria aquel bello verso de José Ángel Buesa: “El mar sigue cantando cuando pierde una ola”.

Lo mejor es no tener como meta el lugar que aparece impreso en el boleto de viaje, sino aprender a observar el mundo con ojos nuevos.

Versos perversos

Voltaire escribió en el siglo 17 que cualquier cosa que sea demasiado estúpida para ser dicha, puede ser cantada. Voltaire, recordemos, compartió época con músicos grandes como Bach y Vivaldi. ¿Qué tal si le hubiera tocado, como a nosotros, aguantarse a Pipe Peláez y a Tito Rojas?

Las canciones malas siempre me han procurado una especie de placer retorcido. Las oigo con interés genuino y llevo un registro minucioso de sus frases disparata- das. Woody Allen se imagine el infierno como un lugar replete de malos músicos. Es posible que tenga razón, pero yo no arrojaría a esos malos músicos a la paila de Satanás, sino que más bien armaría con ellos una banda sonora divertidísima.

Empezaría, como no, con Ricardo Arjona: “Y es tanta mi fe que aunque no tengo jardín ya compre una podadora”. Luego seguiría con un verso del acordeonero Juancho Polo Valencia que siempre me ha parecido un absurdo delicioso: “¡Con tanta democracia con que yo te enamoraba!”.

¿Y qué tal Galy Gallano, quien en vez de decide a su ex amada que todavía la recuerda le dice que conserva “viviente su recuerdo en el cofre encefálico”?

En el Museo Universal del Disparate hay de todo. Dejo atrás a Galy Gallano y ahí mismo me topo con Charlie Zaa, justo cuando el tipo está cantando un despropósito monumental: “En el azabache de tu blonda cabellera”. Más allá esta Cristian Castro mostrándole al mundo que, al igual que Zaa, tiene problemas serios con los colores: “Y es que este amor es azul como el mar azul”. ¿Acaso podría ser azul como el mar Rojo? Me escapo saltando por la ventana y ¡zas!, me encuentro de frente con Fonseca, quien entona uno de los versos más patéticos de la historia: “Eres el negativo de la foto de mi alma”.

A continuación, me espera Rey Ruiz con una frase absurda en la que queda claro que no sabe ni escribir ni sacar cuentas: “Fue mi media mitad”. ¿Su “media mitad” quiere decir algo así como

el veinticinco por ciento? Tanto Bécquer como Pitágoras deben estar revolcándose en sus tumbas.

Se nos perdió la poesía de antaño, definitivamente. La de Agustín Lara y Rafael Hernández, la de José Barros y Enrique Santos Discepolo, la de José Alfredo Jiménez y Alfredo Zitarrosa. Por rebajar el nivel de las letras para ponerlas al alcance de todo el mundo, las casas disqueras convirtieron la música popular en un carnaval de melodías insulsas, estribillos estúpidos y percusión alocada.

Eso desesperaría al ya citado Voltaire, pero a mí, insisto, me divierte.

Oigo a Chayanne cantando una cursilería enorme: “Tu pirata soy yo y mi mar es tu corazón”. Entonces veo un disco de mi admirado Juan Luis Guerra. Seguro va a entonar algo hermoso y de ese modo se acabará el placer que estoy sintiendo en este Museo Universal del Disparate. Pero no, también Guerra anda hoy cantando tonterías: “Vives en el óleo de mis días y hasta en el sudoku de mi sinfonía”.

Amen. Amen.

Si todo el mundo fuera Bob Dylan, nadie seria

Bob Dylan (Ay, Ricardo Arjona)

Cuando descubrí a Ricardo Arjona en la televisión, lo que más me impresiono no fue la tontería de sus versos sino el engreimiento con el que los cantaba:

Hay pingüinos en la cama

por el hielo que provocas

si hace un mes que no me tocas

“Patético”, pensé, y en seguida supuse que un adefesio de ese calibre desaparecería pronto de la escena, borrado por la industria discográfica u olvidado por el público. Además, me dije, si acaso se le diera por seguir cantando sería imposible que compusiera una majadería peor que esa de los pingüinos en la cama, porque la estupidez tiene un límite y el, seguramente, acababa de alcanzarlo.

En cuanto a los dos primeros pronósticos, me equivoque de cabo a rabo: el tipo, aparte de ser mimado por su compañía disquera, ha recibido los favores de miles de personas que lo consideran un hibrido de trovador con profeta.

Mi tercer vaticinio tampoco fue afortunado: ano tras ano Arjona se ha encargado de demostrar hasta la saciedad que es una cantera inagotable de disparates. Un día canta: “Sera porque no me gusta la tapicería/ que creo que tu desnudez/ es tu mejor lencería”. Y al día siguiente, cuando nos imaginamos que le resultara imposible sacarse de la manga una sandez tan colosal como esa, el vuelve a la carga con la propuesta más embrollada y ridícula que un amante le pueda plantear a su musa: “Mejor dime que no/ y dame ese si como un cuentagotas/ dime que no pensando en un sí/ y déjame lo otro a mí”.

Eran los tiempos en que Arjona me caía mal. No me mortificaban tanto las necedades que escribía como sus poses. Y lo peor era, justamente, esa falta de límites que mencione hace un momento, la cual quedo en evidencia, una vez más, cuando Arjona salió al mercado con la que

podría considerarse su apuesta más arriesgada: una canción dedicada a la menstruación: “De vez en mes te haces artista/ dejando un cuadro impresionista/ debajo del edredón/ de vez en mes con tu acuarela/ pintas jirones de ciruela/ que van a dar hasta el colchón”.

¡Cómo me fastidiaba la cháchara de Arjona, su incontinencia verbal! Mi amiga Sol Aliverti, estupenda periodista argentina, me conto que cuando hay luna llena se preocupa, porque empieza a preguntarse qué pelotudez se le estará ocurriendo a Ricardo Arjona. Entonces me dije: caramba, por lo menos el tipo inspira bromas inteligentes.

Sin embargo, tropezarme con alguna de sus letras era algo que seguía rompiéndome las pelotas. Me molestaba que Arjona, para mostrarse original, le cantara a lo que nadie más le cantaba, y que lo hiciera con su tonito impostado de paladín de las causas perdidas. Un día vaticine que, en el futuro, el hombre escribiría una canción contra el impuesto predial y otra contra el aborto, narrada en primera persona por el propio feto. En materia de tremendismos, me decía, este cantante y compositor guatemalteco no se anda por las ramas.

Lo curioso es que mientras más furioso me ponía por las letras del disparatado cantautor, más se iba llenando el mundo de cómicos anónimos que hacían chistes esplendidos sobre él. Una mañana, al despertar de un sueño intranquilo, encontré este en mi correo: “Mas asustado que una metáfora en el escritorio de Ricardo Arjona”.

Un día concluí que es mejor sonreír que encrespar- se, y que no vale la pena quemar neuronas tratando de comprender el discurso del personaje. Lo importante no es entender cómo logra renovar su amplio repertorio de sandeces, sino disfrutar el resultado. ¿Dije disfrutar? Si, disfrutar. Oigan sus canciones como chistes y verán lo divertidas que son.

“Tu ADN está en la cama, y yo lo clono para mí”. “El presente es un atleta sin pies”.

“Tengo un stock de besos sin estreno”.

Así que los fundamentalistas que quieren ahorcarlo deberían invertir su esfuerzo en algo más útil. Si todo el mundo fuera Bob Dylan, nadie seria Bob Dylan. Se necesitan los malos versos para apreciar mejor la grandeza de los buenos. Y ese es, precisamente, el aporte generoso de Ricardo Arjona: se sacrifica haciendo sus canciones patéticas para que los colegas suyos que si son sensatos luzcan mejor ante nosotros. De modo que mientras el respire el circo tendrá payaso y, por tanto, sentido.

Caribe soy

He madrugado a sentarme frente al mar Caribe por- que necesito encontrarme conmigo mismo. Aquí podre liberarme, aunque sea solo durante un rato, de todos esos ruidos urbanos que me intoxican: la bocina de los automóviles, el timbre de los teléfonos, el reguetón de mis vecinos, la estridencia de los transeúntes.

He venido a estas horas porque quiero disfrutar ese momento en que el sol brota como desde dentro del mar y colorea el horizonte. Entre tanto, oigo la sonata del oleaje, veo el tapiz de agua espumosa viniendo al encuentro con mis pies desnudos.

Librado de los escándalos de la urbe oigo, sobre todo, mi propia voz. La oigo recitando una antigua tonada negra de Candelario Obeso:

Que oscura que esta la noche la noche que oscura esta así re oscura es la ausencia ¡boga, boga!

Después la oigo pronunciando el hermoso response de Jorge Artel por la muerte de un boga adolescente. Entonces vuelvo a sentir la congoja que sentía en la infancia cuando declamaba ese poema. Siempre extrañare la voz del muchacho pescador que en las noches de juerga "tiraba su grito como una atarraya abierta".

Eso sí: ahora, gracias al sosiego que me produce este amanecer y al rumor familiar de las olas, he vuelto a oír las coplas que entonaba el boga cuando arribaba a tierra firme. El mar trae de regreso algunas voces dejadas de lado, así como devuelve a la playa ciertas cosas perdidas. En apenas un instante me ha permitido oír de nuevo a Candelario Obeso y a Jorge Artel.

Oigo a papa Alberto, que murió hace doce años; oigo a un hermano de él, que murió hace treinta y cuatro. Oigo las voces de todos mis mayores, esos que en un verso precioso de Rojas Herazo aparecen descritos como "un ramo de abuelos que reunidos me pesan". Me gusta venir al mar en calma de la mañana para disputarle al olvido estos tesoros.

Por eso siempre repito, en coro con Ramiro de la Espriella, que para quienes nacimos en el Caribe el mar es más un oleaje de sangre que de iodo. Se derrama

t desde nuestras vísceras porque lo tenemos adentro. Oír su rumor es oírnos, oírnos es reencontrarnos.

Ahora, mientras el sol incendia el horizonte, mientras una resaca de agua tibia me acaricia los pies, mientras los vientos alisios barren la playa como escobas enardecidas, me pregunto si el mar es macho, como proponía Hemingway, o hembra, como pretendía Virginia Woolf.

El de Hemingway es macho, sin duda. También lo es el que nos legaron nuestros antepasados en los patios del Caribe, desde Cuba hasta Santo Domingo, desde Santa Marta hasta Kingston. Macho cuando se le da por bravuconear saltándose los malecones para arremeter contra las ciudades, macho cuando oxida las cerraduras de las puertas con su salitre, macho cuando libra su combate testarudo contra las rocas.

Me temo, sin embargo, que también es hembra, aunque yo a estas alturas me niegue a llamarle "la mar" para no sonar afectado. Es hembra porque su voz en calma es la de nuestra madre cuando nos arrullaba, es hembra porque su oleaje son las caderas complacientes de la mujer amada, es hembra porque su vaivén es el chinchorro de la abuela meciéndonos eternamente.

Cada quien encuentra el mar que se merece. El mío es ese líquido amniótico, maternal, que tengo al frente, en el cual me hundo cuando necesito renacer.

Si no eres el muerto, ríete

Tendría seis años cuando vi por primera vez un cadáver. Sucedió en Arenal, el pueblo polvoriento donde me criaron mis abuelos maternos.

Me impresiono descubrir súbitamente apesadumbradas a las mismas señoras que cada tarde caminaban hacia la iglesia parloteando a grito pelado. Para mí, hasta ese momento, ellas habían sido la personificación de la alegría. Siempre dejaban a su paso una estela de júbilo con sus carcajadas atronadoras. Bailaban en los carnavales, hacían ruedas de canto en las novenas navideñas, organizaban bingos de beneficencia en los cuales seguía prevaleciendo la música. Pero aquella tarde, en el velorio, lloraban sin consuelo ante la caja de madera que presidia la sala.

Impresionado por la repentina gravedad de sus rostros, le pregunte a mi madre que sucedía, y ella me respondió que don Hugo había muerto. No recordaba a ese señor, pero debía de ser muy importante para que tanta gente estuviera reunida en la sala de su casa.

—¿Que es estar muerto, mami?

—Es como ponerse a dormir y no despertarse más.

En ese punto mi madre, que nunca me hablaba con eufemismos, le añadió a su metáfora una explicación descarnada: al muerto lo meten en un cajón de madera, y luego en una fosa donde es devorado por los gusanos.

—el que se queda muerto ya no puede bailar más, mami?

—No, hijo. Cuando uno se muere se acaba el baile.

Alguien abrió una especie de ventanilla que tenía el ataúd en la parte de arriba, y entonces todos nos arrimamos a curiosear. El señor Hugo estaba tieso, la piel verdosa, los labios apretados. Era evidente que nunca más zapatearía una cumbiamba.

En cambio los muchos paisanos que acompañaban el velorio desde el patio sí que podrían bailar un mapale en cuanto lo quisieran. De hecho, no parecían estar de duelo sino enfiestados: jugaban domino, contaban chistes, hablaban de música, tocaban las palmas. A ratos algunas de las señoras de la sala venían al patio, y acá perdían el semblante lloroso para convertirse de nuevo en las mujeres de risa permanente que yo había conocido en el vecindario.

Jamás he olvidado la historia de mi primer cadáver. La veo en perspectiva como un ritual de iniciación muy

importante por cuanto permitió que me adentrara de manera temprana en la esencia del Caribe. Allí, en esa casa, estaba todo lo que somos: el golpe de las fichas de dominó contra la mesa para evitar que don Hugo nos contagiara con su silencio, las palmas que suplantaban al tambor para inventar una fiesta de mentiras donde en realidad había un luto doloroso.

En nuestras coplas más famosas aparece ese recurso típicamente engañoso del Caribe que consiste en sobrellevar el miedo disfrazándolo de fiesta:

Este es el amor-amor el amor que me divierte cuando estoy en la parranda no me acuerdo de la muerte

Usamos el humor para ayudarnos a vivir. Intuimos que si la risa existe es porque se necesita para soportar ciertos golpes inevitables. Entonces repetimos, en coro con Jean Giraudoux, que el cuerpo no debe ser la primera sepultura del esqueleto. Mientras no seamos el muerto seguiremos bailando y riendo, y hablando a gritos para taparle la boca a la Señora Muerte.

La escultura del Joe

Años atrás nadie se imaginaba al Joe Arroyo convertido en escultura. Era previsible que cuando muriera se eligieran monumentos en su honor, pero nosotros no estábamos en la pista de baile para anticipar ese momento sino para seguir disfrutando su bembe.

El Joe era nuestro Mandinga, mi vale, ¿sabes cómo es?, el man que nos hacía brotar al africano que llevábamos adentro. Nos alebrestaba con sus tamboras, nos inflamaba el espíritu, nos hacía liberar todos los sudores aplazados. En una palabra, nos ayudaba a desoxidar el cuerpo.

Por nada del mundo íbamos a dañar la fiesta sacándolo de nuestra pista de baile para montarlo como esfinge en un pedestal.

—2El Joe como estatua? ¡Zafa, jirafa!

Eso se les deja a los políticos, siempre tan rígidos como la piedra. Pero, ¿para qué conos íbamos a petrificar al Joe, si él no era un prócer sino un centurión de la noche, el bárbaro que desataba nuestros furores en las tinieblas?

Además, un músico grande como él podría arreglárselas después de muerto para sobrevivir en la memoria

colectiva sin necesidad de que algún artista le hiciera una escultura.

Pero el Joe murió, mi vale, ya tu sabes. En esos casos los gobernantes sacan a relucir su oportunismo, así que el alcalde de Barranquilla, Alex Char, ordeno hacerle un monumento.

—¿El Joe convertido en estatua?

Ni modo, mi vale, ya en ese momento tocaba. Tu sabes que nosotros, los caribes, aunque seamos iconoclastas estamos habitados por un espíritu adorador. Si ya no podríamos tener al Joe de cuerpo presente capitaneando nuestras rumbas, por lo menos seguiríamos venerándolo en su altar de bronce.

El monumento le fue encargado a un artista plástico talentosísimo, Gino Márquez, quien plasmo al Joe haciendo uno de sus pasecitos de baile mientras tocaba la clave. Quedo tan vivido allá arriba, en su pedestal, que parecía seguir dándonos aquella orden que nos daba desde la tarima cuando estaba vivo:

—Muévete bien, muévete bien bailador y deja que te invada la alegría.

Al verlo sentía uno ganas de volver a dar un pasito tun tun, ae, llevo pasito tun tun, ae. Pero tú sabes como

es el vacile aquí en el Caribe, mi vale: a nosotros no nos gusta aplaudir a nadie sino comer prójimo, y más cuando se trata de un paisano talentoso. Así que empezamos a encontrarle defectos por todas partes a esa bendita estatua: que el Joe había quedado gordo a pesar de que cuando murió estaba flaco; que el Joe había quedado flaco a pesar de que cuando murió estaba gordo. Que debieron dejarlo sonriente para que se le viera el diente- cito recubierto de pro, que debieron ponerle el gorrito africano que tanto le gustaba. Que esto y lo otro, mi vale, que patatín y que patatán.

Un colega de Gino Márquez —¡ay, nunca falta la gota de cicuta de los colegas! — esgrimió un argumento tan estúpido como xenófobo: al Joe no debieron inmortalizarlo luciendo una chaqueta, pues él no era cachaco.

—¡Ay, ¡Dios, ay Dios! A mi Dios todito le debo.

La muerte del Joe fue ayer nada más, mi vale, en julio de 2011. Nos falta todavía mucha perspectiva para apreciar esa escultura. Pero te garantizo que tus nietos la van a encontrar portentosa, y seguramente querrán beberse un trago en memoria del Joe, el único, nuestro Mandinga.

Elogio del piropo

En este momento eres la dueña de la acera. Tu cuerpo, ceñido por ese traje vaporoso, es un aullido del trópico. Y el balanceo musical de tus caderas anticipa el desmadre del mapale. No existe, te lo digo sin rodeos, la mínima posibilidad de que uno te vea y voltee para otra parte, haciéndose el desentendido, silbando, como si fingiera que el mundo sigue tranquilo, como si ignorara que se aproxima un temblor de tierra. Esto no es Suiza, querida, sino el Caribe. Así que con toda seguridad los tipos que están sentados allá en la esquina, al fondo de la calle, te van a lanzar un piropo.

Defiendo, ya lo sabes, el derecho al piropo. Tienes razón cuando protestas contra los patanes que te enciman con lujuria y te dicen palabrotas obscenas. A esos barbaros deberían imponerles el castigo de limpiar los baños de todas las cárceles de mujeres que hay en el mundo. Así que no perdamos tiempo en ellos. Pero, además, no sobra recordarte que lo que esos guaches te arrojan al pasar no son piropos. En el idioma castizo de nuestros mayores y en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, piropo es sinónimo de flor, óyelo

bien. Por eso nuestras abuelas retribuían los cumplidos con aquella frase atildada que ya casi no se usa: “Gracias por la flor”.

Los hombres que lanzan piropos en las esquinas son, por lo general, gente del populacho. Los magnates están en otra parte, querida, en el mar Báltico, o en Ibiza, embriagándose con sus doncellas de figurín. Si un magnate de esos te abordara en un salón de coctel, seguramente llevaría la espada desenvainada, como el matador que se apresta a dar la estocada final, porque esos monarcas son conscientes de sus ventajas y las hacen valer a mansalva. ¿En cambio, el albañil de aquel edificio en construcción, lo ves?, te suelta la lisonja sin esperar ninguna contraprestación. Él sabe que tu no le dirás: “Ay, que palabras tan graciosas: bájate rápido de ese andamio para que hagamos el amor”. Simplemente quiere notificarte que existe y que te admira. El hecho de que te obsequie el halago aun a sabiendas de que no conseguirá ningún favor tuyo, es un detalle generoso, admítelo.

Los hacedores de piropos transforman la calle en un gran teatro de la picaresca: “Quisiera ser bizco para verte doble”. “Vete por la sombrita, mamita, que el sol

derrite los bombones”. Ellos no podrían elogiar tus “hombros de champagne”, como Breton, ni invitarte a “florecer volando en una bicicleta”, como Neruda, porque no son poetas de oficio. Apenas son seres corrientes que dedican su chispa a la tarea diaria de matar el tiempo que nos mata. Y fíjate que aunque no han leído a tahúres del lenguaje como Ramón Gómez de la Serna, son capaces de hacer unos juegos de palabras sorprendentes: “Quisiera ser tu profesor de tercero, para pasarte al cuarto”. Ahora que varias calles se han convertido en tocos de violencia, te pido, muchacha, entender el significado social de esos chicos que dejan de jugar futbol para lisonjearte cuando pasas. Ellos son a la convivencia lo que Greenpeace es a la conservación de los bosques: defensores de una forma de humor que nos sirve, al fin y al cabo, para celebrar la vida.

Echar el cuento

¿Guardar un secreto en el Caribe? Ni de fundas. Más fácil sería vaciar el mar con una totuma.

Me lo dijo en la alta Guajira una de esas matronas que fuman cigarrillos sin filtro con el cabo encendido dentro de la boca.

Entonces recordé la siguiente historia:

A comienzos de los años noventa los colombianos padecíamos la época más dura del narcoterrorismo: los narcotraficantes ponían carrobombas en las zonas públicas, dinamitaban aviones comerciales, asesinaban a altos funcionarios. Para poder investigarlos, el Estado creo el programa de "jueces sin rostro", magistrados que al actuar con la identidad oculta tenían ciertas garantías.

En la región andina aquellos jueces de emergencia lograron mantener sus nombres encubiertos, pero en el Caribe el asunto fue a otro precio. Una tarde, mientras hacia la fila para pagar en un supermercado de Barran- quilla, vi como la cajera se dirigió a gritos al hombre que estaba delante de mí:

—Doctor Martínez: supe que lo nombraron juez sin rostro. ¡Lo felicito!

¿Juez sin rostro en el Caribe? Ni de fundas: alii los hechos empiezan o terminan siendo de dominio público. Un militar de alto rango me conto que por eso es difícil planear un atentado en esa región sin que se revele con antelación. Hay una gran necesidad de contarlo todo, incluso lo que todavía no ha sucedido. En todas partes se comadrea, ni más faltaba: la diferencia es que en el Caribe la gente —locuaz, exuberante— se da el lujo de chismosear en tiempo futuro. Allí no le informan a uno que Claudia abandono al marido, sino que lo va a abandonar, y da la casualidad de que al poco tiempo lo abandona.

En el Caribe la indiscreción y la habladuría son formas de combatir el subdesarrollo. Al asomarnos por la ventana podemos ver esa película que nos estaba negando la falta de un cine. Al parlotear en las esquinas podemos inventar una diversión donde antes reinaba el bostezo.

Además, en una región predominantemente rural lo privado se vuelve colectivo tarde o temprano. Hay pueblos en los que, por falta de moteles, los amantes deben juntarse en espacios exteriores. Todo el mundo los ve cuando se internan en los callejones, y ellos pue-

den convivir sin problemas con la idea de que su acto de amor se democratice.

En el Caribe los murmullos han sido la principal herramienta de control político. Ciertos senadores corrompidos le tienen más miedo a la lengua viperina de los taxistas que a la pluma de los reporteros. Es que los periodistas decimos lo que sabemos cuándo chismoseamos entre nosotros, pero luego escribimos nuestras notas con una asepsia aburridísima. Los taxistas, en cambio, tienen un solo discurso, y lo multiplican con eficacia demoledora.

En cualquier parada de buses los peatones desconocidos intiman cual viejos amigos. Se cuentan sus cuitas, comparten sus asuntos. Quedarse callado seria como oír la voz de la muerte.

Por eso lo contamos todo, bueno o malo.

- ¿Quedarme callada? Ni de fundas. —Me lo dijo la ya mencionada matrona guajira cuando le pregunte si aceptaría dinero para guardar un secreto.

—Ninguna plata del mundo —agrego— me haría más feliz que echar el cuento.

La manteca que nos une

En una calle de Estocolmo, un haitiano thai vez piense que el jamaiquino que está a la vista, en la misma acera por donde el anda extraviado, es uno de los suyos. Cuando lo oiga hablar en inglés quizá sienta la decepción del sediento que, en el desierto, acaba de ver un oasis donde no lo había.

Si al frente de los dos esta una mesa de fritangas que no es ni jamaiquina ni haitiana sino venezolana, uno y otro —y por supuesto también el señor de Venezuela que vende las frituras— se sentirán en familia.

Lo que nos divide en el Caribe, según el poeta dominicano Pedro Mir, es la lengua. Lo que nos une, según la escritora puertorriqueña Magali García Ramis, es la manteca. Empanadas repletas de carne grasosa y vísceras de res que chorrean aceite, encuentra uno en Kingston y en Cartagena, en La Habana y en Portobello. En el Caribe inglés y en el español, en el holandés y en el francés. A las diez de la mañana o a las seis de la tarde, muchísimas de nuestras calles se convierten en comederos comunales. Y descomunales.

Hay otras cosas comunes, desde luego. En nuestro territorio principio la colonización de América. El mar en el que nuestros antepasados buscaban la armonía con el Universo nos fue arrebatado por las grandes potencias, que no lo usaron como fuente de belleza sino como teatro de guerra. También nos une el predominio de la luz sobre la penumbra y un cierto garbo de danza que convierte el acto de caminar en la antesala de la fiesta. Luego está el tambor, que nos pone alas en los pies. Nadie quiere matar ni matarse cuando suena el tambor, ya sea en un bolero cubano o en un reggae de Jamaica. Tal vez por eso, pese a afrontar los más agudos problemas sociales, el Caribe es la región del mundo que presenta el menor índice de suicidios.

Entre todas las cosas que nos unen, nada tan sabroso como una fritanga que extiende ante nuestros ojos su variedad de colores y texturas. Pienso, por ejemplo, en una reina pepiada caraqueña, en un mofongo de San Pedro de Macorís o en una butifarra de Soledad. Se trata de un placer que, en principio, es óptico y después visceral. No importa que, como dicen algunos, esta adicción a la grasa sea la opción que elegimos en el Caribe para, de todos modos, suicidarnos. Para perder lentamente en la mesa la vida que nos había devuelto el baile.

El hombre del Caribe rechaza de piano todo lo que le priva del placer. Comer coliflores es mucho más sano que comer papas rellenas, de acuerdo, pero también es mucho más triste. De la misma manera podrían imponernos la música de cámara, con el argumento de que, a diferencia del salvaje tambor, es apacible y se puede escuchar sin necesidad de despeinarse y sin sudar. ¡Que nos mate lo sabroso, nunca lo insípido!

Si nos quitaran la manteca, no habría manera de que el pobre haitiano extraviado en Suecia pudiera hermanarse con el jamaiquino que también anda perdido y con el venezolano de la acera de enfrente, para sentir de una vez por todas que no hay aburrimiento que dure cien años ni hombre del Caribe que lo resista.

Defensa del corroncho

Si algo extraño de San Estanislao, el pueblo donde me criaron mis abuelos maternos, son los personajes corronchos de mi infancia.

Corroncho es ese personaje ignorantón, campechano, que jamás aprendió a manejar el control del televisor, el que no sabe cómo abrir una lata de Coca Cola ni marcar un numero en el teléfono móvil, un ser de piel curtida y espíritu agropecuario.

Los corronchos, ay, los corronchos.

Uno de ellos, Mane Chibolo —peón eterno en la finca del viejo Albe, mi abuelo— llego una mañana a la casa con el encargo de amansar un mulo cerrero. Era corpulento, grandote y tenía las manos enormes repletas de callos. Cuando fue a colocarle la montura al mulo, este le asesto una patada en el pecho. Entonces Chibolo lo derribo con un puñetazo feroz en el hocico. A continuación, se le sentó encima, a horcajadas, y le soltó una advertencia rotunda:

—Maldito mulo: me ganaras en inteligencia, ¡pero en fuerza te jodes!

También recuerdo la mañana en que fui con mi abuelo a la finca y encontramos a uno de sus ordenado-

res, apodado El Docto, con el ojo tumefacto y amoratado. Había peleado con uno de sus compañeros. —¿Por qué? —le pregunto mi abuelo.

—Ese tipo me dijo infeliz, me dijo desgraciado, me dijo hijueputa, y yo no le pare bolas.]Lo que si no le podía aceptar era que me dijera individuo!

¡Ay, los corronchos! ¿Cómo van a sobrevivir en este planeta posmoderno saturado de tecnología y luces de neón? El hábitat del corroncho es el pueblo pequeño, el villorrio donde todos los paisanos se conocen entre sí. Al corroncho no le cabe en la cabeza que algunos lugares del mundo sean tan extensos como para que las personas ignoren quienes son sus vecinos.

Un amigo de Villa Rosa me conto que un ganadero de su tierra envió al hijo, un joven amante de las parrandas, a estudiar su carrera en Nueva York. El día del cumpleaños del muchacho, el ganadero le dirigió a su mujer esta frase candorosa:

—Mija: ¡hoy debe estar Nueva York prendió!

El corroncho, tan despistado como ingenuo, no concibe lugares inabarcables. Para él esas metrópolis lejanas que aparecen en la televisión deberían divisarse en un solo golpe de ojo, tal y como sucede con su aldea.

Por eso supone que cuando un ser querido cumple años hay conmoción en todo el globo terrestre, desde Praga hasta Repelón, desde Buenos Aires hasta Curumani. En su elemental concepción de la vida no encaja nada que pueda desbordar su comprensión: ni las ciudades grandes, ni los problemas algebraicos, ni las palabras doctas como “individuo”. El corroncho, consciente de las limitaciones que le impone su analfabetismo, se enorgullece de dones simples como la fuerza para derrotar a un mulo —no importa que después de la pelea el mulo luzca más “inteligente” que el—.

El corroncho, ese lugareño desorientado y honorable, es hoy una especie en vía de extinción. Hay que protegerla para seguir disfrutando, por lo menos, de sus ocurrencias poéticas que lo reconcilian a uno con la Madre Tierra. Como esta que me conto mi amigo Alfonso Hamburger. Una tarde el campesino Benjita Barraza monto en su mula bajo un aguacero colosal. En el camino había un arroyo y por eso la mula se negaba a continuar el viaje, pese a que el la espoleaba. Entonces, desesperado, Benjita soltó aquella frase inolvidable:

—Bueno ¿y esta mula “falta” por qué no se le mete al arroyo? ¿Sería que plancho cinco mudas de ropa?

El reino de Pellongo

Pedro Olier Sarmiento dice que es tan largo como una semana con hambre. Después señala que como es tan flaco podría acostarse en una aguja y taparse con el hilo. Bromear tanto, advierte, le sirve para ser “gorrero” impunemente.

Gorrero se le llama en la costa Caribe de Colombia a ese parrandero que jamás se mete la mano al dril. Bebe a galones, come como un sabañón, pero cuando llega la hora de pagar finge estar dormido, o sale a bailar, o simplemente se esfuma.

Él se ufana de no apelar jamás a tales artimañas, porque quienes lo invitan a beber saben de antemano cuales son las reglas de juego: ellos ponen la plata y el, la gracia.

Olier vive en Soplaviento, un pueblo ardiente cercado por el canal del Dique. Para desplazarse por tierra hacia las ciudades más próximas —Cartagena y Barranquilla— los habitantes primero deben atravesar el rio en bote, y luego abordar un bus intermunicipal.

Nuestro personaje conduce uno de los botes. A lo largo de la jornada realiza varios viajes entre un lado y otro del canal. Mientras rema, cuenta chistes o suelta apuntes jocosos.

—Pesque un bagre muy pequeño. Lo desenganche del anzuelo y le dije: no joda, no me hagas perder el tiempo. Yo quiero es a tu abuelo.

En Soplaviento nadie sabe su nombre de pila: todo el mundo le llama Pellongo.

Cuando no está pescando ni bogando, Pellongo, de sesenta y siete años, bebe ron blanco en el puerto. Apenas se sienta en su taburete empiezan a arrimarse los entusiastas. Entonces comadrea, narra historias, cuenta chistes.

Quien quiera oírlo —alardea— debe “bajarse del bus”, es decir, demostrarle el aprecio con algún obsequio: dos yuquitas, una cerveza.

—Eche, mi hermano, ¡la gracia pa’echar cuentos también vale!

Si algún chismoso va a contarle a su mujer que el anda bebiendo, ella le responde:

—Déjalo quieto, que así también trabaja.

Muchos lugares olvidados del Caribe usan su tradición oral como antídoto contra el tedio. Como no hay salas de cine para ver películas de Fellini ni buenas bibliotecas para leer cuentos de Poe, la gente aprende a entretenerse con sus propias historias.

En Soplaviento, un pueblo polvoriento de ocho mil quinientos habitantes, el servicio de energía se interrumpe con bastante frecuencia. Para resistir el bochorno y los zancudos hay que salir a las terrazas. La vida fluye entre cuentos, entre cantos. No es gratuito que alii hayan surgido dos de los músicos más notables de la música popular colombiana: Catalino Parra, cantante de Los Gaiteros de San Jacinto, y Clímaco Sarmiento, autor del fandango Pie peluo.

Este último era tío de Pelongo, quien ahora suelta otro chiste: —El recién casado tuerto abandono a la es- posa porque descubrió que no era virgen.

Ella se defendió: —Eche, yo veo que tú eres tuerto y no te deje por eso.

Él le respondió: —Pero es que lo mío fue un puyazo,

Y ella le dijo: —Aja, ¡y lo mío fue acaso una cacheta!

Los paisanos se ríen, le dan una nueva cerveza. Pellongo vuelve a su tesis recurrente: quien tiene gracia, la comparte; quien carece de ella, le paga algún dinero al que la tiene. Es la mejor forma de sobrevivir en ciertos lugares abandonados a la buena de Dios, concluye.

La careta de Hannibal Lecter

No hay caso: el béisbol es para la gente del interior de Colombia un deporte que incita al bostezo.

El expresidente Alberto Lleras lo definió con el adjetivo “letárgico”.

El poeta Juan Manuel Roca me dijo una vez que lo más aburrido que se le ha ocurrido al ser humano desde los tiempos de Adán y Eva es ponerse a jugar béisbol.

—En la pausa entre un inning y otro —exagero— habría tiempo para leer E! Quijote.

Andrés Osorio, periodista de la agencia Efe y exalumno mío, ni siquiera sabe cuáles son las posiciones de los jugadores. Un día, frente al televisor, Osorio cometió el sacrilegio de hablarme mientras yo festejaba un jonrón de Rentería. ¡Y hay que ver las preguntas con las cuales interrumpió mi gozo!

—Oye, ¿corno se llama el tipo ese que esta acurrucado?

—¿De quién me hablas?

—Del tipo ese que se parece a Hannibal Lecter. ¿Le ponen esa careta para que no muerda al bateador o qué?

Aquella vez no le respondí, pero hoy lo hará en esta columna: ¡ese es el catcher, Andresito, el catcher! Lleva la máscara para protegerse en caso de que la bola que lanza el pitcher a noventa millas por hora, le dé en el rostro, o en caso de que el bateador lo golpee al mover el bate hacia atrás.

Siempre he creído que el béisbol no gusta en el país andino porque fue un deporte que originalmente entro a Colombia por el país caribe. Como los nativos del país andino no lo aprenden desde la infancia, no lo juegan; como no lo juegan, no lo entienden, y como no lo entienden, no lo disfrutan.

No digo que nosotros, los nacidos en el Caribe, seamos genios porque entendamos y disfrutemos el béisbol, y los del interior sean brutos porque lo desprecien. Digo que uno solo puede deleitarse con ciertos deportes cuando estuvo cerca de ellos, culturalmente, desde el principio.

Ese es el motivo por el cual yo me aburría cuando transmitían una carrera del automovilista Juan Pablo Montoya. Le deseaba toda la suerte del mundo, pero me mantenía lejos del televisor porque la imagen de unos tipos corriendo a toda velocidad en sus bólidos nunca me ha parecido ni estética ni emocionante.

Nadie me enseno temprano qué diablos son los pits, y tampoco entiendo cuál es el tal “algoritmo del aceite”.

Además, entre una vuelta y otra no hay tiempo para leer siquiera una página de El Quijote.

En cambio el béisbol se juega al mismo ritmo en el que vivimos los nativos del Caribe. En este deporte nadie sataniza los tiempos muertos porque se entiende que, como en las buenas novelas, son el preludio de un climax maravilloso.

Me gusta el béisbol, además, por la misma razón que alguna vez esgrimió Bill Veeck, expropietario de los indios de Cleveland: "Es la única cosa ordenada en este mundo tan desordenado. Cuando te pasan el tercer strike, ni siquiera el mejor abogado logra sacarte del apuro.

Aquella tradición combinaba dos rasgos distintivos de la costa Caribe colombiana: el espíritu expansivo y el gusto por las coplas.

Entonces nuestra región no tenía ciudades sino pueblos grandes. Barranquilla y Cartagena aun conservaban costumbres rurales. En cada familia alguno de los padres procedía de una aldea cercana o remota, así que en las casas prevalecía un tipo de alimentación campestre: productos agrarios frescos recién traídos de las fincas, víveres del día que no habían pasado por un refrigerador.

Ese marco rural era apropiado para que floreciera entre nosotros el ritual conocido con el nombre de "Ángeles somos". Cada 10 de noviembre los niños sallan a pedir limosnas de casa en casa por medio de coplas. Dos de ellos cargaban a hombros un palo de escoba en el cual iba colgada una olla de cocina.

Al llegar repentinamente a cada casa soltaban un primer canto que funcionaba como carta de presentación:

Ángeles somos

del cielo venimos

pidiendo limosnas

pa'nosotros mismos

Si el anfitrión de turno demoraba para salir, la cuadrilla de niños lo increpaba con versos:

No te escondas, no te escondas

porque te tiro con la honda.

Cuando finalmente aparecía el dueño de casa, los niños seguían haciendo rimas para dar a conocer sus peticiones.

Sancocho y vino pa'Marcelino

Arroz y ron pa'Marcelino

Por lo general, los dueños de casa contribuían con la causa. Les daban a los niños algunas viandas que ellos guardaban en la olla: ñame, yuca, plátano, costillas de res. Pero a veces, antes de entregar su aporte, fingían un poco de indiferencia para poner a prueba la habilidad de los niños en la versificación:

No te dilates, no te dilates

Saca el holló del escaparate.

No te rías, no te rías

Que la olla está vacía

Cuando los niños recibían sus obsequies, lanzaban unas coplas finales para expresar gratitud:

Esta casa es de uvita

Donde viven las bonitas

Esta casa es de arroz

Donde vive el niño Dios

Luego seguían recorriendo las calles. Cuando llegaban a un lugar donde no les daban nada, esgrimían versos de protesta:

En esta casa no me amaño

Porque hay mucho tacaño

Esta casa tiene espinas

Porque hay muchas mezquinas

Al final de la jornada se reunían en el patio de alguno de ellos y preparaban un sancocho fraternal con los víveres que habían recibido.

La tradición estuvo vigente, más o menos, hasta finales de los años setenta. Después llego el Halloween y todo cambio, desde la fechase paso del 10 de noviembre al 31 de octubre— hasta el espíritu de la celebración. La olla fue reemplazada por una calabaza, los víveres de cocina fueron trocados por confites, el asalto a las casas derivo en visitas a los centros comerciales, los niños dejaron de crear coplas y se dedicaron a recitar canticos preestablecidos.

No pretendo concluir que todo tiempo pasado fue mejor. Tan solo diré que fui testigo de un momento en que nos atrevíamos a ser lo que somos. Y, para despedir- me, lanzare unas coplas al viento antes de sentarme con tres amigos de infancia a devorar este sancocho fraterno, memorioso, que hemos querido regalarnos:

No se rían, no se rían

que la identidad quedo vacía

Esta casa es de agujas

Porque está llena de brujas.

La realidad como comedia

Hace un tiempo el diario El Heraldo publico la siguiente noticia: en la Urbanización Los Cocos, de Barranquilla, cuatro motociclistas encañonaron a las personas que compraban votos para la candidata a la Cámara Isabel Figueroa, y se robaron siete millones de pesos contantes y sonantes. En consecuencia, muchos ciudadanos que habían vendido el voto se quedaron sin recibir su paga.

El cable remataba con la siguiente frase de un denunciante: “Ladrón que le roba a ladrón tiene cien años de perdón”.

Por cuenta de ese espíritu desabrochado del Caribe, presente hasta en las malas noticias, lo que empezó como un fraude electoral y luego se convirtió en un terrible asalto, al final fue un capítulo más de nuestra comedia cotidiana.

El hecho me hizo recordar otro caso en el cual se combinaron lo dramático y lo cómico. Esta noticia fue publicada en El Espectador en el año 2005: un señor ya jubilado que caminaba por la Plaza de la Aduana sentid de repente unos retorcijones en el estómago. Angustiado, le pidió a un vigilante del Banco del Comercio que

lo dejara usar el baño. El vigilante accedió a la solicitud, pero le puso una condición: como el inodoro estaba dañado, le tocaba hacer su necesidad

Cualquier escritor de ficción serio descartaría —por extravagante, por chillón— el argumento anterior. En el Caribe, sin embargo, ese tipo de acontecimientos que parecen irreales dentro de una bolsa, que después tendría que llevarse. Cuando el jubilado salió del banco, sudoroso, fue encañonado por cuatro delincuentes. Pero para su fortuna no le arrebataron la vida, ni la mesada, sino apenas la bolsa donde transportaba los residuos de su agonía., concebidos por una imaginación delirante, son pan de cada día. El principal problema de los escritores —tanto los de ficción como los de no ficción—, no es la falta de temas, sino encontrar la forma de hacer creíble la realidad tan demencial que tenemos.

En el Caribe el repertorio de sucesos inverosímiles es variadísimo. Va desde la muchacha que se rellena la falda de trapos para simular un embarazo de nueve hijos, hasta los novios que se desatan a hacer el amor dentro de un cajero electrónico frente al cual hay una larga fila de clientes esperando turno. Incluye, además, a un par de amantes que fueron mordidos por una culebra

dentro de un motel que se llamaba El Paraíso. Lo cual nos permite anotar, entre paréntesis, que en el Caribe la realidad nos ayuda a confirmar algunos postulados bíblicos: por ejemplo, que no hay paraíso sin serpiente, como afirma el poeta Juan Manuel Roca.

Recuerdo una crónica de Gustavo Tatis sobre un burro callejero que entro en un colegio del sur de Bolívar y se comió la plantilla de pago de los maestros. Y también recuerdo un relate de German Danilo Hernández sobre una de las islas de la bahía de Cartagena, donde una mañana el mar agitado de diciembre trajo a la playa un cargamento de cocaína. Los inocentes habitantes, que no sabían qué diablos contenían aquellos costales, ter- minaron utilizando la cocaína como cal para demarcar una cancha de futbol

La académica española Teresa Imízcoz dice que las historias verdaderas son más exóticas que las inventa- das. Sin duda por eso contar la verdad y solo la verdad sigue la siendo mejor manera de ser absolutamente increíbles.

Fiestas, soneros, celebraciones

Blades, siempre Blades

Rubén Blades puede sonar en los bares de salsa porque tiene swing, en las academias de música porque es dueño del bongo, en las escuelas de letras porque es un tremendo contador de historias, en la intimidad de nuestra casa porque su voz es amiga, o en las plazas de mercado porque sus canciones hablan el alfabeto de la calle.

Uno puede oírlo tanto si quiere bembe en la pista de baile como si quiere quedarse sentado al lado del tocadiscos. Oírlo para ver películas con los oídos, oírlo para entender al malandro y evocar el parquecito de barrio donde nos sentábamos, oírlo para saber lo que es gracia.

Oírlo para ir y para volver, oírlo siempre.

Dedícale Paula C a la mujer que te toque el corazón, mándale El tartamudo al amigo que este necesitando sonreír, regálale GDBD a todo el que quiera saber cómo narra un maestro.

Yo oigo a Blades porque si y porque no. Lo oigo por-que ha sido un tipo cojonudo. Se fue de Panamá para defender su pasión, ya que el rector de la universidad

donde estudiaba derecho lo puso a escoger entre las leyes y la música. Al llegar a Estados Unidos pego estampillas en la oficina de correos de la Fania, pues nadie le paraba bolas.

Cuando, finalmente, los productores empezaron a oír su repertorio, él tuvo pantalones para soportar la andanada que se le vino encima: le decían que su música es inteligente y la salsa es para embrutecerse; le decían que usa demasiado texto y la salsa es el imperio de los trombones y los timbales; le decían que en sus canciones abundan las protestas y la salsa no es para protestar sino para divertirse.

Blades aguanto, es decir, siguió cantando y gano la apuesta a su manera: Pedro Navaja es una canción larga —dura más de siete minutos— y pone el foco en la historia, no en su orquestación. Pero Blades les demostró a los productores que una canción que se oye como si se leyera —porque cuenta una historia— también puede invitarnos a sacudir el esqueleto.

Blades se atreve a ser absurdo, como cuando dijo aquello de que “como en una novela de Kafka, el borracho doblo por el callejón”. Yo perdí la adolescencia buscando a ese borracho cabrán en los libros de Kafka, y esa es otra razón para seguir oyendo a Blades: es un gran burlón.

Lo oigo, además, porque sabe exaltar lo simple, porque a diferencia de otros cantautores él no se empeña en mostrarse inteligente. Lo oigo porque, como dice Cesar Miguel Rondón, Blades se impuso a “la matancerización que cometía la arbitrariedad de cerrar la salsa al exclusivo mol de cubano”.

Uno oye sus canciones para leerlo, porque en esencia Blades es un gran narrador. Como tal, ha forjado un universo narrativo solido en el que cada elemento esta directa o indirectamente relacionado con los otros. Cuando uno se pone a oír sus canciones se encuentra con historias luminosas dotadas de sentido complete. Cuando uno junta esas canciones se le revela una nove-la cantada, la gran novela musical de América Latina.

En los versos de esa novela esta retratada, de manera amorosa y dura, no exenta de humor, la fauna de nuestras barriadas, desde el jibaro hasta la prostituta de la acera.

Rubén Blades es un cantor que cuenta, un Contador que canta, un narrador que hace poesía, un poeta que narra, un músico que corre riesgos, un cantante al

que no le desentona en absoluto la palabra “artista”, un creador valiente que se atreve a dinamitar su propia formula y saltar al vacío, un cronista urbano, un memorioso, un monarca del sabor, un escribano de las esquinas, un maestro.

Veinte años sin El Jefe

Daniel Santos era —el solo— el gozo, el bembe, la fiesta completa.

Cuando yo era adolescente, él era viejo y tenía la voz cascada por los excesos. Ya había cantado las canciones importantes de su repertorio, y a esas alturas era incapaz de regalarnos una tonada nueva que le sumara puntos a su discografía.

Sabíamos eso, pero seguíamos escuchándolo con veneración, porque para entonces se había convertido en un cantante de culto. No íbamos tras el para que nos sorprendiera con algo inédito sino para celebrarle lo mismo de siempre, y para darle las gracias.

¿A quién diablos le importaba que, aunque pasaran los años, "el bobo de la yuca" siguiera sin casarse? Tampoco queríamos saber si al final Daniel Santos se encontró con Linda, porque bastante bien que la pasábamos cuando el cantaba que no la había visto.

Todos, incluso quienes llegamos tarde a su bembe, íbamos a los conciertos a celebrarlo.

Cantábamos con el Despedida, ese bolero estupendo que compuso Pedro Flores cuando, en 1941, varios muchachos de Puerto Rico fueron enviados por el Ejército de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial.

También cantábamos con el Sierra maestra, la canción suya que le sirvió como banda sonora a Fidel Castro durante la Revolución cubana.

Al cantar todos con él en los conciertos, ahogábamos su voz ya rota, pero seguíamos oyendo en la memoria su voz clásica, la de los discos originales, la única, la de siempre.

A finales de los años setenta Gabriel García Márquez conto la siguiente anécdota:

En cierta ocasión tomo un taxi en Cartagena. Minutos después noto que el taxista iba mirándolo insistentemente por el espejo retrovisor.

Al principio no le prestó atención porque considero que aquello era un simple gaje de su fama, pero el taxista insistió tanto que lo hizo sentir incómodo.

Cuando llegaron al lugar acordado, Gabo se llevó la mano al bolsillo para pagan El taxista le dijo que no le cobraría porque lo admiraba mucho. A cambio de recibir la paga, propuso que el ilustre pasajero le estampara su autógrafo y una dedicatoria sobre esa obra suya

I

que el siempre llevaba en el taxi. Dicho lo anterior, le entrego un disco de Daniel Santos.

El Jefe —como lo llamábamos todos— no solo se dio a conocer por su canto. Su vida personal, caracterizada por el vagabundeo y el desenfreno, también generaba mucho interés entre los seguidores. Era bebedor, inquilino de los burdeles, peleador de cantinas, mujeriego, presidiario, ex presidiario, marihuano impenitente.

Sobre esta última faceta, hizo un chiste memorable: —Oye, chico, yo no sé de donde han sacao que la marihuana envicia, si yo llevo cincuenta años fumando marihuana y no me he enviciao.

Esta semana se cumplieron veinte años de la muerte de El Jefe y todos volvimos a hablar de él y a celebrarlo. Como antes, como siempre.

Vino otra vez a decirles adiós a los muchachos. Y a recordarnos que el bembe que nos regaló mientras vivía fue tan bueno, que, aunque el permanezca en la tumba seguiremos disfrutándolo.

El cantante

Ahora, ¡esto!, mientras te recuerdo cantando “Ah, ah, oh, no”, me pregunto a qué hora pasaron esos veinte años que llevas muerto.

Al oír la canción me dan ganas de acompañarte, porque nadie se queda impasible cuando tu suenas. Cuando tu suenas todos nos volvemos coristas.

Te oigo, ¡esto!, te sigo oyendo.

Y yo te pido un besito

Ah, ah

Y te toco la manito

Oh, no

Y te digo que te quiero

Ah, ah

Que eres mi único anhelo

Entonces me traslado mentalmente a una fiesta en Pon-ce, Puerto Rico, tu ciudad natal. Veo enamorados abrazados que se separan en la pista de baile para zapatear mejor la canción; veo gente que prefiere suspender la danza para dedicarse a contemplarte.

Es que contigo, ¡esto!, no había pierde: uno ganaba si te oía, si te veía, si te bailaba, si se quedaba en casa oyendo tus discos, o si hablaba de ti con los amigos salsomanos. Eras el emperador del swing, el caporal del gozo, el dueño de la gracia. El amo del baile.

Hubieras podido encender la fiesta tu solo, cantando a capela, porque tenías pimienta, sabor, azuquita, pega-pega. Por eso eras Lavoe, por eso eras La Voz.

Conozco a varios cantantes de salsa que tienen una voz mejor que la tuya. Andy Montañez, por ejemplo, o Jerry Rivas, y hasta Gilberto Santa Rosa, el dulzarrón. Tu no tenías la corrección académica de ellos en el canto; tú eras agudo, a veces chillón.

Además, solías perder la métrica de la melodía y retomarla cuando te daba la gana, porque lo tuyo no era la asepsia sino el disturbio de los sentidos: tu no cantabas para que se oyera bonito sino para que se estremecieran hasta las piedras.

Y nos estremecíamos mientras te oíamos, ¡esto!, aquella noche en el barrio Bélgica de Ponce:

Ay, tu eres mi bombón

Ah, ah

Mi bombón de chocolate

Oh, no

Cuando te miro a los ojos

Ah, ah

El corazón me late

Sabíamos que eras El Cantante, como lo pregonabas a los cuatro vientos en esa canción que Rubén Blades compuso especialmente para ti. Un sonero de cinco pares de pinga, brother, como te decían quienes te aclamaban en las Antillas españolas.

Con la voz de Jerry Rivas, pulida y bien timbrada, cualquiera canta. Pero con la tuya, gangosa y sincopada, solo podías hacerlo tú, porque tenías una fuerza y un espíritu fogoso que estaban por encima del canto.

Lo que entonabas era secundario ante lo que comunicabas: tu bembe, tu sabrosura, esa especie de furor barriobajero que convertía cada canción tuya en una experiencia visceral.

En 1998 Tite Curet Alonso me conto porque te dio a ti una de sus canciones más conocidas. “El único tipo al que se le oía creíble decide a una mujer que es un periódico de ayer, era Héctor Lavoe”.

Te oigo, ¡esto!, te sigo oyendo. Porque, aunque todos nos sepamos tu repertorio, aunque todos te hagamos el coro, tus canciones solo se vuelven únicas cuando las cantas tú.

El corazón de Migue López

Hubo un tiempo en que el acordeonero Miguel Antonio López, rey vallenato en 1972, se alejó resentido de su oficio. De repente, el género que él había ayudado a impulsar cuando fundo el célebre conjunto de sus hermanos, aisló a los juglares mayores como él. Lo que estaba de moda entonces era el vallenato estilo balada —el “ballenato”—, y las casas disqueras ya no querían entenderse con nadie de su generación. Migue guardo los acordeones y se dedicó a atender su finquita y a mimar a sus nietos. A veces reaparecía en alguna parranda, pero a la mañana siguiente volvía a marginarse de la música.

Un día cualquiera del año 2000 empezó a sentir dolores en el pecho y sensación de ahogo. El cardiólogo le informo que tenía las arterias coronarias obstruidas casi en un noventa por ciento. Había que practicarle una arriesgada cirugía a corazón abierto. La intervención quirúrgica —le dijeron— se llevaría a cabo en Bucaramanga y duraría siete horas y media. Todos en casa temían por su vida, pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta. En los días previos a la operación, para entretenerlo, su hermano Pablo, gran tamborero, convirtió la clínica en un escenario de la picaresca. Contaba, por ejemplo, la anécdota de cuando el —Pablo— fue a Estocolmo para acompañar a Gabriel García Márquez en la ceremonia de recepción del Premio Nobel de Literatura. Campechano hasta el tuétano, Pablo quedo atónito en cuanto vio las calles de Estocolmo cubiertas de nieve. Entonces se dirigid al cantante Poncho Zuleta.

—Caramba, compadre Poncho, ¿en esta ciudad fracasaría una venta de raspao?

Al oír tales cuentos en su catre de enfermo, Migue se reía.

El caso es que salid bien librado de los cinco bypass vasculares a que fue sometido. La terapia que le ordena el cardiólogo a continuación lo dejo perplejo: tocar el acordeón todos los días. El compositor Julio Oñate, quien lo visito una tarde en la clínica, le conto que a lo largo de la historia el acordeón les ha servido a varios de sus ejecutantes para salvar la vida. El juglar Samuelito Martínez, verbigracia, lo utilicé en cierta ocasión como escudo para protegerse del cuchillo que intenta hundirle un viejo enemigo. Luego, en su merengue Potrerillo, Martínez recrearía el episodio de la siguiente manera: “A veces me da pavor cuando recuerdo/ que quisieron

traspasarme el corazón/ tres puñales le lanzaron a mi pecho/ pero solo hicieron blanco en mi acordeón".

Hoy, a los setenta y cinco años, Migue López está más vivo que nunca. Continúa interpretando sus canciones inmortales con la misma maestría de siempre. Profundo, cadencioso. Mientras lleve el acordeón terciado al pecho, tendrá oxígeno. Lo que en principio pudo haber sido apenas una bella metáfora —la del músico que utiliza su instrumento para defenderse de las inclemencias del mundo— es en Colombia una triste realidad. Por eso Migue ya no solo toca para alegrarnos la vida, sino también para salvar su corazón de nuestro olvido.

En el Caribe colombiano se le llama "raspao" a un helado hecho con escarcha de hielo y almíbar de diferentes sabores. (Nota del autor).

La música y la sangre

Mientras ensartaba la carnada en el anzuelo, Bernardo Meza soltó una sentencia aguda:

—Aquí en San Pelayo hay puros músicos de primera con instrumentos de segunda.

A continuación, arrojo el anzuelo al rio Sinú y se quedó acuclillado en el suelo viendo la onda circular que se expandía en el agua.

Eran los días finales del mes de junio. Al igual que ahora, se celebraba en San Pelayo, Córdoba, el Festival del Porro, un evento que reunía a casi quinientas bandas de música de viento. Procedían de todo el país, en especial de las sabanas del viejo Bolívar.

Desde mi llegada, dos días atrás, me había llamado la atención la atmosfera musical que se respiraba en el pueblo. Allí, a cualquier hora del día o de la noche, sallan melodías de las casas. En el patio que colindaba con mi posada alguien tocaba una trompeta. Más allá otro parroquiano hacia trepidar la tierra con el mugido grave de su tuba. También se oían, remotos, unos platillos. Aunque cada habitante anónimo interpretaba su propia pieza, era evidente que entre todos, sin ponerse

de acuerdo, conformaban una banda comunal y descomunal.

—Nuestros instrumentos son de segunda mano —insistió Meza— y a veces hasta de octava.

Cuando se fundó el festival, en 1977, San Pelayo era un punto insignificante en el mapa. A partir de ese momento empezó a contar para el resto del país. Sus músicos, casi todos jornaleros, lograron lo que hasta entonces había sido imposible para sus dirigentes: hacerse oír.

Lo que interpretan estos trovadores de abarcas y sombrero vueltiao es porro, un género instrumental hermanado con el jazz. Al oírlos uno entiende aquella idea de Tolstoi: la buena música es la taquigrafía de una profunda emoción. Sin letra, a punta de melodías, los juglares de las bandas son capaces de nombrar su universo: la torta de yuca, la chicha de tamarindo, el taburete de cuero, las corralejas, el fandango. Todos esos elementos se tornan indestructibles cuando el porro los convierte en memoria.

Hacen su música a oído físico, por pura inspiración, sin utilizar partituras. En consecuencia, no tocan una canción de la misma manera dos veces seguidas. El poema es mutante como las aguas del rio de Heráclito, se renueva en cada interpretación.

Como no todos tienen dinero para comprar un saxofón nuevo, usan instrumentos de segunda mano. O hacen como Bernardo Meza: se meten entre la boca una hojita de laurel o de limón, y de ese modo imitan el sonido de los costosos instrumentos de viento.

Acurrucado frente al rio, Meza confeso su preferencia por la de laurel. La otra, explico, es muy acida y corta los labios. Sin embargo, para mostrarme su virtuosismo me toco cuatro porros completos con la de limón. En el labio superior le apareció entonces un puntito rojo. Recordé a Rilke: “Quien no es capaz de inmolarse por su pasión es un impostor”.

Aun hoy le agradezco a mi oficio el haberme permitido ser testigo de aquel prodigio inolvidable.

Elogio de la parranda

Cada patio consagrado a la parranda es un espacio que la vida le arrebata a la muerte. Allí, en ese pedazo de tierra donde se encuentra emplazado el fogón de leña con el sancocho, pudo haber quedado una tumba cubierta de gladiolos. Más allá, donde se esparcen las sombras del palo de mango que cobija a los músicos, pudo haber estado un mausoleo gigante. Pero ya no hay caso: el patio es ahora posesión de los parranderos, y mientras ellos lo ocupen ningún intruso vendrá a construir un cementerio ni a fundar una asociación de ciudadanos afligidos.

Hay algo ostentoso en el gozo del parrandero. Se trata de una alegría tan desmedida que, en efecto, parece un alarde, una bravuconada. Es como si el parrandero creyera que la mejor manera de celebrar la vida es jactar- se de ella. Al fin y al cabo, él podría estar muerto. Como no lo está, como no lo han matado ni las enfermedades ni los problemas económicos, levanta el pecho, engreído, para darle las gracias a su buena estrella. Quien sobrevive para contarlo, se gana también el derecho a cantarlo. Mucho de lo que se canta en estas circunstancias está inspirado en un viejo proverbio español:

El muerto a la sepultura

Y el vivo a la travesura

La “sepultura” y la “travesura” siempre han sido antagonistas en la música popular de influencia hispana. Muchas coplas insisten en que lo contrario de estar muerto no es estar vivo, a secas, sino andar de parranda. ¡Que es parrandear, finalmente, sino armar una gavilla para batirse contra la muerte? En su cotidianidad el hombre canta solo. En la parranda consigue quien le haga el coro, lo cual le genera una sensación de compañía que lo hace sentir menos vulnerable. La parranda congrega y, al congregar, fortalece. El hombre, animal de rebaño por naturaleza, creo esta nueva manada, la manada de los parranderos, para hacer respetar su comarca. Al agruparse en el festejo con otros seres de su misma especie, al demarcar su territorio con la melodía del acordeón, el parrandero se guarece tras una trinchera que le permite plantarse firme ante la temida muerte. Una vez

resguardado, se siente lo suficientemente fuerte como para exclamar, en coro con el cantante Diomedes Díaz:

¡Viva la vida!

¡Que mueran los pesares!

Esta es, por cierto, la misma idea que prevalece en los versos de El amor amor, aquel canto tradicional que, ya en el siglo xix, era entonado a los cuatro vientos por el trovador José León Carrillo Mindiola:

Cuando estoy en la parranda

No me acuerdo de la muerte.

La gran verdad, sin embargo, es que cuando el parrandero está en la parranda si se acuerda de la muerte. De lo contrario no la mencionaría. Es más: aparte de recordaría se la toma tan en serio que hasta le canta coplas. Lo que busca el parrandero no es olvidarse de la muerte sino llenarse de coraje para enfrentarla. De ese modo, su hedonismo, que a algunos despistados les parece estrictamente mundano, es un mecanismo de supervivencia. Sin la parranda, ¿qué le queda al hombre? El trajín, el agotamiento, las preocupaciones, los saldos en rojo, los días que se repiten como el golpeteo monocorde de la llovizna contra el techo, el envejecimiento, el deterioro de la salud y, como no, la muerte. La parranda no nos libra de ninguno de esos males, pero nos regala estupendas razones para creer que, a pesar de ellos, vale la pena vivir. Como, por ejemplo, la alegría cultivada en comunión con los amigos.

He alii el punto de partida del humor en el vallenato: la actitud frente a la vida, el genio expansivo. Recordemos que una de las acepciones de la palabra “humor”, según el Diccionario de la Real Academia Española, es “buena disposición para hacer algo”. En este caso, “hacer algo” equivale a honrar la vida. Y para honrarla, no hay como el gozo. Ya lo aconsejaba san Pablo en una de sus célebres epístolas: “Comamos y bebamos, que mañana vendrá la muerte”. El parrandero conoce mejor que nadie sus propios límites. Sabe que, como bien lo anota el viejo proverbio español, “cada hora nos hiere y la última nos mata”. Por eso, no aspira a inmortalizarse sino tan solo a ser eterno mientras dura la parranda. El baile se acabará, está claro, y cuando se acabe seremos vulnerables, moriremos, pero en este momento, como todavía

tenemos vida, como todavía podemos oír el acordeón portentoso de Migue López, nada está perdido. Para el parrandero vallenato, el buen humor viene a ser, entonces, el aprovechamiento del tiempo. Diomedes Díaz lo pregona en uno de sus dichos más conocidos:

No es na’que uno se muera sino lo que dura muerto.

Al tener conciencia de que es una criatura transitoria, el hombre valora más la vida. Y se plantea el placer como un asunto visceral, urgente. Quien aplaza la alegría se expone a estirar la pata sin disfrutarla. Para fortalecerse a pesar de su naturaleza efímera, el parrandero se toma a sí mismo como la medida de todas las cosas: después de todo, el mundo, aunque sea eterno, solo existe mientras el exista. Cuando se acaba el hombre, también se acaba lo demás: se acaba el “pájaro carpintero” de Juancho Polo Valencia y se acaba “la palomita volantona” de Calixto Ochoa; se acaba el rio Badillo al que tanto le canto Octavio Daza; se acaba el rio Cesar donde se banaba la “linda morenita” del compositor Roberto Calderón; se acaba “la cachucha

>

bacana” exaltada por Alejo Duran; se acaba “el sombrero alón” del compae Chipuco; se acaba la guitarra sublime de Carlos Huertas, “el cantor de Fonseca”; se acaba “la ceiba e’Villanueva” y se acaba “el viejo guayacán”; se acaba Jaime Molina sin haber hecho el retrato de Rafael Escalona y se acaba Rafael Escalona después de haberle hecho la canción a Jaime Molina; se acaba “el caballo alazanito” de don Tobías Pumarejo y se acaba el gallo “El cordobés” de Adolfo

Pacheco; se acaba la adoración de Leandro Díaz por Matilde Lina; se acaba el amor del viejo Emiliano Zuleta por Carmen Díaz; se acaba la voz serrana de Alberto Fernández, el cantante de "Bovea y sus vallenatos"; se acaba el acordeón glorioso de Emilianito Zuleta Díaz; se acaban los versos magníficos de Santander Duran Escalona; se acaba todo lo sabroso, ay hombe, desde el friche de chivo hasta el sancocho, se acaba la flor de la trinitaria y se acaba la casa en el aire que el maestro Escalona se ingenió para su hija Ada Luz. Entonces, ¿por qué guardarle a la Señora Muerte lo que bien podría ofrendársele a la Señora Vida, si en el ataúd ningún ahorro sirve y ninguna música nos alborota ya el esqueleto? El juglar Rafael Valencia lo expresa de manera categórica:

Dentro de la caja negra, compadre

Creo que más nada te lleves

Esto es, ni más ni menos, lo mismo que piensa el gran Calixto Ochoa:

Se acaba la vida de este cuerpo humano

Y lo que he guardado no se pa'quien es

En el cementerio estoy vuelto gusano

Y allá están peleando lo que yo deje

Por eso, el parrandero pide que todo lo que le vayan a dar, se lo den en vida, es decir, mientras el este en capacidad de aprovecharlo. Muchas canciones vallenatas están atravesadas por esa idea. Por ejemplo, el paseo No me guardes luto, del compositor Armando Zabaleta:

Negra si me muero no me guardes luto Que el muerto no oye, ni ve, ni entiende Ahora que estoy vivo es que debes quererme Así recibo tus caricias con gusto

O el merengue La cosita aquella, del compositor Lino J. Anaya.

Dame la cosita aquella

Negra dame tus amores

Y no dejes que me muera

Pa'despues llevarme flores

En cierta ocasión, un nieto de Emiliano Zuleta, el legendario autor de La gota fría, le pregunto a su abuelo que prefería: si hacer el amor o beber whisky. Se trataba de una disyuntiva complicadísima para el viejo Mile, porque le tocaba escoger entre las dos delicias superiores a que puede aspirar un hombre enamoradizo y parrandero como el: la mujer y el licor. El viejo Mile, sin embargo, no tuvo necesidad de pensar demasiado la respuesta:

—[Callad borracho!

El juglar Alejo Duran, por su parte, conto la siguiente anécdota dos años antes de morir. Alejito, el mayor de sus veinticuatro hijos, se encontraba bebiendo ron

con un amigo. Era ya de madrugada y en el pueblo —El Paso, Cesar— no había ni una sola tienda abierta. La única botella que tenían los dos parranderos a esas al- turas, se estaba

acabando. A lo sumo quedaba un trago. De pronto, el amigo de Alejito, preocupado por la inminente sequia de licor, exclamo:

—¡Ojalá caiga un diluvio de ron!

Entonces, Alejito lo corrigió.

—No, diluvio no: ¡que sea una lloviznita, para que no se desperdicie!

Algo similar le aconteció una tarde a Juancho Polo Valencia, otro juglar importante. El hombre llevaba tres días con sus noches parrandeando en las fiestas patronales de El Yucal, un pueblo del centro de Bolívar. Polo bebía el ron con la misma urgencia con la que un res- catado en el desierto bebe su primer vaso de agua: se pegaba al pico de la botella como el trompetista a la embocadura de su trompeta, y de un solo tirón agotaba el contenido. Al amanecer, iba al mercado del pueblo en busca del primer café de la mañana, al cual le echaba un chorro de ron. Cuando la señora que lo atendía le preguntaba, en broma, porque no se tomaba el café sin añadirle ron, el respondía, tajante: “Mejor dámelo sin añadirle café”. Al tocar su acordeón se emocionaba tanto que, de pronto, frenaba la canción en seco, sacudía los hombros y se hablaba a sí mismo —en segunda persona— con una exclamación que le salía del alma: “¡Muévete, cuerpo viejo, que yo te traje file pa’que te divirtieras!”. Aquella tarde, en El Yucal, Juancho Polo caminaba hacia la plaza. Llevaba la botella de ron metida en uno de los bolsillos traseros del pantalón. De repente, se resbalo en la subida de una cuesta y cayo sentado en el piso. Varios curiosos se acercaron para socorrerlo, pero lo que a el realmente le preocupaba era la suerte de su licor. Polo se levantó del suelo, exhibió su risa desdentada. En seguida inspecciono con la mano derecha el bolsillo donde llevaba la botella. Al notar que la superficie estaba húmeda, sospecho lo peor. Entonces soltó, por fin, el clamor que tenía atragantado:

—¡Ay, Dios mío, que sea sangre!

El licor es a la parranda lo que la luz del sol al día. Por eso, cuando en el merengue Mi biografía un corista le pregunta a Diomedes Díaz si le provoca un trago, la respuesta emerge briosa, sin titubeos: “¡Claro, la demora me perjudica!”. Abundan los ejemplos de ese tipo: Calixto Ochoa comienza una de sus canciones con estos

versos: “Si el mar se volviera ron/ yo me metía a marinero”. El ya citado Juancho Polo Valencia empieza una de las suyas de la siguiente manera: “Maldito vicio ¿porque eres así? / yo te desprecio y tú no te das cuenta”. El compositor Camilo Namen, por su parte, escribe una canción en la cual nos avisa que construirá una “casa roñera”. Su repertorio de ocurrencias, encaminado a revolucionar el sencillo acto de parrandear, es tan delirante como jocoso:

También me vo’a comprar un robot

Pa'que me haga los mandaos

Que saiga corriendo cuando se acabe el ron

Y que me traiga el hielo bien picao

Y ni hablar del compositor e investigador Julio Oñate Martínez, quien llega al extreme de atribuirle propiedades milagrosas al whisky Old Park

Me dijo el gerente del banco

Su crédito no puedo aprobar

Y al tipo lo fui debilitando

Tomando, tomando buen Old Park

Y antes de que cantara el gallo

La plata me pude embolsillar

No es santo pero me hace el milagro Yo todo lo arreglo con Old Park Todo, todo, se puede arreglar Todo, todo, gracias al Old Park El me activa la circulación

Y eso es vida pa'mi corazón

No es gratuito que las palabras "licor" y "humor" establezcan una rima consonante como la que existe entre "vida" y "bebida". Eso sí: aquí hay algo más que la sim-ple concordancia poética de unos vocablos. Por un lado, el licor se asocia a "la travesura" que nos diferencia de quienes están en "la sepultura". Si bebemos, ay hombe, juepaje, es porque nos encontramos vivos. De modo que a levantar la copa y a brindar: ¡salud! También es cierto, por otro lado, que tanto el licor como el humor le sirven al hombre para conjurar sus miedos. Ambos fortalecen, ambos ayudan a sobrellevar la carga de cada día, ambos causan una embriaguez que induce al hombre a olvidar sus problemas. Además, debe recordarse que el emborrachamiento, por muy profano que parezca, tiene una esencia mística. ¿O acaso no fue para dialogar con los dioses que los seres humanos crearon, desde hace más de cinco mil años, el vino? Así las cosas, cuando Calixto Ochoa suplica que el mar se vuelva ron para el meterse a marinero, lo que está buscando, en el fondo, es recuperar el espacio que le corresponde en la bíblica Viña del Señor.

El humor, desde luego, se manifiesta de muchas otras formas en el folclor vallenato: en los versos siempre picarescos de Beto Murgas:

A esa pantera rabiosa

yo le puse una trampa

resulta ser muy celosa

pero ya la tengo mansa.

En las crónicas y retratos del maestro Rafael Escalona:

Es eminente y capacitado

fuma tabaco y habla de todo

tiene muy buena reputación

es magistrado con gran decoro

pero ahora no cambia su chinchorro

ni por la silla del gobernador.

I n las coplas del maestro Leandro Díaz:

Al pícaro de provincia le conozco la jugada cóbrele de mañanita pa'que vea como le paga

En las historias de Camilo Namen:

Me dicen que el tres de noviembre

La radio una noticia dio

Y así lo gritaba la gente

Un parrandero bueno se murió

Y san Pedro conmigo fue indiferente

Y llegando a la puerta me rechazo Me dijo parece usted mala gente

Déjeme consultar esto con Dios

En varios de los muchos versos disparatados que dejo Juancho Polo Valencia:

Con tanta democracia que yo te enamoraba oye, mi vida, y no te he podido conseguir

En las chanzas del cantante Poncho Zuleta: “Vea, yo conozco al flojo, aunque lo vea sudao”.

En las ínfulas donjuanescas del viejo Emiliano Zuleta Baquero: “Caramba, mijito, yo tuve de ochenta mujeres para arriba, porque fui travieso. Y si hubiera sido joven en esta época, hubiera tenido muchas más, porque ahora la mujer es más fácil y más silvestre. La mujer de ahora es mango bajito”.

Pero, sobre todo, el humor está en la parranda, que es el estuario en el que desembocan todos los ríos del gozo: las bromas, las anécdotas, el acordeón, los cantos, es decir, la travesura que nos aleja de la sepultura.

Alabanza de la mascara

Digámoslo sin rodeos: los seres humanos creamos el carnaval para legitimar el derecho a disfrazarnos y, de ese modo, descansar un rato de nuestros propios rostros. Ricardo Rodríguez podría suscribir tal hipótesis. Durante trescientos sesenta y un días al año es un peluquero introvertido que paga oportunamente los servicios públicos y expresa su homosexualidad de manera moderada. En los cuatro días de la fiesta, animado por la disolución de las normas sociales, se transforma en una hembra bullanguera de ancas grandes. Entonces, ataviado con su pollerón de vendedora de frutas —la piel ennegrecida con betún, los labios pintarrajeados de morado— recorre las calles zarandeando el cuerpo al ritmo de la cumbiamba.

Al maquillarse y enfundarse en su falda larga, Rodríguez se pone a tono con la picaresca típica del Carnaval de Barranquilla. Y se emancipa del papel de sujeto apocado que le impone la rutina. Curiosamente, la mujer negra en la cual se convierte, aunque es un personaje construido para la farsa, le permite cumplir un deseo reprimido desde la infancia. Las caretas —ya lo decía

Oscar Wilde— resultan a menudo más reveladoras que las caras. Quienes las usan no se encubren: se muestran. Todo ser enmascarado está habitado por la criatura a la cual pretende imitar con su disfraz. La oruga arrinconada que es Ricardo Rodríguez durante sus días de peluquero contiene a la mariposa expansiva en la que se transmuta cuando empieza la fiesta. En tiempos de carnaval es común volverse lo contrario de lo que se es: el mendigo se viste de rey, el timorato blande una espada, el virtuoso se pervierte, el lampiño se torna barbudo, el conejo ruge como león. El hombre que adopta un rostro ajeno no renuncia al suyo propio: tan solo lo reafirma. Esto es posible porque el artificio, en la medida en que distorsiona la apariencia física, deja al descubierto las fantasías más íntimas.

Ahora bien: al enmascarado le importa poco que sus pasiones secretas se transparenten a través de la careta, pues a fin de cuentas lo único que él quiere esconder es su fachada. Escudado en el capuchón, el hombre adquiere el anonimato necesario para desinhibirse y realizar, impunemente, ciertos actos que no se atrevería a realizar si tuviera el rostro descubierto. Para empezar, puede confrontar, como ya dije, a sus demonios

interiores. Asumirlos, sacarlos a flote. Puede, Además, denunciar al jefe corrupto, festejar el traspié del vecino arrogante, desear a la mujer del prójimo. El disfraz libera y, después, concede licencia para la transgresión. El tigre de Bengala y la osa malaya que en el baile de máscaras se acarician impúdicamente, quizá sean dos conocidos nuestros que se aprovechan de la ocasión para cometer a mansalva una infidelidad. Como en las fiestas dionisia- cas de los griegos, en el Carnaval de Barranquilla mucha gente falsifica su identidad para pecar sin preocuparse y, en consecuencia, alcanzar la purificación.

Entre los disfraces ingeniados por los barranquilleros con el propósito de camuflarse, ninguno tan hermético como el de Monocuco. La ancha túnica de satín borra las formas del cuerpo, por lo cual es imposible saber si quien va adentro es un hombre o una mujer. Luego, para tapar el rostro, están la capucha y el antifaz. Según la leyenda, este disfraz fue hecho a la medida de los señores ricos que se adentraban en los barrios marginales de la ciudad para retozar en el catre de algunas mucha- chas pobres. Había que proteger el anonimato costara lo que costara, y tal vez por eso es que el Monocuco lleva en las manos, desde sus orígenes, una vara para

espantar sin contemplación a los indiscretos. Al atrincherarse en el traje de Monoculo, el individuo se siente seguro, invulnerable. Tan especial ha sido este disfraz para el imaginario colectivo, que los jerarcas de la Real Academia de la Lengua Callejera lo establecieron para denotar el estado anímico de quien se considera a salvo. No es gratuito que cuando a un barranquillero de la vieja guardia se le pregunta si todo en su vida marcha bien, responda:

—Sí, todo bien, todo “Monocuco”.

La careta y el ropón de raso son tan solo la expresión material del disfraz. Pero más allá de tales piezas, el carnaval es una gran mascarada. En los cuatro días que dura la fiesta todo se vuelve simulación, parodia. Subvertido el orden del Universo, los preceptos son letra muerta. La vida es entonces una chifladura monumental en la cual se toman normales los sucesos que durante el resto del ano resultarían inauditos. La gallina hostiga al zorro, el pez chico se come al grande, el simio se aparea con la jirafa, el blanco se cimbrea con el tambor del negro, el mendigo corteja a la princesa, la monja conduce una ambulancia, los policías llegan a tiempo, el magnate paga sus impuestos, el constructor responde por las casas que vendió y que luego se desmoronaron, Bill Clinton es el marido más fiel, Hugo Chávez gana el casting para reemplazar a Cantinflas, Tarzán se casa con Chita, Batman y Robín admiten que son amantes, el Coyote captura por fin al Correcaminos, Superman sobrevive a la kriptonita, don Ramón le devuelve la bofetada a doña Florinda.

La alteración del orden preestablecido obedece, en parte, a la intención de hacer reír a la gente, lo cual se consigue, con frecuencia, mediante los retruécanos más simples: el patrón anda a pie mientras el jornalero conduce el Ferrari; el butifarrero es un mujeriego infalible en Hollywood mientras Brad Pitt suda la gota gorda vendiendo empanadas en el Paseo Bolívar. En ocasiones la hilaridad del público no se logra trastrocando el destino acostumbrado de los elementos sino exagerando, mediante la representación cómica, los mismos sucesos de siempre: Atlético Junior no puede poner en practica la prueba de alcoholemia, porque sus indisciplinados jugadores se encuentran tan atiborrados de licor que

la sangre se les evapora en las jeringuillas. También hay comedias sobre los arroyos que en las épocas de lluvia atormentan a los habitantes y sobre el tendero de barrio que adultera la báscula. De repente, los problemas cotidianos, enfocados desde la perspectiva de la burla, ya no provocan penas sino jolgorio. El carnaval es eso, precisamente: un acontecimiento en el cual se suspende el tiempo de los lamentos y se desata el del gozo. Sin embargo, va mucho más allá del mero hedonismo: abre espacios para que el pueblo exprese su inconformidad y ejerza el derecho a la crítica. Las calles, transformadas entonces en un inmenso teatro al aire libre, permiten escenificar el saqueo de las áreas públicas, señalar al político bandido. No es casual que las marimondas, esas figuras socarronas de narices fálicas y orejas de elefante, hagan sonar sus estridentes pitos —conocidos con el grafico nombre de "pea pea"— justo cuando se tropiezan en el camino con ciertos personajes nefastos de la ciudad.

El carnaval es una mascarada de principio a fin —dije— porque en el todo se vuelve disfraz, incluso el lenguaje. Antes y después de esta fiesta, la palabra "asalto" es sinónimo de "atraco a mano armada", y tan solo se usa para hablar de la inseguridad urbana. En carnaval significa que algunos amigos han invadido sin previo aviso la casa de un compañero, para realizar una pachanga. Antes y después de esta fiesta, un "decreto" es un comunicado que oficializa cierta decisión —casi siempre fastidiosa— del gobernante de turno. En carnaval es el discurso jocoso que pronuncia la reina para contagiar de alegría a sus conciudadanos. Durante estos cuatro días de arrebato colectivo la realidad entera, con todos sus seres y enseres, resulta trocada por la farsa: se enmascaran los rostros, se camuflan los cuerpos, se transforma el idioma. El cosmos, en términos generales, queda envuelto en una gran mascara que lo distorsiona.

Los seres humanos apelan a esta ficción para ayudar- se a soportar los desencantos de su realidad cotidiana. Inventamos las novelas para poder resistir las noticias. Bien decía François de la Rochefoucauld, en uno de sus célebres epigramas, que ni el sol ni la muerte se pueden mirar fijamente. El carnaval le permite al hombre dar una ojeada oblicua a sus propios conflictos. El zapato que nos aprieta a lo largo del año, al ser puesto de revés durante los carnavales se convierte en motive de risa. Lo que antes era congoja, en carnaval es argumento para la picaresca. Entonces nos resulta posible contemplar el sol sin encandilarnos. Con la muerte sucede lo mismo: antes de la fiesta aparecía en nuestros pensamientos como una señora hosca y temible; ahora es un personaje juguetón que se entrevera con nosotros, sin intimidarnos, en cada desfile callejero.

Por eso el carnaval es catarsis. Nos depura, nos alivia. Nos predispone para enfrentar, con las energías renovadas, los 361 días de rutina que comenzaran el Miércoles de Ceniza, veinticuatro horas después de la conclusión de la fiesta. Cuando nos quitemos las caretas y descorramos la gran mascara que le pusimos a nuestra propia realidad, nos toparemos de frente con las mismas contrariedades de siempre: la intolerancia, el desamor, las deudas, las tareas aplazadas, las fragilidades del cuerpo, los pesares del alma, los miedos. Menos mal que dentro de un ano, cuando nos enfundemos de nuevo en nuestros disfraces, la vida volverá a ser una fiesta. Descansaremos de nuestros rostros, convertiremos a la muerte en una marioneta inofensiva y nos animaremos a contemplar el sol que, a pesar de todo, todavía brillara para nosotros.

La fiesta de la resistencia

En ciertos barrios populares de Cartagena la fiesta es un asunto visceral. Allí no se danza por simple diversión sino para reafirmar la vida. El negro, excluido desde siempre, intuye que mientras baila, cuenta para el mundo. Por eso le sube el volumen a la música, la zapa- tea con

urgencia, como si estuviera cumpliendo su último deseo. Sabe que cuando cese el estruendo, cuando se apaguen los picos y se callen los tambores, quedara a solas con su triste realidad de todos los días: la pobreza, la discriminación.

Si bien, como lo plantea la investigadora Elizabeth Cunin, es injusto y hasta superficial mirar a esta etnia "bajo la forma de una cultura folclor izada en el baile", no es menos cierto que Cartagena —ciudad de evidentes rezagos colonialistas— ha relegado a sus negros al traspatio. Durante un tiempo los condeno a vivir en los extramuros, disputándose el espacio con los matorrales y las alimañas. En los años más bochornosos de la segregación, los negros solo disponían de dos opciones dignas para sobrevivir: lustrar zapatos y pelear en un ring. Sin educación y sin dinero, eran gregarios de una

industria turística que los mostraba como afiches y los escondía como personas. El último recurso que les quedaba era un saber heredado de la Madre África: cortar el tronco, despellejar el becerro, forjar el tambor. Con el tambor, por cierto, habían reemplazado la lengua que les arrebataron los esclavistas al traerlos a América. El tambor —Código Morse de su tierra y de su sangre— les permitía comunicarse entre ellos y despistar al amo. No era un símbolo de holganza sino de tenacidad. ¿De qué otro modo habrían podido defenderse, si lo único que les dejaron fue la danza? No es descabellado suponer que los negros fundaron la resistencia con el mismo re- doble de tambores con el que desataron el mapale. Y desde entonces, sus festejos han estado animados por un fuego tan jubiloso como díscolo. Hoy, como ayer, mientras más fuerte aporrean los cueros, más se hacen escuchar en la Cartagena blanca que ignora sus voces.

No es gratuito que la fiesta novembrina, metáfora de la rebelión, coincida con las efemérides de la Independencia. Rugen las muchedumbres, estallan los buscapiés. Los hombres se arrojan polvos y bolsas de agua, o se embadurnan los rostros de betún. Algunos, incluso, se dedican a romperle la camisa al prójimo. Uno se mete en las entrañas de ese monstruo enloquecido y se siente envuelto en una atmosfera de cataclismo. A ratos, el gozo parece guiado por un instinto depredador. Se trata, acaso, del caos como principio de un nuevo orden, donde las diferencias no alejen para siempre a los mortales. Al ensuciar lo que está limpio, al mancillar lo que es respetable, al no dejar piedra sobre piedra, la gleba pretende suprimir las desigualdades y establecer una sociedad justa.

He alii, a grandes rasgos, la visión romántica de la fiesta. Para redondearla solo faltaría añadir, en coro con el cronista Rubén Darío Álvarez, que la pachanga genera ingresos y permite construir tejido social. Gana el que elabora los capuchones y el que vende el tinte para la piel, el taxista y el cantinero. Luego, como en el proverbio andaluz, nadie les quita lo bailao. Al desamarrar sus furores originales, al solazarse en el fandango, el cuerpo deja de ser calabozo para el espíritu. Entonces se entiende la vieja sentencia de Cicerón: "Cuando los tambores hablan, las leyes callan". Retumba de nuevo el mapale, aumenta la barahúnda. En esas instancias, bajar el volumen por razones de salud —como proponen algunos ambientalistas radicales— sería un despropósito

pues, a fin de cuentas, el golpeteo incesante de los cueros quizá estropee los oídos, pero al parecer espanta las ganas de ahorcarse.

Existe también una manera realista de aproximarse al tema. Establece, en primer lugar, que el jolgorio no soluciona los graves problemas sociales de Cartagena, ciudad asfixiada por la corrupción, que tiene una tasa de desempleo del veintiuno por ciento y un índice de pobreza del setenta y cinco por ciento. Varios observadores plantean que hay dos fiestas: la del

populacho, estridente y sudorosa, y la de los ricos, glamorosa y esterilizada. El símbolo de la primera es la música champeta, cuyo nombre se deriva de un cuchillo de carnicería. El símbolo de la segunda es la corona del Con- curso Nacional de Belleza. Esta huele a agua de colonia Jean Marie Fariña y aquella otra, a marisma. Una está enclaustrada en los clubes de las elites, con el bucle siempre arreglado; la otra anda con el mono suelto por los arrabales. A ratos se entrecruzan, claro. A ratos el blanco zapatea la cumbiamba y el negro aplaude a la reina que desfila en su carroza. Pero, por lo general, mantienen la distancia, aunque los idealistas crean que el festejo las hermana. A comienzos del siglo xx —nos

informa el historiador Edgar Gutiérrez— la Alcaldía expidió un decreto para prohibir el mapale, considerado un baile indecente. Hoy se mira con ojeriza a los cultores de la champeta. Todavía está fresco en la memoria el caso de las dos muchachas a las que, por ser negras, no se les permitió entrar en una discoteca del centra de la ciudad.

De cualquier manera, en los sectores deprimidos la fiesta es aun algo trascendente. Se baila para fortalecer el ánimo y poder resistir la vida que sigue después, cuando se callan los tambores.

Elegía para Alberto Fernández

Esta historia comenzó temprano, en mi infancia, un día en que sorprendí a mi madre cantando una de tus tonadas. Cuando le pregunte de quien era esa canción tan bonita, ella lucio emocionada: Alberto Fernández.

Jamás había oído hablar de ti. Sin embargo, me resultaste familiar desde la primera vez que te oí nombrar, como si me estuvieran presentando a un vecino que ya conocía. Después reapareciste en una forma similar: llegue donde mi tía Fanny justo cuando ella estaba diciendo que eras su cantante favorito.

Durante mucho tiempo creí que la palabra para definir la forma en que te hallaba era “casualidad”, porque por casualidad te encontré una noche en la pantalla del televisor; por casualidad me tropecé una mañana con tu música en un programa radial.

Decía que “casualidad” porque no eras un cantante de multitudes. Cualquiera se tropieza por ahí con un rockstar de esos cuyos afiches circulan hasta en la luna. Encontrar en la superficie a un cantor de los subterráneos es mucho más difícil. Cuando yo era adolescente, en el vallenato ya reinaban los grandes

conjuntos de acordeón. La música que tu hacías —vallenato con tríos de guitarras— parecía antediluviana, un asunto de viejos.

Por eso consideraba una casualidad que un muchacho como yo te encontrara una y otra vez en el camino. Tus discos no acaparaban los titulares de prensa, tu rostro no estaba en la memoria de mis amigos, tu voz no se oía en los autobuses, tus canciones no sonaban en los bares.

Una tarde, en Barranquilla, me arrime a una fiesta de carnaval mientras sonaba la canción Te olvide, que es como el himno de la ciudad. Alguien exclamo:

—¡Que cipote de cantante es Alberto Fernández!

^Alberto Fernández? Hasta ese momento había creído que tú, juglar cesarense, solo cantabas vallenatos. Diablos, ¿también eras el intérprete de aquel chande atlanticense con el cual me

habían acunado en la infancia? Casi me caigo de la impresión. La canción llego a ti —me contaron entonces— por pura casualidad: como el cantante que originalmente la iba a grabar nunca llego, el director de la orquesta recurrió a ti.

Aquel episodio me indujo a pensar que tantas casualidades no podían ser casualidad. Si yo vivía encontrándome con tu música era porque me pertenecía, porque tú la cantaste para mí. Entonces decidí rastrearte.

Al sumergirme en tus discos conocí la obra portentosa de Rafael Escalona. Luego, también gracias ti, me arrime a otros compositores magníficos de mi región, como Julio Erazo y Rafael Campo Miranda.

Explore tu obra para saber por qué te admiraba.

Allí donde otros ponen la estridencia, tu pones la sobriedad. Amo la naturalidad de tu canto, en el que jamás encuentro arabescos inútiles ni sentimentalismos fáciles. Amo esa voz serrana que me devuelve, integras, todas mis raíces, y me permite evocar el olor de los mangos maduros.

Tu voz le enseno al niño que fui paisajes en los que aún me reconozco. Tu voz nace volver a mí, con aire de gozo, a algunos seres amados que ya se me han ido. Esas razones me hicieron ir a tu casa: necesitaba entregarte en persona esta elegía, pues no quiero que te enteres de mi gratitud por simple casualidad.

En la reciente noche de velitas todos los barranquilleros volvimos a cantar Las cuatro fiestas.

Que linda la fiesta es

En un ocho de diciembre

Dije “todos los barranquilleros”, pero en realidad había uno que no podía cantar: Adolfo Echeverría, el compositor de la canción.

Se encontraba en una cama doblegado por el Alzheimer. Esa noche estaba tan deprimido que había expresado su deseo de morirse.

Echeverría es autor de canciones importantes como Amaneciendo, Cumbia dentro del mar y Perfume de gardenias. Canciones que el inmortalizo con su orquesta, porque además de compositor era un músico formidable.

Como muchos de sus colegas, Echeverría no pudo —o no supo— hacer rentable su obra. Por eso llego a viejo en una casa arrendada del barrio Boston. Como debía varias cuotas tuvo que mudarse a un apartamento más pequeño en Los Andes. Allí según informa

Anastasia Arrieta, su mujer— ya debe dos meses de alquiler.

Cuando aún conservaba la memoria vivía decepcionado porque algunos alcaldes de Barranquilla le prometían vivienda en sus actos públicos y, después, en privado, ni siquiera le pasaban al teléfono.

Al conocer el caso de Echeverría recordé otras historias tristes de nuestros juglares.

Juan Lara, viejo gaitero de San Jacinto, pedía fiado en la tienda del barrio. Un día debió entregar su casa para saldar la deuda. Entonces varios dirigentes del pueblo le pidieron a Lucho Bermúdez que ofreciera un concierto gratuito en San Jacinto. El producido de la ve- lada

serviría para comprarle una nueva casa a Juan Lara. Pero aquella noche el público fue escaso, y la taquilla no alcanzo ni para cubrir el transporte de la orquesta.

Los abanderados de la campana siguieron buscan- do donaciones. A los pocos meses le compraron a Juan un rancho de bahareque. El nombre del barrio donde estaba ubicado parecía una burla cruel del destine: El Lloradero. En ese sector vivía su hermano José, quien a esas alturas no podía escuchar los lamentos de Juan porque se había quedado sordo.

Los Lara se sentían tan humillados que renunciaron a sus gaitas. Años después de sus muertes, el grupo musical que ayudaron a forjar obtuvo el premio Grammy. Entonces sus canciones, despreciadas durante tanto tiempo, se pusieron de moda.

¡Ay, si la gente que festeja los clásicos populares supiera cuantas lagrimas les han costado a sus autores!

Armando Zabaleta no podía pagar su tratamiento contra el Parkinson; Crescencio Salcedo sobrevivía a salto de matas vendiendo instrumentos por las calles de Medellín; Juancho Polo Valencia dormía sobre el piso en una zona de perdición conocida en Barranquilla como la Calle del Crimen, y Clímaco Sarmiento se ahorco con el cordón de una máquina de coser cuando se sintió aplastado por las deudas.

Oír nuestra música sin conocer estas historias es como curiosear desde lejos una rueda de fandango: solo se ven luces. Conocer el destino de los músicos, en cambio, es arrimarse al centra del baile, y entender que para que las velas nos iluminen a nosotros sus portadores deben inmolarse.

Recordando al gaitero mayor

Acaso el rasgo principal de Tono Fernández, el gaitero mayor, era su vanidad. Todo en él era jactancia. Se ufanaba, por ejemplo, de la potencia de su voz y de cómo con ese don atraía a las mujeres.

Si Tono Fernández canta

despierta el que está dormido

despierta la mujer sola

abandonan el marido.

Cualquier motivo le servía para pavonearse. Cuando hablaba de San Jacinto, su pueblo, se ponía muy engreído.

¡Vaya la Europa al carajo no hay tierra como la mía!

En cierta ocasión le practicaron una cirugía para extirparle un quiste que tenía en el cerebro. Cuando salió de la clínica no le dio las gracias al médico, sino que lo felicito:

—¡Docto, usted no sabe que cabeza ha salvao!

También se caracterizaba por ser mandón. En el grupo siempre era el quien daba las órdenes, y cuando alguno de sus músicos quería influir en las decisiones lo despachaba con estas dos palabras lapidarias: —¡Hazte jefe!

De eso vivió convencido: él era el jefe.

Y lo era no solo por su carácter autoritario y su ego descomunal, sino porque a pesar de ser analfabeto, como todos sus compañeros, componía coplas de una belleza singular.

No más tenía una camisa

y un solito pantalón

no les cause admiración

mi sombrero era la brisa

Nacido en 1912, surgió como cantante en una época en que ser gaitero era mal visto por sus paisanos: un oficio de plebeyos. Cuando grabó su primer disco quiso congraciarse con uno de los ricos de San Jacinto, Benjita Barraza, y por eso lo saludó efusivamente en una de las canciones. Pero su gesto no fue entendido como un detalle de cortesía sino como un agravio.

—No joda —le reclame Benjita—, ¡tanta gente que hay en este pueblo y preciso tenías que mandarme el saludo a mí!

Entonces, como siempre, demostró que era el jefe: no se achico por el desprecio, sino que siguió cantando con ese chorro de voz que se oía en todas partes.

En los años cincuenta los Gaiteros de San Jacinto recorrieron más de veinte países de América, Europa y Asia. En 1968 los atletas colombianos que participaron en los Juegos Olímpicos de México fueron un desastre, pero a los Gaiteros —invitados a los actos protocolarios— les impusieron una medalla de oro.

Hace siete años el grupo, liderado entonces por dos sobrinos de Tono, obtuvo un premio Grammy que no hubiera sido posible sin su legado.

Cuando Tono cantaba, a uno se le alborotaba la sangre. De repente los pies empezaban a agitarse, como si se mandaran solos, y algún abuelo embriagado, desde la cima de su júbilo, soltaba un grito que le salía del alma:

—¡Muévete, cuerpo viejo, que yo te traje fue pa'que te divirtieras!

Mañana se cumplirán veinticinco años de su muerte. Así, ausente, Tono Fernández sigue siendo el jefe, porque aún no ha nacido el gaitero que se atreva a refutarlo, y porque todavía cuando canta despierta al que está dormido.

Una balada para Claudia de Colombia

Entre mis discos no hay ninguno tuyo, Claudia. Sin embargo, aún recuerdo ciertas tonadas que te oí cantar cuando era niño.

En aquella época el centralismo de nuestra televisión era bastante antipático. Había programas que se llamaban Así canta Colombia o Voces de mi tierra, pero en ellos no cantaba Colombia sino solo una región, la andina, la montañosa, donde estaba concentrado el poder político.

Yo vivía entonces en un pueblo remoto de la costa Caribe. Cuando había semana cultural las colegialas se ataviaban como campesinas de tierra fría, a pesar de que nuestra temperatura promedio era de cuarenta grados Celsius. Lucían faldones hasta los tobillos, faltriquera de lana, capas paramunas: la ropa que llevaban las danzarinas en televisión. Después empezaban a cantarle a una vegetación que jamás florecía en nuestros parajes arcillosos: crisantemos, frailejones, zarzamoras, cafetales.

Los cantos que nos traía el televisor eran extraños, tanto por su género como por sus temas. Pero entonces tú, Claudia, emergías en la pantalla, y todo lo que antes parecía ajeno se nos volvía propio. Por fin veíamos llorar los guaduales, por fin comprendíamos que también tienen alma. Tu voz le daba a las cosas un nombre universal. Además, unía territorios que la política había distanciado.

Quanta melodía había en tu voz. Quanta miel. Quanta capacidad de abrazar. fie hable de aquella vecina solterona que tenía el pelo marchito por la canícula y se envejeció frente a su ventana cantando tus canciones? Quisiera creer que tus estribillos la ayudaron a sobrellevar el desamparo.

Un colega mordaz me pregunta de dónde saque el gusto por ti. A él tu obra le parece cursi, anticuada. Le respondo con una frase de mi amigo Camilo Jiménez Estrada: “Solo hay dos clases de música: la que a uno le gusta y la que no”. La tuya me gusta. Punto.

Además, le pido a mi colega tener en cuenta el contexto histórico de tu música. Cantabas en un tiempo en que el amor estaba secuestrado por el oscurantismo: las novias recibían visitas vigiladas, los besos de las telenovelas eran de mentira, las tías sonaban con príncipes azules, los tíos pretendían doncellas de figurín.

La banda sonora de aquellos amoríos tenía que ser, forzosamente, mojigata. Entonces la quinceañera reprimida fantaseaba con tus versos:

Necesito tiempo para amar

porque a tu lado el mundo es bello

Necesito un sol que alumbre mas

y saber que tú no eres un sueno

Muchas canciones de aquella época eran tontarronas, que le vamos a hacer. Para reafirmarlo basta con oír de nuevo a Palito Ortega cantando que “la felicidad, ja ja ja ja, me la dio tu amor, jo jo jo jo”.

Tú has sido mucho más que cantante de baladas sentimentales. Inmortalizaste coplas folclóricas andinas, boleros del Caribe, paseos vallenatos, cumbias de rio. Para trascender en su momento no necesitaste que tus discos se encimaran como napa en los supermercados, ni que te promoviera un manager influyente en Miami. Simplemente cantaste con esa voz que entra por un oído y se niega a salir por el otro.

Esa voz que, aunque falte en mis archives digitales permanece intacta en mi memoria.

El oficio

Botellas de naufrago

Cuando yo tenía diecinueve años amaba una maquina Brother que me regalo mi abuelo materno, el viejo Alberto Ramos. En ella escribía mis primeros textos: la reseña de una película, la entrevista a unos artesanos callejeros, el reportaje a un cantor.

En principio escribía sin preguntarme si mis textos le interesarían a algún editor. Solo le obedecía al instinto: sentía ganas de sentarme frente a la maquina Brother para borronear un párrafo tras otro. Eso era todo.

Las únicas personas que leían lo que escribía eran mi tío Gonzalo y mi prime Teoba. No necesitaba más lectores para sentir que aquello valla la pena.

Un día empecé a cultivar la ilusión de que me publicaran en un pequeño diario de Barranquilla, la ciudad donde nací. Era tan tímido que no me atrevía a entregarle el texto, personalmente, a algún redactor: siempre lo dejaba en la recepción dentro de un sobre de manila.

Los domingos compraba el diario con la esperanza de que me hubieran publicado la nota. Para hacer eso tenía que desangrar mi escasa mesada de estudiante

ojeroso. Sabía de antemano que no me habían publicado nada, pero insistía. De manera inconsciente estaba construyendo una pedagogía de la decepción. Eso, según me diría años después el maestro German Vargas Cantillo, es algo necesario cuando se empieza a escribir.

Era doloroso que no me publicaran, por supuesto. Sin embargo, al otro día volvía a sentarme frente a la maquina Brother. Se perfectamente que todo lo que escribí entonces eran puras tonterías, pero hay que ver la fiebre con la cual las defendía ante mí mismo.

El premio más hermoso a esa terquedad apareció, por fin, una mañana de 1999. El editor Jesús Aníbal Suarez me llevo al Colegio San Bartolomé de la Merced, en Bogotá. Allí habían comprado varios ejemplares de mi libro De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho, publicado por la editorial de Suarez, Ediciones Aurora.

Como en el San Bartolomé de la Merced se celebraba la semana cultural, me invitaron a charlar con los niños. Una profesora les había encargado esta tarea inesperada: leer mi libro y luego proponer nuevas portadas en retazos de cartulina.

Cuando llegué al colegio vi las paredes invadidas con aquellos cuadros infantiles. Me pareció hermoso. Algunos niños se me acercaban para contarme, orgullosos, cuál era la pintura de su autoría; otros me hacían preguntas, otros más me contaban lo que sintieron al leer algunas crónicas.

De pronto descubrí que me sentía conmovido, como con ganas de llorar. Entonces me acorde de cuando escribía sin que los editores me pusieran atención. Esta no es una historia sobre la calidad que hay que tener al escribir, repito, sino sobre como a veces, al resistir, pueden sucederle a uno episodios felices.

Aquella emoción profunda no le pertenecía al autor de treinta y seis años que yo era entonces, sino al muchacho de diecinueve que había sido años atrás, el muchacho afiebrado que seguía arrojando al mar sus botellas de náufrago, aunque nadie las encontrara.

Crónica de una humillación

Tenía veintidós años cuando me enfrente por primera vez a la necesidad de encontrar un trabajo como periodista. Estaba muerto del susto, me sentía solo y, para colmo de males, di entonces con un tipo de malas pulgas que convirtió aquella experiencia en una pesadilla.

Fue en 1985. Acababa de terminar mi carrera de periodismo en la universidad. Como me había casado unos meses atrás —a los veintiún años— y pronto me iba a convertir en padre, necesitaba con urgencia un trabajo remunerado. Hasta ese momento yo había publicado artículos breves en un pequeño periódico de Barranquilla.

Escribía por el simple gusto de ver mi nombre impreso en letras de molde. Mi madre decía con sarcasmo que yo no actuaba como profesional sino como penitente. Ni siquiera les pedía a los

dueños del periódico que cubrieran los gastos de transporte en que incurría durante el trabajo de campo.

Mientras fui soltero pude permitirme tamaño idealismo, pues no afectaba a nadie. Al estar casado y a la espera de un bebe, partirme el lomo sin cobrar ya no habría sido visto como un acto romántico sino como un gesto indolente. De modo que me tocaba conseguir empleo.

En Barranquilla no se abrió ninguna de las puertas que toque. Los dueños del pequeño periódico don- de publicaba, quienes me habían tratado con mucha amabilidad mientras escribía gratis, empezaron a mostrarse distantes cuando les dije que necesitaba remuneración.

Decidí probar suerte en Cartagena. Allí se acababa de fundar el periódico Calamari. Calamari era el nombre que tenía el lugar antes de la llegada de los conquistadores españoles. En lengua indígena significa “tierra de cangrejos”.

Todavía en los atardeceres, cuando uno recorre a pie los barrios adyacentes al mar, se topa con cangrejos desorientados que abandonan la cómoda arena de la playa y salen a morir en el duro asfalto de la calle.

Varios amigos cartageneros me avisaron que en ese periódico de circulación semanal necesitaban redactores. Había posibilidades para un muchacho sin experiencia como yo, porque se trataba de un proyecto nuevo que no contaba con presupuesto suficiente para

contratar a periodistas veteranos. Así que desde Barranquilla, por teléfono, solicite una cita con el gerente, José María Martínez Aparicio.

El encuentro fue programado para un martes a las diez de la mañana. Asistí puntual. Después de una espera de tres horas la secretaria me informo que la reunión se corría una semana.

La segunda vez fue un calco de la primera: la misma antesala, la misma espera, la misma desesperanza. De nuevo la mujer dijo que la reunión se aplazaba. Le conté que vivía en Barranquilla y que para cumplir cada cita debía hacer un viaje de tres horas —ida y vuelta— y gastarme un dinero que no tenía.

Además le dije que me quedaría alii esperando al señor, pues me resultaba imposible volver por tercera ocasión. Ella se encogió de hombros y me pidió, con una seña de la mano, que aguardara un momento. A continuación, entro en la oficina de su jefe.

Minutos después regreso acompañada por un hombre regordete. Vestía de Blanco desde los zapatos hasta la camisa, y olía a colonia Jean Marie Fariña. El hombre miro altivamente a todos los visitantes, y pregunto quién era el insolente que lo seguía esperando en contra de su voluntad. Sentí el clásico nudo de la angufetia en la garganta.

—Lo que pasa —dije con la voz temblorosa— es que yo vivo en Barranquilla, doctor, y para venir acá me toca incurrir en unos gastos que ahora mismo no puedo cubrir...

El hombre no me dejo terminar. Mirándome con una dureza inesperada me soltó aquella andanada terrible:

—¿Y qué culpa tengo yo de que usted sea un muerto de hambre? Yo tengo mi comida segura en la casa. Usted es el que necesita y usted es el que tiene que volver cuantas veces sea necesario.

Sentí que su brutalidad era innecesaria. Nunca he sabido cómo actuar en tales casos. Por lo general las palabras se me extravían y quedo paralizado. Lo único que atine a pronunciar fue un “disculpe” seguido de un “hasta luego”.

Decidí cubrir a pie la distancia entre el centra histórico de Cartagena, donde quedaba el semanario Calamari, y la casa de mi tío Gonzalo en el barrio Crespo. Me fui caminando por la avenida Santander, que bordea el mar. A ratos el agua salada me salpicaba la cara y se mezclaba con mis lágrimas. Me sentía humillado.

Al poco tiempo conseguí un trabajo, y luego otro, y desde entonces, por fortuna, nunca me ha faltado que hacer. He tenido oportunidades, he viajado por ríos y montañas, he atravesado selvas y desiertos.

Como reportero he sido testigo de excepción de ciertos acontecimientos importantes que un ciudadano común solo puede ver a través de la televisión; he conocido a personas que me han ensenado mucho sobre la condición humana.

Hace poco recordé el episodio. Al verlo en perspectiva me pareció muy útil: me fortaleció de manera oportuna, me enseno que siempre hay alguien dispuesto a tirarnos la puerta en la cara, me permitió ver de qué material estaba hecho para resistir y defender mi pasión por el periodismo.

Me enseno, sobre todo, que quien quiere ser reportero será reportero, aunque lo saquen a patadas de todos los periódicos. Me parece una lección útil para estos tiempos en que todo el mundo anda con su queja a cuestas.

¿Qué hacer para sobrevivir? Resistir, seguir en la brega. Convendría también empezar a entender que lo que está en crisis no es el periodismo sino los periódicos, porque no supieron reaccionar ante ciertos cambios en el negocio.

A veces me pregunto qué será de la vida del señor Martínez Aparicio. Por una especie de curiosidad que pudiéramos llamar profesional, quisiera encontrármelo para ver como luce hoy. No importa que siga siendo un tipo de malas pulgas.

Decir amigos

Un reportero veterano me cuenta que ha cubierto varias guerras, muchos crímenes y algunas epidemias, y que ahora solo quisiera escribir una historia de amistad.

A él le sorprende que en los periódicos nunca aparezcan sucesos en los cuales el foco este puesto en el afecto fraterno entre las personas, Quienes saben ser amigos, dice, encienden luces muy útiles para la sociedad.

Hay que revelar esas historias: la del indigente que es camarada incondicional de su perro, la de la campesina que acoge en su estrecho rancho a la amiga desarraigada por la violencia.

No tienen que ser, necesariamente, hechos heroicos, superlativos: visitar a un amigo sin anunciarse, solo por el gusto de hablar con él, es un altísimo milagro de la condición humana. En este punto el veterano cita a García Márquez: “Lo que más aprecio de mis amigos es que me llamen por teléfono sin necesidad”.

La prensa debería publicar más relates sobre la amistad. Por ejemplo, que un hombre dono un órgano a su amigo enfermo, o que una mujer le regalo un clavel a una de sus amigas, simplemente porque le nació hacerlo.

Le respondo que llevo años atragantado con una historia que tal vez sea como esa que él quiere contar. En 1986, cuando mi hija Oriana tenía un ano, le compre unas zapatillas blancas con los últimos pesos que me quedaban.

Ese mismo día María Bernarda, su madre, se la llevo en brazos a una plaza de mercado. Cuando volvieron a casa, María Bernarda venia llorando porque una de las zapatillas de la niña se había extraviado. Me quedé triste, y luego le conté el caso a Alberto Martínez, periodista que entonces era mi compañero en el diario El Universal de Cartagena. Se lo conté de manera más bien casual, mientras tomábamos café en el pasillo.

Al rato vi como Alberto organizaba en el periódico el sorteo de un pollo asado. El mismo anoto los números en un pliego de papel cuadriculado, y luego recorrió las instalaciones del periódico ofreciendo la rifa.

Por la noche, al regresar a casa, descubrí la causa del sorteo imprevisto que tanto me había intrigado: Alberto se lo invento de repente, sin avisarme, solo para comprar de nuevo las pequeñas zapatillas. Cuando vi los piececitos de mi hija supe que estaba ante un amigo al que amaré hasta la muerte.

El reportero veterano dice que quiere contar algo de ese tenor, justamente. Una historia que, según él, sea al mismo tiempo sencilla y poderosa: “Mujer le dona un riñón a su amiga”, “Hombre le regala un clavel a su amigo”.

- ¿No era al revés?

—Da igual. Se trata de mostrar que la gente no solo debe ser noticia cuando se mata: también debería serlo cuando se quiere.

—¿Cómo no va a ser noticia que florezca la amistad a pesar de las guerras y otras atrocidades? —insiste—.

Coincide con él. Mientras consideremos que lo bello es indigno de resaltar, seguiremos jodidos. A nuestros países no los salvara el aumento del producto interno bruto sino tener ciudadanos de los que se prodigan incondicional- mente en la amistad, de esos a los que uno les regalaría un clavel o un riñón.

Nunca pienso en los lectores —así, en plural— cuando escribo. A veces, en ciertos pasajes, se me viene a la memoria un lector en singular, el rostro de algún conocido al que sospecho le gustara mi texto.

Aunque no me desvele preguntándome por las expectativas de quienes me leerán, si pienso en ellos: es decir, quiero ser leído. Mi manera de tener en cuenta a los lectores consiste en establecer, de entrada, que mi compromiso no es con ellos sino con lo que escribo. Primero el texto, segundo el texto, y después ya veremos.

Aspiro a que mi prosa suene natural. Para lograr eso me castigo. El reto de quienes escribimos consiste en trabajar mucho para que no se note lo mucho que trabajamos. A nosotros debe costarnos, al lector no.

Escribir bien empieza por algo tan obvio que a me- nudo se nos olvida: ser claros. No tenemos derecho a obligar a los lectores a releer una frase solo porque es confusa.

Creo que la voz, además de sonar natural, debe ser sincera. Eso se logra cuando el escritor esta en comunión

con su lenguaje, y cuando se preocupa más por lo que escribe que por quienes lo leerán. Al texto hay que darle solo lo que necesita. Ir más allá es forzarlo, volverlo artificioso. Un autor que utilice el oficio como un simple pretexto para lucir inteligente, irrespeta la escritura y, en consecuencia, atropella a los lectores.

Vaya, estoy hablando de los lectores a pesar de que dije que no pensaba en ellos. Es evidente que si pienso. Sería más exacto decir, entonces, que, aunque me interesen puedo olvidarme de ellos mientras escribo. En parte por lo que ya dije: la mejor manera de asumir el compromiso con los lectores es fajarse con el texto que se les va a ofrecer.

Ahora bien, decir que escribo para mí no es desdeñar a los lectores sino empezar a considerarlos a partir de una verdad simple y honesta: yo soy ellos, es decir, soy el primer lector, y podría también ser el último, el tinaco. Escribir para mi es escribir para ellos. En este sentido, jamás pierdo de vista una lúcida reflexión de Aidan Chambers: “La escritura es lectura y, por tanto, escribimos para leernos”. En la medida en que uno de- pura su paladar como lector, mejora su puntería como escritor.

De manera que el lugar de los lectores en nuestra escritura empieza por determinar la clase de lector que uno debe ser si quiere escribir mejor.

Preocuparse por lo que los lectores pensarán o dirán no es literatura sino política. Y farándula. La mejor respuesta que conozco a la pregunta de por qué se es-cribe es un chiste muy serio del humorista Sofocleto: escribimos porque es una forma de hablar sin que nos interrumpan.

Queremos lectores que nos dejen echar el cuento. Después podrán abandonar el texto si quieren. O encontrarse con el —con uno— si lo sienten honesto. Cuando sucede esto último, no hay en el mundo nada mejor que escribir.

Alabanza de las palabras

Octavio Paz decía que hay dos clases de palabras: las que nos pertenecen y las ajenas.

En principio nos pertenecen las que adquirimos a través de la costumbre. Luego, aquellas que se nos van volviendo familiares a fuerza de uso. Acaso las más arraigadas son las que llevamos en el inconsciente.

Yo creo en las palabras que pronuncio cuando estoy dormido. Una noche soné que le decía “hermosa” a mi abuela Elvia. A la mañana siguiente, cuando me tropecé con ella en uno de los pasillos de la casa, me dio un beso inesperado, como si hubiera adivinado mi sueño. Me encanta suponer que nuestras palabras más íntimas se transparentan antes de ser dichas.

“Intima”, por cierto, es una palabra que me pertenece, como “hermosa”. También me encantan “incienso”, “roció” y “ventanal”. Me gusta que el mundo este poblado por palabras, así la mayoría de ellas me resulten ajenas.

Ajenas son para mi “lontananza”, “coadyuvar”, “parámetro” y “espurio”. Jamás usaría “empero” en vez de “pero”, ni le llamaría “parca” a la “muerte”. Eso sí, tampoco borraría tales palabras solo porque no me pertenecen: allá afuera hay mucha gente a la cual le sirven.

Cada quien es libre de decidir —vuelvo a Octavio Paz— como escoge sus palabras y como se aparta de las otras. Yo reconozco las mías con el oído: si suenan bien las adopto. Al estar en comunión con el lenguaje hay más posibilidades de aproximarse a la música, que es algo tan importante cuando se ha nacido en el Caribe. En el fondo, todos los que somos de alii queremos componer un bolero. Por eso Alejo Carpentier era pianista; por eso García Márquez, mientras hablaba, solía tamborilear sobre la mesa con sus dedos de concertista frustrado.

Melómano sin talento para el chachachá, encuentro en la escritura la oportunidad de tocar, por fin, las maracas. Entonces vuelvo a aguzar el oído para mantener el ritmo y la afinación mientras voy juntando un vocablo con el otro.

¿Dije “escritura”?¡ ya era hora!

Cuando escribo escojo mejor mis palabras. Al juntar esas palabras frente a mis ojos accedo, casi siempre con sorpresa, a un conocimiento que ya estaba dentro de mí pero que nunca antes se me había revelado.

Escribimos para saber que sabemos y, por eso, más allá de la eufonía, hay que aspirar a la precisión. Mark Twain lo dijo de manera hermosa: “La diferencia entre la palabra adecuada y la casi adecuada es la misma que hay entre el rayo y la luciérnaga”.

Para escoger las palabras adecuadas, nada como los diccionarios. Siempre tengo a la mano el de uso del español que escribió María Moliner, el de sinónimos de Fernando Corripio y el etimológico de Joan Corominas.

Ahora muchos pretenden encontrar sus palabras oprimiendo en la computadora el botón derecho del mouse. Lo siento por ellos, que se ahorran en tiempo lo que pierden en precisión.

Los diccionarios, además, nos llevan lejos: empezamos el recorrido en un vocablo que nos remite a su sinónimo, y luego este nos conduce a uno nuevo que ya no tiene nada que ver con el primero. Al final no sentimos que estamos cerrando un libro sino terminando un viaje. En ese punto siempre pienso que las palabras —las mías, las tuyas, las de todos— son la alfombra voladora más maravillosa que se ha inventado.

El oficio más bello del mundo

Me preguntan con frecuencia para qué sirve el periodismo en estos tiempos de redes sociales y vértigo noticioso. Suelo responder que, aunque los periodistas hayamos perdido el monopolio de la información, el periodismo sigue siendo muy útil para lo mismo de siempre: denunciar, informar, narrar, analizar, orientar y, sobre todo, ayudar a entender.

El escritor Héctor Rojas Herazo decía que amaba a quienes buscan la verdad pero desconfiaba de quienes creen haberla encontrado. Ejerzo el periodismo con un ojo puesto en esa máxima.

Acaso lo mejor de ser periodistas es tener la oportunidad de ponernos en los zapatos de los demás para comprenderlos. Para comprendernos.

El periodismo nos permite ser testigos, y luego contar. Hay que vivir tal situación para saber lo especial que es. Además, haciendo periodismo uno aprende mucho sobre la condición humana.

lo peor? Supongo que los riesgos, especialmente en aquellos lugares donde, según el poeta Jaime

Jaramillo Escobar, exponer las opiniones no atrae a un contradictor dialectico sino a un sicario.

O quizá lo peor son los sueldos. En América Latina he conocido legiones de periodistas desencantados de este aspecto del oficio. Es una paradoja triste: mostramos los problemas que tienen otros profesionales por causa de los malos salaries, pero nunca escribimos sobre los que tenemos nosotros por la misma razón.

Sin embargo, nos damos el lujo de ser felices en tales condiciones, y hasta repetimos, en coro con Albert Camus, que el periodismo es el oficio más bello del mundo.

Las nuevas tecnologías han transformado el oficio. Pero tales transformaciones no alteran el fondo de nuestro compromiso. Los medios tradicionales se inventaron la prisa como valor casi único del periodismo y luego, cuando las redes sociales empezaron a desafiar- los en ese terreno de la velocidad, ya no supieron que hacer.

Borges decía que no hay nada más nuevo que el periódico de hoy ni nada más viejo que ese mismo periódico al día siguiente. Y eso que en los tiempos de Borges la inmediatez se media en horas, no en segundos. Si el

compositor puertorriqueño Tite Curte Alonso estuviera vivo, ya no le diría a su musa que su amor es un periódico de ayer, sino que es un tu.it de hace diez minutos.

Lo que quiero decir es que la velocidad no puede ser el único valor del periodismo. Tampoco el culto a la tecnología.

Si Robert Capa viviera también tomaría fotos con un teléfono móvil, pero él tendría claro que la herramienta tecnológica es un simple canal del mensaje y no el mensaje mismo.

Hay que tener curiosidad. Hay que ser acucioso. Saber quién sabe lo que uno no sabe, y preguntar- le — como propone don Alfonso Castellanos— es una manera muy linda de terminar sabiendo. Uno de los principales mandamientos del oficio es administrar la ignorancia.

Por último, no hay que confundir periódicos con periodismo. Los primeros suelen acabarse cuando no les funciona la parte mercantil. El periodismo es una necesidad social, y como tal sobrevivirá aunque no exista ningún periódico.

La roca de Flaubert

La historia me la contó Julián Lineros, reportero gráfico que ha cubierto numerosos sucesos del conflicto armado en Colombia. A un pueblo del Putumayo llamado Pinuna Negra, reconocido fortín del grupo guerrillero las Farc, llegaron en cierta ocasión varios convoyes de soldados regulares con el propósito de erradicar a los insurgentes. Los soldados, según Lineros, se apostaron en varios puntos estratégicos para protegerse del fuego contrario. Los guerrilleros estaban escondidos y lo único de ellos que se percibía en el pueblo era el tableteo de sus ametralladoras. Los soldados demoraron cerca de dos horas disparando impetuosamente contra aquel enemigo invisible. Poco a poco empezaron a notar que las balas de la guerrilla se iban silenciando, hasta que se callaron del todo. “O los matamos —concluyo el comandante— o los hicimos huir”.

Después de tomar las precauciones del caso salieron de sus barricadas para otear el panorama. Lo que descubrieron entonces los dejo pasmados: los guerrilleros habían estado en el pueblo ese mismo día, pero se marcharon, al parecer, cuando sintieron llegar a los soldados regulares. Eso sí: antes de irse colocaron en varias radiolas del pueblo discos compactos que contenían disparos pregrabados.

El Ejercito, como es apenas obvio, mantuvo en secrete aquella heroica batalla suya contra un escuadrón de CD, lo que confirma la sentencia de Manuel Alcántara, el poeta andaluz: “Lo curioso no es como se escribe la historia, sino como se borra”. Una función importante de la crónica es impedir, justamente, que la borren o que pretendan escribirla siempre en pergaminos atildados en los que no hay espacio ni para la derrota ni para el ridículo.

Lo que me gusta de esta historia no es su rareza circense, sino la promesa que me regala: la realidad está llena de sucesos que merecen ser contados y, por tanto, voy a pasarla bien mientras siga siendo cronista. Porque como bien lo dice Leila Guerriero, mi admirada amiga y colega argentina, la realidad, vista por los ojos de los buenos cronistas, “es tan fantástica como la ficción”.

Mi Nirvana no empieza donde hay una noticia sino una historia que me conmueve o me asombra. Una historia que, por ejemplo, me permite narrar lo particular para interpretar lo universal. O que me sirve para mostrar los conflictos del ser humano. Sigo al pie de la letra un viejo consejo de Hemingway: “Escribe sobre lo que conoces”. Eso quiere decir, sobre lo que me habita, sobre lo que me pertenece. Aunque el tema carezca de atractivo mediático, si creo en él lo asumo hasta sus últimas consecuencias.

Me sentí especialmente orgulloso de mi oficio el día que leí esta declaración del escritor rumano Mircea Eliade: “En los campos de concentración rusos los prisioneros que tenían la suerte de contar con un narrador de historias en su barracón, han sobrevivido en mayor número. Escuchar historias les ayudo a atravesar el infierno”.

Los contadores de historia también buscamos, a nuestro modo, atravesar el infierno. Flaubert lo dijo hermosamente en una de sus cartas: “Un escritor se aferra a su obra como a una roca, para no desaparecer bajo las olas del mundo que lo rodea”.

Consejos para un joven que quiere ser cronista

Si no eres porfiado, olvídalo. De entrada, te dirán que no hay espacio, ni dinero, ni lectores. En vez de perder tiempo quejándote, pon el trasero en la silla como proponía Balzac. Y cuando empieces a trabajar escucha el consejo de Katherine Ann Porter: “No te enredes en asuntos ajenos a tu vocación. A un narrador lo único que debe importarle es contar la historia”.

Cuando la historia es buena y está bien contada posiblemente le interesara a algún editor. Pero nadie te lo garantiza. En caso de que no la publiquen, por lo menos te quedara una crónica ya terminada. Guárdala como un tesoro: podría motivarte a hacer otra. Si dejas de escribir cuando los editores te cierran las puertas, tal vez mereces que te las cierren.

Aunque tengas un trabajo de tiempo completo en un periódico o manejes un camión de carga, debes escribir. Ninguna excusa es válida. Si solo atiendes los llamados del estómago, ¿para que seguimos hablando?

Cree en los temas que te impulsen a escribir. Ya lo dijo Mailer: “Cuando un tema atrape tu atención no lo sometas a la duda”.

Puedes escribir sobre lo que quieras: sobre un asaltante de caminos, sobre las enaguas de tu abuela, sobre el escolta del presidente, sobre la caspa de Tarzán, sobre lo triste, sobre lo folclórico, sobre lo trágico, sobre el frio, sobre el calor, sobre la levadura del pan francés o sobre la máquina de afeitar de Einstein. Pero por favor no aburras al lector. Escribir crónicas es narrar, narrar es seducir. Los buenos contadores de historias convierten el verbo narrar en sinónimo de enconar. Son como don Vito Corleone: le hacen al lector una oferta que no puede rechazar.

Confieso que me producen alergia las historias que lo reducen todo al Bianco y al negro. Desconfió de las moralejas y por eso no leo fabulas. O las abandono a tiempo para que el lobo viva tranquilo después de comerse a Caperucita Roja y para que el dueño de la gallina de los huevos de oro pueda sacrificarla sin remordimientos.

Algunos pretenden escribir mientras bailan una cumbiamba o asisten a un partido de futbol. Pero el trabajo es una cosa y el recreo, otra. Concéntrate en tu oficio. Si no le dedicas al texto toda tu atención, posiblemente el lector tampoco lo Kara.

Estar aislado es duro, te lo advierto, en especial cuando escribes historias de largo aliento. Sabes cuándo comienzas, pero no cuando terminas. En cierta ocasión me sentí tan oprimido por el encierro que consideré como mi gran utopía salir a pagar el recibo del teléfono. Luego están las dificultades propias del oficio: en una jornada solo alcanzas a precisar un adjetivo, y al día siguiente lo borras porque ya no te gusta. Acuérdate de Dorothy Parker: “Odio escribir, pero amo haber escrito”.

Si cuidas la escritura, si no te conformas con juntar las palabras de cualquier manera, lo más seguro es que tiendas a bloquearte. Bloquearse es un gaje del oficio. Indica que asumes el trabajo en serio. Sal a la calle a renovarte. Tomar distancia también es una forma de escribir.

Si eres de los reporteros que no leen más que noticias, declárate perdido. Hay que tener buenos referentes en el oficio. Solo al oír las voces de los maestros —Tálese, Capote, Hemingway—y mirar el mundo con curiosidad genuina aprenderás a encontrar tu propia voz.

Por mucho que ciertos reporteros y editores ortodoxos renieguen de la crónica, tú tienes que creer. La crónica le pone rostro y alma a la noticia para atender a un tipo de lector que no solo quiere atragantarse de datos. Algunos suponen que las verdades que no contienen el destape de una olla podrida son indignas de ser publicadas. En un continente saturado de corrupción siempre será apreciada la figura del higienista que fumiga a las alimañas. Sin embargo, me temo que la verdad no se encuentra solamente regando plaguicidas o frecuentando los manteles de los poderosos, sino también prestándole atención a la gente común y corriente, aquella que, por desdicha, solo existe para la gran prensa en la medida en que muere o mata.

El periodismo como memoria

Los escritores de ficción no son más importantes, per se, que los de no ficción, solo porque imaginen sus argumentos en lugar de apegarse literalmente a los hechos y personajes de la vida real.

Raymond Carver, exponente del “realismo sucio”, decía que lo que define a un escritor grande es “esa forma especial de contemplar las cosas y el saber dar una expresión artística a sus contemplaciones”.

En un narrador de la talla de Juan Rulfo se aprecian esos dones, pero lo mismo se puede decir de ciertos escritores notables de no ficción, como Joseph Mitchell, Tracy Kidder, Susan Orlean y Gay Tálese.

Muchos siguen creyendo que literatura es, estricta- mente, ficción: no se han enterado todavía de que existe la literatura de no ficción, y que esta también puede ser de gran factura estética.

Además, un buen reportaje —por ejemplo, "Una temporada de machetes", de Jean Hatzfeld— nos ayuda a comprender la naturaleza humana y nos hace sentir como propios ciertos sucesos que la distancia geográfica nos hacía sentir ajenos.

Es más frecuente hablar de los aportes de la literatura al periodismo que de los aportes del periodismo a la literatura. Cuando se trata del primer caso, que es lo predominante, se mencionan las técnicas narrativas, el empleo del punto de vista, la construcción de imágenes, el uso de las escenas y la creación de las atmosferas.

Todos esos recursos, ciertamente, proceden de la literatura y contribuyen a embellecer el periodismo en lo formal y a dotarlo de un poder mayor de penetración. Pero se habla muchísimo menos de los aportes del periodismo a la literatura. Varios escritores se han referido a su deuda con el periodismo.

Pienso en Gabriel García Márquez, en Albert Camus, en John Dos Passos, en Truman Capote y, por su- puesto, en Ernest Hemingway, aunque este último dijo una vez que el periodismo es bueno para un escritor siempre y cuando lo abandone a tiempo.

El periodismo adiestra al escritor en el descubrí- miento de los temas esenciales para el hombre. En esta profesión se tiene acceso a un laboratorio excepcional en el que siempre se está en contacto con lo más revelador de la condición humana. Uno aquí ve desde reyes hasta mendigos, trúhanes, barbaros, seres maravillosos, de todo, y eso es útil para construir universos literarios creíbles y ambiciosos.

En los últimos años se han incrementado las novelas basadas en hechos y personajes de la realidad. Acaso el periodismo es un taller que le sirve al escritor para humanizar su escritura. Para añadir una ventana alii donde antes solo había un espejo.

Los periodistas narrativos creemos que para escribir sobre un pueblo remoto no es necesario esperar a que ese pueblo sea asaltado por algún grupo violento o embestido por una catástrofe natural. El académico Norman Sims dice que los periodistas narrativos no andan mendigando las sobras del poder para ejercer su oficio.

Y como si fuera poco, el periodismo narrativo que hoy leemos como información dentro de unos años será leído como memoria.

Resistir para contarla

Cuenta Juan José Hoyos que, en sus primeros tiempos como cronista de un importante periódico colombiano, sufrió muchos desengaños por la falta de espacio para publicar sus historias. En realidad no era que escaseara el espacio, sino que se lo negaban con el argumento de que al público le producían tedio las crónicas. El país estaba en crisis —le decían— y por eso el mejor camino para acceder al lector era informar escuetamente sobre lo urgente.

Para sortear el escollo, Juan José apelo a dos cualidades de las que nunca se habla en las escuelas de periodismo: resistencia y malicia indígena. Lo primero le sirvió para aguantar los desencantos sin pensar en retirarse y sin contemplar la opción de arrojarse por la ventana.

Y lo segundo para descubrir la única luz posible en medio de aquella oscuridad. Había —¡eureka! — una manera de publicar sus crónicas cada semana: el truco consistía en mandarlas a la redacción los jueves por la tarde, que era cuando los editores sallan del periódico hacia el club a jugar golf.

Conviene que muchos jóvenes que andan por ahí con ganas de publicar crónicas vayan tomando nota de este inesperado requerimiento: para sobrevivir no basta con aguzar el ojo y cultivar la voz personal: hay que blindarse contra las inclemencias del entorno, alinearse sin titubeos en el bando de los testarudos.

Sin esa terquedad será imposible sobrevivir a la tiranía de ciertos medios que confunden lo urgente con lo importante, y no necesariamente por desorientados sino porque están más interesados en las cuentas que en los cuentos.

Y sin duda por eso —como bien lo observa el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez— prefieren una forma telegráfica fácil de digerir, cuyos componentes básicos son los datos, el sensacionalismo y el lengua- je universal de los números. “Bajo esa forma —añade Vásquez— el suceso es: ‘Asesinados acaudalado granjero y 3 familiares’; bajo la forma de Capote es A sangre fría”.

Ciertamente, un gran sector del periodismo de nuestros países sigue creyendo que solo se consiguen noticias de interés poniendo una grabadora al frente de los poderosos que necesitan hacer sus anuncios o

deshacer sus entuertos. También es cierto que hoy se privilegia lo que puede funcionar como espectáculo.

Bienvenido a la realidad: te vas a topar con ella tarde o temprano. Como es muy posible que la situación persista durante el resto de tu vida, más te vale que no pierdas el tiempo quejándote.

Te propongo que, en vez de convertirte en el profesional resentido que vive refunfuñando contra el medio en el cual trabaja, esperes pacientemente la llegada de tu Jueves Santo para publicar, a hurtadillas, esa crónica que te ha quitado el sueño. Revisa el ejemplo de Juan José Hoyos.

Me dirás que no estudiaste para sentarte a esperar que tu editor vaya a jugar golf sino para hacer periodismo narrativo. Entonces me estas entendiendo mal: el punto aquí no son las partidas de tu jefe sino la manera en que asumas tu propio compromiso.

Prohibido olvidar

Guardo como un tesoro una lección que aprendí en junio de 2009, mientras entrevistaba a Oswaldo Torres, sobreviviente de la masacre de El Salado.

Ahora, mientras escribo este texto, consulto una de mis viejas libretas de apuntes y abro en la pantalla del computador mi archivo digital de audios. Oigo el pasaje en el que Torres me cuenta como fue el regreso de los habitantes al pueblo, dos años después de la matanza de sesenta y seis paisanos.

Torres, un campesino de dientes corroídos por su eterno cigarro, cuenta que de los seis mil habitantes que tenía El Salado en febrero de 2000, cuando fue perpetrada la masacre, solo ciento veinte fueron capaces de retornar a finales de 2002: cien hombres y veinte mujeres. Ver el pueblo hundido en una selva —agrega— les provoco el llanto a casi todos. Tuvieron que ponerse hombro a hombro, sin distinciones de sexo o edad, a desbravar la maleza.

Me impresiona la frase que viene a continuación: “¡Ahí todo el mundo era macho, compa, así fuera hombre o fuera mujer!”.

Con excepción de este pasaje en el que se siente afectada, la voz de Torres se mantiene firme a lo largo de la entrevista. Siempre he creído que a quienes hacemos crónicas nos toca, con frecuencia, mencionar la soga en la casa del ahorcado, pero en esta grabación el personaje suelta extensos monólogos. Casi no hay necesidad de hacerle preguntas.

Habla de la niña de seis años que, cuando los paramilitares ingresaron al pueblo, se refugió en la casa de la señora Pura Chamorro, donde no había agua. La niña tenía sed, pero el pánico no la dejaba salir de su escondite. Lo único que hacía era chupar un trozo de cactus que le había conseguido su protectora. La niña murió, finalmente. En el momento en que yo fui a El Salado la tragedia ya había hecho el transito del horror al mito. Entonces algunos decían que murad deshidratada y otros que el corazón se le paralizo por el terror.

En la grabación Oswaldo Torres había de eso, digo, y también de una mujer que todavía a mediados de 2009 se encontraba traumatizada por la barbarie. “Algunas noches —cuenta Torres— se escapa desnuda de su casa y se va para el parquecito del pueblo a hablar sola”.

Yo portaba en aquel viaje una guía pedagógica del Dart Center encaminada a ensenarnos a nosotros, los periodistas, ciertos protocolos para relacionarnos con víctimas. Una de las recomendaciones era no preguntar mucho, es decir, no echar sal en las heridas. Pero Torres era una catarata de palabras. Hablaba de la cancha de futbol donde los paramilitares cometieron la masacre y de cómo los cerdos callejeros empezaron a disputarse los cadáveres.

Sentí —y así lo dejé consignado en mi libreta de no- tas— la necesidad de preguntarle por qué me contaba todo eso. Entonces me dio aquella respuesta inolvidable: “Para que todo el país lo recuerde, porque olvidar es hacerles un favor a quienes mataron a nuestra gente”.

Papel y lápiz, por favor

i

Me conto Jaime García Márquez que en cierta ocasión iba paseando en coche por el centra de Cartagena con su célebre hermano mayor. De pronto vieron a una mujer Bella caminando por el andén. Gabo quiso decide algo y por eso pidió que el coche se detuviera. Los dos hermanos descendieron raudamente del vehículo. Y entonces, ¡oh, sorpresa!: la mujer ya no se encontraba en el lugar donde la habían visto segundos antes. Intrigados, emprendieron un barrido meticuloso por la cuadra, convencidos de que tarde o temprano la hallarían. Pero sus esfuerzos fueron vanos.

A partir de aquel momento, Gabriel García Márquez empezó a fantasear con el destino que pudo haber tenido la mujer. Su imaginación delirante tramaba numerosas conjeturas sobre la misteriosa desaparición. Cada vez que se encontraba con Jaime añadía nuevas teorías, nuevos desenlaces posibles. Así, las conversaciones sobre el tema se convertían en un divertimento maravilloso.

Un día sucedió el milagro: Jaime iba caminando por la misma calle del centro de Cartagena cuando vio a la mujer. Hablo con ella, le pidió sus datos personales. En seguida busca un teléfono para llamar a Gabo a su casa de México y darle la buena noticia. La respuesta que recibió desde el otro lado de la línea lo dejo de una sola pieza:

—¡Pero que pendejo eres! Me acabas de dañar el cuento.

De ese modo, Jaime confirmo que para su hermano mayor nada era tan importante como la literatura. Ni siquiera el hallazgo de la mujer más bella de la tierra.

Aquella noche de 1955, cuando apenas contaba ocho años, Paul Auster salía del estadio después de haber visto el partido de su novena favorita, Los Gigantes de Nueva York. De repente se topó con Willie Mays, la estrella del equipo. Sin pensarlo dos veces, Auster le pidió un autógrafo.

—Claro, niño, claro —le respondió Mays—, ¿tienes un lápiz?

Desde luego, el niño no tenía un lápiz, y tampoco su padre, ni su madre, ni ninguno de los otros adultos que estaban abandonando el parque de béisbol. Mays se encogió de hombros, dijo que lo lamentaba mucho y se alejó. Paul Auster lo acompaño con la mirada hasta cuando se perdió de vista. Triste, frustrado. Esa misma noche juro que nunca más andaría por la vida sin un lápiz en el bolsillo.

Al cabo de los años llego a la siguiente conclusión: “Si hay un lápiz en tu bolsillo, existe una buena posibilidad de que algún día te sientas tentado a usarlo. Me gusta decir que así fue como me convertí en escritor”.

Tanto la mujer misteriosa del primer relate como el lápiz en el bolsillo del segundo son testimonies fehacientes de la pasión por el oficio narrativa. Conviene mirarse más a menudo en el espejo de estos escritores que siempre encuentran pretextos de sobra para trabajar, en lugar de encontrarlos para seguir anclados en los cafés explicándoles a los contertulios por que no pudieron hacer la novela de sus sueños o por que las musas conspiraron contra ellos. Balzac lo expresaba de manera más ruda: “Lo único que importa es poner el trasero en la silla cuantas veces sea necesario”. La moraleja es inquietante: a cualquiera le dan ganas de ser escritor, lo jodido es sentarse a escribir.

La ventana (o la envidia como

enfermedad profesional de los escritores)

Le digo a mi acompañante que me impresiona ver como cierto poeta elogia ahora a Álvaro Mutis, cuando llevaba años descalificándolo.

—Bueno, Mutis acaba de morir.

Mi interlocutor es novelista y profesor de literatura. Le pregunto por qué en el gremio a algunos les ofende el talento ajeno.

—No creo que sea el talento: más bien es el éxito.

—Según tu teoría, a Vargas Llosa se le perdona que escriba Conversación en la catedral, pero no que sea famoso ni que se gane el Premio Nobel.

—Así es. Cuando un escritor alcanza el éxito, nunca faltan motivos para lincharlo: por participar en política, por no participar, por ser frívolo, por ser denso, por conceder entrevistas, por no concederlas. Si interviene en foros es exhibicionista, y si no interviene, es soberbio.

—Por eso Rojas Herazo decía que hay que hacerse perdonar el éxito. La pregunta es cómo.

—Muriéndose, como acaba de hacer Mutis. Cuando el escritor muere, sus malquerientes no solo le perdonan el éxito: también le prodigan algunos aplausos.

—¿Lo aplauden por la obra que deja o porque ya no podrá seguir siendo exitoso?

Mi interlocutor sonríe con malicia.

—La obra es lo de menos.

Hace algún tiempo —le digo— desayunaba en Quito con la poetisa mexicana María Baranda. Hablábamos de su compatriota Juan Rulfo, un escritor que, extrañamente, fue exaltado en vida por sus propios colegas. La hipótesis de ella es que los escritores no vitorean a Rulfo por la obra monumental que publico sino por la que dejo de publican Si hubiera seguido escribiendo novelas como Pedro Paramo y cuentos como “Luvina”, todo el mundo lo habría odiado. Aplaudirlo venía a ser, entonces, como darle las gracias por quedarse callado.

—Estoy de acuerdo —contesta mi amigo escritor—. Callarse es como morir, y por eso sirve también para ganar indulgencia.

—Ahora, ¿no te parece que este tema, después de todo, es extraliterario? Lo único que debería importar es la obra.

—La obra es lo de menos, insisto. Eso solo cambia cuando el escritor muere, porque entonces la obra se libera de la aversión que despierta su autor. Muerto el poeta, ya nadie siente antipatía por sus versos.

En este punto cito un cuento que leí hace años: dos enfermos compartían habitación en un hospital. El que estaba al lado de la ventana hablaba en voz alta de las bellezas que veía afuera: un sol espléndido, un Yago cristalino, unas flores primorosas. Entonces el paciente que se encontraba contra la pared, al otro lado del cuarto, se llenó de envidia y lo asesino para quedarse el frente a la ventana. En ese momento descubrió que las maravillas que describía su compañero no existían. Tal vez se las había inventado para consolarlo.

—O para fastidiarlo.

Digo que muchos escritores que se encuentran contra la pared sobreestiman la ventana, y quieren matar en nombre de una luz que tal vez no existe. Y lo peón la envidia los hace estar más enfermos.

Los parientes de Hemingway

El escritor joven que me acompaña en este café acaba de terminar su primera novela.

—¿De qué trata?

—Una saga familiar. Cero narcotráficos, ya sabes. En este país la literatura paso del realismo mágico al realismo trágico, y yo no quiero nada de eso.

El camarero nos trae el pedido y además nos deja unas revistas sobre la mesa.

—Ese tipo era un ególatra —dice mi interlocutor, mientras hojea una de las revistas.

—/De quien me hablas?

Por toda respuesta, voltea hacia mí la revista. Veo entonces la foto de un Ernest Hemingway cuarentón con el torso desnudo, posando al lado de un marlín gigantesco.

—/Lo dices por la forma en que muestra el pez como trofeo? Para los cazadores la foto con la presa es más importante que la presa misma.

—Hemingway hablaba mucho de sí mismo. /Viste como lo retrata Woody Allen en la película Midnight in Paris?

—Hemingway era Hemingway. Si yo tan solo escribiera alguna vez algo como “La breve vida feliz de Francis Macomber”, moriría satisfecho.

El escritor joven cierra la revista, bebe un nuevo sorbo de café.

Un amigo mío —prosigo— considera que el ego es la proteína de los escritores.

—Según tu amigo, nadie podría forjar una obra literaria sin una buena dosis de ego.

—¿Tú crees que sería posible escribir novelas como El amor en los tiempos del cólera o El ruido y la furia sin una ambición poderosa?

—Bueno, para mi ambición y ego no son lo mismo.

—No son lo mismo, pero van de la mano. Yo no me imagino a Borges diciendo que está escribiendo “un ensayito” ni a Octavio Paz entregándole a su editor un “libro de poemitas”.

—Siempre he creído que el ego es irrelevante.

—Bueno, a un escritor no hay que juzgarlo por su ego sino por su obra. Cuando otro autor se crea mejor que tú, no lo tomes como una ofensa personal. Eso, si lo miras bien, es hasta divertido.

—En eso tienes razón: una cosa es que un tipo se crea superior a uno y otra que sea sucio e intente poner zancadillas.

—De esos sucios también hay, pero estamos hablan- do es del ego.

—Sí, del ego.

—Uno no sabe lo que pasa por la psiquis de un escritor que llega a Kyoto o a Edimburgo y encuentra libros suyos en las librerías. ¿Has visto alguna vez las filas de gente que se plantan frente a Vargas Llosa en busca de autógrafos?

Mi amigo asiente con la cabeza. Le digo entonces que hasta él ya tiene el ego grande, a juzgar por su advertencia de que su primera novela no se parecerá a ninguna otra novela colombiana, ni del realismo mágico ni del realismo trágico.

—Hemingway —concluyo— simplemente era un tipo tan ególatra como lo serias tu si fueras Hemingway.

Mi amigo sonríe maliciosamente por encima de su pocillo de café. Pagamos la cuenta. Salimos.

Cuando la literatura es farándula

En cierta ocasión un periodista que no había leído a Jorge Luis Borges lo abordo, micrófono en mano, a la salida de un aeropuerto. Las dos primeras preguntas que hizo dejaron en evidencia su colosal ignorancia. Entonces Borges, perverso como siempre, le dijo: “Tranquilo, amigo, que yo tampoco leo mis libros”.

Cuando Mario Vargas Llosa obtuvo el Premio Nobel de Literatura, muchos informadores volvieron a cotorrear abundantemente —como no— sobre el pune- tazo que, a principios de 1976, el peruano le dio en el ojo a Gabriel García Márquez. También dijeron que era apuesto, que se casó primero con una tía y después con una prima.

Un reportero se preguntó olímpicamente por cuál de todos los libros de Vargas Llosa seria que los académicos suecos decidieron concederle el galardón. En medio de esta sucesión de frivolidades, las referencias a la obra del escritor laureado fueron mínimas e insulsas.

Hace casi veinte años, María Kodama, la viuda de Jorge Luis Borges, fue ultrajada en Colombia por un entrevistador cuya fobia a la lectura es legendaria. De t repente, casi en los albores del dialogo, el tipo plantea un asunto grotesco: ¿qué tal era Borges en la cama?

Aquel periodista pretendía encontrar en los coitos del escritor argentino las claves que jamás había buscado en sus libros. Lo hacía por burdo, claro, pero también porque era consciente de que las cobijas que le sirvieron a Borges para resguardar sus relaciones íntimas podían servirle a él para esconder su incultura.

German Espinosa me confeso que para él lo más indignante era encontrarse con periodistas que le preguntaban en qué consistía su último libro.; No se supone que deberían haberlo leído en vez de preguntar eso? Los escritores —agrego Espinosa— escriben los libros para no tener que andar por ahí explicando en qué consisten.

Héctor Rojas Herazo, por su parte, me conto que una vez fue perseguido en una universidad por un reportero que juraba admirarlo muchísimo y que le so- licitaba una entrevista. Cuando Rojas accedió, oyó la pregunta que menos esperaba:

—¿Cómo es que se llama usted, maestro?

Al extenderse en el chismecito fácil, los reporteros perezosos esquivan la lectura. Para que perder el tiempo siguiéndoles el rastro a los personajes de las novelas,

si es posible salir del paso recitando los títulos de la bibliografía o comentando una minucia sobre la vida del autor?

La aversión por las letras no es exclusiva de los gacetilleros encargados de escribir sobre frivolidades: está presente, incluso, en muchos de quienes manejan el tema cultural. Algunos de ellos parecieran tomarse a pecho lo que el escritor George Crol aconsejaba en broma. Y así, cuando tienen que comentar un libro no lo leen, “para no llenarse de prejuicios”.

En estos países nuestros —lo dijo Vargas Llosa en Cartas a un joven novelista— “la literatura no significa gran cosa y sobrevive en los márgenes de la vida social”. Eso, que suena como una calamidad, en realidad es una bendición. El problema no es tanto que la literatura sea excluida de la agenda informativa, sino que sea aborda- da como si fuera un aspecto más de la farándula.

La dama del perrito

Pude haberme enterado de que en Barrancominas, pequeño corregimiento del departamento de Guainía, al suroriente de Colombia, vivía una señora Hamada María Justina González.

Pude haberme enterado de que esa señora, a sus ochenta años, tenía un perrito criollo y un puesto callejero en el que vendía café y chicha.

Pude haberme enterado de que María Justina fue cofundadora del lugar donde vivía. Cuando llego solo había un terreno despoblado en medio de la jungla. Ella ayudo a colonizarlo. Corto maleza, quemo hojarascas, fumigo zancudos. Después vio como el rancho único de los orígenes se transformaba, primero, en un lote de chozas, y luego, en un pueblito de pocas cuadras, un pueblito típico de la selva, con sus casas de madera y sus calles arenosas.

Pude haberme enterado, digo, de que María Justina vio la transición entre los colonos iniciales, que se podían contar con los dedos de las manos, y los cuatro mil habitantes actuales. Ella fue testigo de cómo cambio el pueblo cuando llegaron los guerrilleros de las Farc: de la pesca y los cultivos lícitos del principio se pasó a los sembrados de coca. Entonces había muchos dólares y pocos productos en que invertirlos.

Ella vio como cambio la situación cuando llego la Armada Nacional, creyó que entonces se había restaurado el orden.

Pude haberme enterado de que a María Justina la amaban sus paisanos. Era bondadosa y siempre tenía una palabra dulce para quienes se le acercaban. A los niños los llamaba “jitos” y a las niñas, “jitas”.

Pude haberme enterado de que la señora mimaba a su perrito besándole el cogote. El animal se quedaba dormido en su regazo.

Si María Justina se hubiera convertido súbitamente en una tendencia de las redes sociales, yo me habría enterado de su existencia. Pero María Justina era una anciana desconocida a la que ningún vecino le grabo un video casero mientras pronunciaba un discurso insolente.

¡Ay, si María Justina hubiera sido la otra viejita, la que envió el mensaje que torció el curso de las elecciones, la que llamo “Juanpa” a “Juan Manuel”, y mando a su sobrina a “comer mierda”! Entonces todos le hubiéramos celebrado la ignorancia y la procacidad, y el presidente la habría visitado.

Así hubiéramos sabido que existía. María Justina existía y yo pude haberme enterado. Pude haberme enterado pero no me entere.

Quiero decir que me hubiera gustado enterarme de todo eso mientras María Justina estaba viva. Y no solo enterarme: me hubiera gustado, además, que solo la muerte natural le arrancara a María Justina el último aliento.

Porque ahora María Justina está muerta, y precisamente por eso me he enterado de su existencia. Precisamente por eso estoy contando su historia.

Fue asesinada por Cristian Vergara Espinoza, cabo segundo de la Armada Nacional, quien el día de las elecciones presidenciales se emborracho y empezó a hacer disparos al aire. Una de sus balas alcanzo a María Justina en una pierna, y ella se desangro.

Pude haberme enterado de la vida de María Justina antes que, de su muerte, le repito a Eliana Franco, profesora de inglés que vive en Barrancominas. Ella responde que todavía no me ha contado el detalle más conmovedor: el día del entierro, el perrito de María Justina

se plantó junto a la tumba. Olfateo, escarbo, y luego se puso a aullar. A Eliana le pareció que estaba muy triste. A Eliana le pareció que el dolor del animal mostraba el alma grande de su dueña asesinada.

Yo le digo que tal vez tenga razón, pero insisto: lo más descorazonador es pertenecer a un país donde uno solo conoce a la gente linda el día que la matan.

* La contienda electoral de 2014 en Colombia resulto muy reñida. Días antes de las elecciones aún no se veía con claridad quien resultaría elegido presidente. Los aspirantes que llegaron con mayor opción fue- ron Juan Manuel Santos —presidente en ejercicio— y Oscar Iban Zuluaga. La semana de las elecciones la balanza se inclinó a favor de Santos de un modo inesperado: de pronto empezó a circular en las redes sociales un video en el cual una anciana Hamada Ana Mercedes Plata decía que había que votar por "Juanpa" —así llamo a Santos— porque el sí favorecería a los pobres. Esa anciana fue visitada en su casa de Villavicencio por el presidente-candidato Juan Manuel Santos, y se convirtió de repente en una figura mediática. (Nota del autor).

El rio de las luces

Esa noche los habitantes del barrio Las Riberas del Jui, perteneciente al pueblo de Tierralta, en Córdoba, acudieron al rio Sinú para honrar mediante un acto simbólico a los mártires de la violencia. El punto de encuentro era un sitio conocido como "El Banquito", donde en el pasado reciente los escuadrones paramilitares conducían a sus víctimas antes de asesinarlas.

Desde cuando se asentaron en Tierralta como desplazados, los pobladores de Las Riberas del Jui no habían ido a ese barranco contiguo al rio. Lo eludían porque lo consideraban asociado a la infamia y al dolor. Pero aquella noche de octubre de 2010, gracias a los consejos que recibieron durante sus acompañamientos psicosociales, decidieron cambiar el enfoque: el rio Sinú estuvo ahí desde siempre, y no fue hallado sino víctima de los verdugos. Ciertamente, en el periodo más crítico del conflicto armado los distintos grupos al margen de la ley lo utilizaron como vertedero de cadáveres. Pero no hay que olvidar que para los indígenas zenues este dios tutelar nunca fue un emblema de muerte sino de vida: propicia la armonía entre los hombres y el Universo,

irriga las praderas. De modo que la jornada alegórica pretendía desagraviar al rio y rendirle tribute a la memoria de los difuntos.

Todos los asistentes a la cita tenían una historia triste que contar. Olga Lucia, por ejemplo, se había venido huyendo del caserío de Baltazar, donde las balas criminales asesinaban diariamente a varios de sus paisanos. Omar fue desplazado de Saiza por los paramilitares y de Batata por los guerrilleros. Arrancados en forma brutal de sus terrenos, arruinados de la noche a la mañana, convertidos en parias por la irracionalidad de los grupos armados, finalmente encontraron un lugar donde establecerse. Al principio se situaron en el parque principal de Tierralta, dentro de cobertizos improvisados con plásticos. Comían gracias a la caridad publica, dormían sobre cartones.

Después de muchas penurias fueron reubicados en un lote baldío de las afueras del pueblo, a orillas de la quebrada del Jui. Allí construyeron sus viviendas con materiales de poco valor: retazos de madera, saldos de palma, restos de alambre. En este lugar se encuentran a salvo de los barbaros que en el pasado los acosaron, pero no de los estragos de las lluvias: en los once años que llevan asentados en el barrio han padecido muchas inundaciones.

Aquella noche de octubre cada aldeano llevo a la cita una pequeña canoa de madera. Cuando todos estuvieron reunidos en “El Banquito”, se celebró una eucaristía. Algunas víctimas fueron recordadas con sus nombres propios. El oficiante de la ceremonia religiosa dijo que el perdón no se otorga por cortesía sino como resultado de un paciente proceso espiritual. Hubo canticos, ronda de testimonios. Los pobladores colocaron en cada canoa una vela encendida, una flor y una fotografía del ser querido inmolado en la guerra. A continuación, lanzaron las embarcaciones al agua. Y permanecieron un rato más en el barranco, viendo como el rio negro de sus pesadillas, transformado por la compasión en un torrente luminoso, recuperaba de golpe su pureza original.

El pueblo donde no matan a nadie

Fue Charles Danah, editor del diario The Sun, quien acuno esta frase célebre: “Noticia no es que un perro muerda a un hombre, sino que un hombre muerda a un perro”. Los sucesos insólitos siempre han tenido acogida en los medios. He aquí, a manera de ejemplo, algunos hechos curiosos que le han dado la vuelta al mundo: el empresario David Roberts creo un hotel de lujo para gallinas; el camarógrafo Clayton Bennett fue demandado por una pareja de recién casados, debido a que olvido grabar la entrega de los anillos.

Entre nosotros, los colombianos, los sucesos insólitos suelen tener un tinte tragicómico: un día dos amantes son mordidos por una serpiente venenosa dentro de un motel llamado El Paraíso; otro día unos esposos humildes se arruinan al festejar por error, en tremenda pachanga, una lotería que no se ganaron; más tarde varíes vendedores del mercado publico mueren borrachos después de consumir licor adulterado. Luego vemos por televisión al conductor de un coche fúnebre que se va de parranda con el cadáver dentro del vehículo.

Hay un acontecimiento extraño que no encaja en ese molde melodramático: Usiacuri, bello pueblo del departamento del Atlántico, lleva casi once años sin registrar ni un solo homicidio. Que no maten a nadie en Costa Rica, terreno conocido como la Suiza de Centroamérica, vaya y venga. Que la noticia más triste del ano en la pacifica Finlandia sea que un anciano enfermo de Alzheimer se extravió en la calle, es un asunto normal. Pero que, en Colombia, país con una tasa anual de homicidios de 81,7 por cada cien mil habitantes, exista un lugar donde la gente no se asesina ni por celos, ni por codicia, ni por ira, ni por pillaje, ni por vandalismo, es algo grandioso.

En el resto de Colombia hemos visto las peores atrocidades de que se tenga memoria en el planeta, desde el crimen de una anciana con un collar-bomba hasta el estrangulamiento de una niña dentro de una estación de policía. Así que el respeto de los usiacurenos por la vida es un hecho que no debe resultar inadvertido. Un hecho exótico, insisto, pero también maravilloso.

Ya desde finales de los años noventa Usiacuri venia generando este tipo de noticias gratas. En aquella ocasión el juzgado promiscuo municipal fue cerrado,

debido a que se consideró que los tranquilos habitantes no necesitan un juez para dirimir sus diferencias.

Usiacuri es un pueblo laborioso que deriva el sustento, sobre todo, de las artesanías construidas con palma de iraca. Acaso al pasarse los días tejiendo, sentados a las puertas de sus casas, los moradores desarrollan la paciencia de Penélope. Sus manos, pájaros comandados por la humildad y el talento, están demasiado ocupadas creando belleza como para ponerse a

empuñar un machete contra el prójimo. En estos tiempos tan ruines, míster Charles Danah, hay que brindarle mayor atención a gente como los usiacurenos, que no necesitan ni morder a los perros ni morderse entre ellos para ser noticia.

Dona Nubia y el Parque de los Sueños Justos

Dona Nubia Torres acaba de fabricar un nuevo muñeco de trapo a imagen y semejanza de su hijo menor. Ahora le da los toques finales: en una de las manitas engarza un retrato del muchacho y en la otra, una nota breve: “Omar Eliecer Muñoz Torres. Desaparecido el 15 de abril de 1993 en el municipio de Bello, Antioquia. Apenas tenía 18 años”.

El muñeco este vestido con una ropa idéntica a la que llevaba el joven el día que fue desaparecido. Mañana será entregado en adopción a una familia británica.

Frente a su máquina de modista, dona Nubia informa que la imagen de Omar Eliecer ha viajado por varios países. Está en Brasil, en Estados Unidos, en España, en Suecia.

Todo el que adopta los muñecos contribuye a honrar a su hijo y a hacer visible ante el mundo el dolor de muchas madres colombianas que padecieron la misma tragedia. Mientras ella este viva, advierte, no permitirá que la muerte de su muchacho sea olvidada.

En principio dona Nubia se sintió culpable de la desaparición de su hijo, pues fue ella quien, aquella tarde

de 1993, le regalo dinero para salir a comprar gaseosa. Si el muchacho hubiese permanecido en casa —decía—, los paramilitares que ese día incursionaron en el barrio para asesinar a los habitantes de manera aleatoria ni siquiera se habrían enterado de su existencia.

—Yo deseaba morirme.

Eso sí: quería que alguien le hiciera el favor de mataría, ya que a ella le faltaba valor para suicidarse. A veces fantaseaba con la idea de que un rayo la partiera en dos mientras caminaba por el barrio.

Una amiga la increpo por ser tan injusta consigo misma. Otra le sugirió juntarse con familiares de víctimas para ver si al conocer sus testimonios de resistencia se procuraba un poco de consuelo. Dona Nubia le hizo caso, y además busca ayuda psicológica. Abandono su casa en Bello y se fue para Medellín a empezar una nueva vida con el oficio que aprendió desde la adolescencia: la modistería.

Cuando principiaba a sentirse mejor, la Fatalidad volvió a visitaría: su marido, Alberto Muñoz, quien es- taba echado a la pena desde el momento en que Omar Eliecer desapareció, se deja morir de hambre, literalmente. Entonces dona Nubia volvió a deprimirse.

Una noche sonó que sembraba almendros. A la mañana siguiente dedujo que Dios le había enviado un mensaje: si por cada desaparecido se plantara un árbol, sería posible crear un gran bosque que hiciera visibles a las víctimas. El nombre que se le ocurrió para bautizar el lugar fue “Parque de los Sueños Justos”.

En seguida se puso en la tarea de buscar en Medellín a madres de desaparecidos. Al principio, hace siete años, eran apenas tres. Ahora hay más de sesenta.

Cada madre inventa un árbol como alegoría del hijo que le fue arrebatado. El bosque es imaginario, agrega, porque no habría en el mundo un espacio físico donde cupieran todos esos cedros gigantes que ellas consagrarían a la memoria de sus muchachos.

—Una no pare un hijo para que se lo maten y luego se olviden de el como si nada.

El Parque de los Sueños Justos está habitado por muñecos de trapo elaborados a imagen y semejanza de los desaparecidos. Todos llevan en las manitas una fotografía y una información breve.

—¿Nunca pensaron incluir en ese texto informativo la identidad de los asesinos?

—¿Para qué? Eso no ayuda.

—¿Usted sabe quiénes fueron?

—Casi todas sabemos, pero nada ganamos mencionándolos. Fueron unos locos o fueron los locos del bando contrario, ¿y qué? Mi hijo tuvo la mala suerte de salir a la calle cuando unos locos de esos andaban llevándose a los pelados para demostrarles a los locos del otro lado que ellos eran los mandamases. Usted sabe cómo es eso en Colombia.

Luego advierte que a los sesenta y tres años solo as- pira vivir en paz.

Y esa paz solo será posible —concluye— mientras conserve un espíritu indulgente. Doha Nubia no quisiera que la dejaran permanecer en el Parque de los Sueños Justos solo porque ella fue su creadora, sino, sobre todo, porque es digna de estar alii.

Las fotos de la discordia

(Un recuerdo de Raúl Gómez Jattin)

Las fotografías fueron tomadas en Montería a mediados de 1987. Su autor fue Jorge Carcioffi. En ellas aparece el poeta Raúl Gómez Jattin encaramado en un árbol de mango —“yo tengo para ti mi buen amigo un corazón de mango del Sinú”—, oteando el rio Sinú de “su pueblo y su valle”.

Cuando Gustavo Tatis Guerra, periodista de El Universal de Cartagena, publico las curiosas fotos, no sospechaba que se estaba metiendo en un lio. Todos los días, Gómez Jattin iba a buscarlo para reclamarle el pago que creía merecer por el uso de su imagen: treinta mil pesos de la época.

A partir de las ocho de la mañana, el poeta se sentaba descalzo en la recepción del periódico, en la vieja casona de la calle San Juan de Dios. Mientras esperaba, fumaba Pielroja sin filtro y leía a Kavafis. Cuando estaba alii solo parecía el ser más apacible del mundo: los empleados del área administrativa, aunque no sabían quién diablos era, le regalaban galletas y le brindaban gaseosa en vaso desechable. Cuando llegaba Tatis, casi a las once

de la mañana, Gómez Jattin se volvía agresivo: golpeaba el mostrador con el puno, echaba fuego por los ojos, aturdía a todo el mundo con su vozarrón de trueno.

Tatis se preguntaba por qué diablos le vino a tocar a él semejante dilema: si publico las fotos, pensaba, era por admiración; jamás había hecho ningún acuerdo que lo comprometiera a pagarle treinta mil pesos a Raúl. Treinta mil pesos que, además, no tenía. Sabia, sin embargo, que su interlocutor no entendería el argumento. Así que se dedicó a caramelearlo con engañifas de todo tipo: lo invitaba a tomar jugo en el Muelle de Los Pegasos, le decía que la

próxima semana, que ven- te a finales de mes, que mira que es que no me han pagado, y así el problema —que de todos modos ya era grave— se fue tornando más complicado.

Tatis, que conoce muy bien la poesía de Gómez Jattin, tenía pesadillas con este verso: “porque se dar una trompada al amigo ladrón”. La amenaza, en todo caso, no era lirica: Raúl media un metro con ochenta y seis centímetros y pesaba, en aquella época, más de doscientas libras. Y, por cierto, se ufanaba públicamente de poder castrar a un cerdo sin necesidad de usar cuchillo, solo con sus manos ásperas y enormes.

Un día sucedió lo inevitable: aburrido de esperar a Gustavo en la recepción del periódico, Raúl Gómez Jattin se salió de sus cabales y la emprendió a golpes contra todo lo que estuviera cerca. Destrozo muebles, rompió vidrios, provoco aullidos de terror. Después vinieron los hospitales, la depresión, el sueño profundo. Meses más tarde, cuando recupero la chaveta, empezó a frecuentar otros lugares del centra de Cartagena. Al parecer había olvidado por complete el incidente. En todo caso, para decirlo con una mala parodia de Borges, siguió dedicado al oficio de asombrar al mundo con metáforas y puñetazos.

Una mañana de 1991, Gustavo Tatis y yo salimos a comer patacones en el Muelle de Los Pegasos. De repente, vimos a Raúl posando radiante sobre una lancha anclada en la bahía, mientras un fotógrafo desconocido le disparaba una y otra vez con su cámara. Gustavo no dijo ni mu. Siguió de largo fingiendo que no había visto nada. Era evidente que estas nuevas fotos no figuraban en sus planes.

Náufragos en tierra firme Ana Rodríguez fríe empanadas en un caldero, Antonio Jiménez amarra un bulto de Leña, Hilda Sarmiento desayuna sentada sobre un tronco. Cerca de ellos, adormilado, se encuentra un perro sarnoso llamado Canelo.

Todavía hoy, 7 de enero de 2013, el arbolito navideño de la comunidad permanece a la vista de todos. Se trata de un palo torcido hincado en la tierra desnuda, en cuyas ramas penden, a manera de adornos, discos compactos, botellas de colores y flequillos de papel.

El lugar fue poblado a finales de 2010, tras las inundaciones en el sur del Atlántico y el norte de Bolívar.

En aquel entonces, los cincuenta mil damnificados se esparcieron por la región en busca de un techo provisional. Levantaron sus “cambuches” —cobertizos, en lenguaje coloquial— en los sitios determinados por las autoridades: colegios, áreas descampadas.

Más de cien familias se asentaron aquí, en este espacio que milagrosamente se salvó de la inundación pese a encontrarse en la zona afectada: frontera entre Atlántico y Bolívar. Esta flanqueado por la ciénaga del Guajiro y el canal del Dique.

Desde el momento en que se fundo es conocido como Albergue El Limón, pero ahora ya no tiene aspecto de refugio temporal sino de estancia definitiva. Los habitantes han echado raíces aquí y es evidente que no se marcharan en los próximos días.

—No tenemos adonde ir —dice Aura Estela Navas—.

El piso de los “cambuches” es la tierra áspera, y él techo son los plásticos negros acostumbrados en este tipo de emergencias. Como la temperatura promedio en la zona es de cuarenta grados centígrados, cada cobertizo expele un fogaje terrible.

No hay puesto de salud ni servicio de agua potable, y los habitantes tienen que hacer sus necesidades en el monte.

Este lunes, pese a que es festivo, transcurre como un día ordinario en el Albergue El Limón: Arinda Palacio bana a su bebe en un platón de peltre, José Castillo se afeita sin espejo bajo la sombra de un trupillo. Hay muchos niños en cueros correteando por ahí.

Uno de ellos se acerca blandiendo un murciélago muerto.

—Hemos matado muchos —dice el viejo Augusto López—. Ya perdimos la cuenta.

A continuación, señala un material.

—Allá matamos anoche una culebra mañana.

Así que campean las enfermedades infecciosas. En este punto Roció Blanco le pide a un niño descamisado mostrar los forúnculos que tiene en la nuca.

En Colombia hay resguardos humanitarios para damnificados de diversa índole. Se forman tras desplazamientos forzosos que a veces son provocados por los grupos armados y a veces, por los desastres naturales.

Lo que en principio es una agrupación temporal de mártires, se va convirtiendo poco a poco, ante la desidia de los gobernantes, en un pueblo definitivo conformado por gente menesterosa.

Cuando los habitantes se afincan y se multiplican empiezan a vivir lo peón quedan a la deriva en este país indolente donde ya no cuentan porque su drama dejo de ser un espectáculo televisivo.

Y se convierten, tristemente, en parte del paisaje.

La oftalmóloga de los perros *

Un perro cegatón puede apañárselas para detectar con el olfato a la perra en celo. También puede percibir si su dueño esta triste, e intentar consolarlo con un lengüetazo.

El perro corto de vista utiliza la nariz para equilibrar el suelo bajo sus patas. Olfatea aquí, escarba allá. Aprovecha el tufo de orín que le llega desde un poste para abrir caminos de luz donde todo parece borroso.

Estas son algunas de las enseñanzas que me van que- dando del encuentro con la oftalmóloga veterinaria Audrey Calderón. Estamos en su consultorio, ubicado en el barrio Niza de Bogotá. Hay un pingüino de trapo con la camiseta de la selección Colombia, varias fotografías de perros y pequeñas sillas de colores.

La doctora Calderón dice ahora que los seres humanos tenemos un millón de células olfatorias, mientras que los perros tienen ciento veinte millones. Para nosotros la nariz es un órgano casi decorativo; para ellos es esencial

Que la vista sea un sentido secundario para el perro se debe en parte a que este animal tiene los ojos más separados entre sí que el hombre. Su Angulo de visión,

tan limitado en las distancias cortas, resulta funcional en las largas.

El perro necesita esa mirada panorámica para defenderse: puede divisar un movimiento amenazante a trescientos cincuenta metros y captar ciertas ordenes visuales de sus amos. Por ejemplo, un serial de la mano.

Mantener saludable la vista, aunque sea con las limitaciones propias de la naturaleza, les garantiza a los perros una cierta calidad de vida. Se ahorran tropiezos, se evitan golpes. Por eso necesitan atención oftalmológica. Hay que combatir enfermedades como la presbicia y el glaucoma.

—En el mundo hay cada vez más perros con lentes —dice Audrey Calderón—.

Entre los perros son comunes las lesiones trauma- ticas derivadas de accidentes o peleas: parpados des- garrados, lastimaduras en el globo ocular. La doctora dedica dos días por semana a la realización de cirugías reconstructivas.

—^Donde se especializo usted?

—En Londres.

Al regresar de Inglaterra fundo su unidad de oftalmología veterinaria, donde atiende perros y gatos.

Muchos de los animales que recibe han sido maltratados por personas crueles. En este punto menciona a un perro al que le quemaron las corneas con cemento fresco, a otro al que su dueño iracundo le arranco un ojo y a un gato apaleado.

Seguimos siendo los animales más dañinos.

—Así es.

La pregunto a continuación si esta ola moderna de negocios para perros —guarderías, salones spa, hoteles, peluquerías— no es una prueba de que estamos chiflados. La doctora suspira, sonríe. Dice que sin perros seriamos todavía peores de lo que somos.

Entonces me invita a suponer que a esta hora dos vecinos acaban de encontrarse por casualidad en una esquina. Nunca antes habían pasado del simple saludo, pero hoy uno de los dos va con su perro, así que el otro se acerca, hace preguntas, se muestra amable.

En esta época en que los seres humanos nos hemos vuelto más indolentes por andar refugiados en el mundo virtual de nuestros computadores, el perro nos sigue provocando emociones reales. Quien sea incapaz de ver eso también necesita lentes.

Réquiem por una vendedora de bolis

Si Ludís Mercado Daza estuviera viva habría aprovecha- do esta visita de la ministra de Educación a María La Baja, y seguro ahora andaría por aquí vendiendo sus bolis de Frutiño. Pero murió hace dos años, una tarde en que, precisamente, se encontraba en este mismo colegio vendiendo sus helados.

De repente, sin que estuviera brisando, el viejo árbol de laurel se desprendió del suelo y le cayó encima. Se necesitaron casi cincuenta hombres para remover la pesada fronda y rescatar el cadáver.

Quien la menciona esta mañana de viernes es Giomar Gracia, rectora de la Institución Técnica Agrícola San Francisco de Asis, donde se lleva a cabo la reunión protocolaria con la ministra de Educación, María Fernanda Campo.

No es común que los altos mandos del gobierno nacional se arrimen a este pueblo caluroso ubicado a setenta y tres kilómetros de Cartagena. Por eso los habitantes están de fiesta. Alfonso Cantillo, el pescador más viejo, se ha calado su mejor sombrero. Agueda Márquez, la fritanguera más veterana, ha desempolvado su falda de cumbiambera. Hay grupos de tamboras, y las mejores cocineras de María La Baja han venido a adobar las mojarras que se servirán en el almuerzo.

—Si Ludís estuviera viva —repite Giomar Gracia— estaría aquí vendiendo sus bolis.

Diagonal adonde Giomar se encuentra sentada estaba el árbol gigante que se desplomo sobre Ludís la tarde del 28 de abril de 2010. En el único pedazo del tronco que quedo alii han vuelto a brotar las hojas verdes.

Los padres de Ludís siguen vivos. Pertenecen a esa legión de pobres colombianos que no tienen recursos para educar a sus hijos. Para ellos, además, el estudio es una inversión de tiempo demasiado incierta. Mandar un hijo a la escuela es quitarle a la casa una fuerza de trabajo importante, unas manos que pueden bañar a la hermanita menor o vigilar en el fogón la olla de la sopa. Y nadie les garantiza que el muchacho será capaz de defenderse después con lo que aprenda en el colegio.

De modo que Ludís, quien solo curso un par de años en la primaria, empezó a partirse el lomo desde chiquita. Recorría a pie las calles del pueblo para vender sus bolis. Su estación favorita era el colegio, adonde iba todas las tardes en el recreo.

Que ironías las de este país injusto: ella no entro alii a estudiar sino a morir. Lo repite ahora su marido, Rosemberg Cueto, mientras se enjuga con el índice derecho una lagrima que se le resbala por la mejilla.

La única hija de ambos, Joandri, es una de las estudiantes vestidas de fiesta que han venido a recibir a la ministra. Es una morenita preciosa que tiene unas tren- zas en el largo pelo crespo. A sus trece años ya decidió que será administradora de empresas.

Ella tiene claro que, aunque suene duro, la mejor manera de honrar la memoria de su madre es entrar en la universidad y convertirse en profesional, para no tener que vender bolis.

En la ardiente costa Caribe de Colombia, el bolis es un helado casero. En una bolsa plástica se vierte un refresco; luego a la bolsa se le amarra un nudo y se pone a congelar. Frutiño es una marca de refrescos que se comercializa en todo el país. (Nota del autor).

Jugarse la vida en una moneda

Sucedió en la cárcel Penas Blancas, ubicada a las afueras de Calarcá, pueblo de la región andina de Colombia.

El fotógrafo Jesús Abad Colorado y yo habíamos llegado hasta alii guiados por el joven escritor Juan Felipe Gómez, quien dirige el taller “Versión libre”, un programa de promoción de lectura y escritura creativa dedicado a los presos.

Abad y yo estábamos invitados al 4 Encuentro de Escritores Luis Vidales, que se llevaba a cabo en esa pequeña ciudad del Eje Cafetero. La idea al llevarnos a Penas Blancas era que

compartiéramos con los reclusos algunas experiencias propias de nuestro oficio. Ellos, los presos, llevaban entonces varias semanas estudiando parte de nuestro trabajo: las fotografías del conflicto armado tomadas por Abad y mi libro de crónicas La eterna parranda.

A la entrada nos tocó dejar en un casillero algunas pertenencias que, por razones de seguridad, no están permitidas en el penal: teléfonos móviles, cámaras fotográficas, llaves. Incluso, monedas. Vaciamos nuestros bolsillos en el escritorio e ingresamos al patio donde nos encontraríamos con los reclusos.

Recordé entonces un chiste macabro que alguna vez le oí al poeta Juan Manuel Roca: la ventaja de leer nuestra obra en las cárceles es que así tenemos, por fin, un público cautivo. Desde luego, no lo dije en voz alta. Gómez hablaba de las bondades del programa de lectura con los presos: uso productivo del tiempo, resocialización.

Tampoco exprese que descreo de las propiedades milagrosas que algunos románticos le atribuyen al arte. Es comían oír que mientras los brazos estén portando una guitarra es imposible que disparen un fusil. Sí, pero ¿y qué pasa cuando se termina la canción y hay que abandonar la guitarra y afrontar la falta de oportunidades del entorno?

La jornada transcurría según lo previsto. Lo único inesperado eran unas coplas simpáticas que los presos habían escrito para nosotros.

De repente, Abad, dotado de una extraordinaria capacidad para conectarse con la gente, les pidió a los reclusos que nos contaran por que se encontraban tras las rejas. Empezamos a oír lo comían en estos casos: hurto, asalto, homicidio. Entonces Darío González Montoya, quien se hallaba en la parte de atrás, nos sorprendió con una historia distinta: él estaba preso por una moneda.

—¿Como?

Si, por una moneda. Una noche él y su cómplice, Diego Rendón, decidieron salir a robar. Diego proponía ir a Quinchia y Darío, a Marsella. Como no se ponían de acuerdo, arrojaron una moneda al aire: gano Diego. Así que fueron a robar en Quinchia y allá los capturo la Policía. La culpa no fue de ellos dos sino de la moneda. Todos soltamos la risotada.

Me toqué instintivamente el bolsillo del pantalón y tropecé, sorprendido, con una moneda de cien pesos que había sobrevivido a la requisa. Entonces invite a Darío a que echara conmigo un “carisellazo”. También le gane. Los demás presos aplaudieron, como si acabaran de ver la liebre en el sombrero del mago.

—Es que yo soy de malas, patroncito — dijo Darío—.

Pensé —y esta vez sí lo comente en voz alta— en los versos de León de Greiff: “Juego mi vida/ cambio mi vida/ de todos modos la llevo perdida”.

El kippie desencantado

Algunos alardean de lo que suponen admirable para la sociedad: los logros, el poder, la posición. El hippie Gonzalo Caro Maya solo se ufana de su larga vida como marihuanero.

Lleva media hora hablando del tema. Primero me conto que entre julio de 1986 y diciembre de 1988 fue catador de marihuana en Holanda. El gobierno le pagaba catorce mil florines mensuales para que verificara la calidad de la hierba que se vendía en los fumaderos callejeros. Caro consumía ocho bolsas diarias y luego rendía un informe pormenorizado.

El problema con el cual se topaba más frecuente- mente era la adulteración de la marihuana: le añadían estiércol o la revolvían con brandy. En otros casos los vendedores mentían sobre el origen: decían que la hierba procedía de Colombia o de Jamaica, y en realidad era local.

—Vea, no ha nacido el que en materia de marihuana pueda meterme gato por liebre.

Caro Maya, más conocido como Carolo, tuvo un cuarto de hora en 1971, cuando organiza en el municipio de La Estrella el Festival de Ancón, una especie de Woodstook criollo que escandalizo a la conservadora sociedad antioqueña.

Después de evocar su periplo en Holanda, Carolo empezó a ufanarse de sus relaciones con ciertos marihuaneros importantes.

—Yo fume marihuana con Mick Jagger y Rod Stewart.

—¿Ah, sí? ¿Y eso dónde y cómo fue?

A continuación, cuenta que en 1981 alquilo una casa rodante para perseguir a los Rolling Stones en una gira por Estados Unidos. Según dice, como entonces ya tenía fama de ser un simpático anfitrión suramericano conectado con Kippies de todo el mundo, le resulto fácil llegar a Mick Jagger, quien a ratos le permitía entrar en su camerino. La química entre ellos fue tan grande que algunas veces fumaron hierba juntos. Por lo menos en una de esas ocasiones tuvieron la compañía de Rod Stewart.

—En Colombia, tres de los tipos que han fumado marihuana conmigo ya son expresidentes de la Republica.

Le digo ahora a Carolo que me sorprende como a pesar de que el alardea de su vida como marihuanero

rechaza el calificativo de “vicioso”. En este punto le recuerdo el gracejo del cantante Daniel Santos: “Oye, chico, yo no sé de donde han sacao que la marihuana envicia, si yo llevo cincuenta años fumando marihuana y no me he enviciao”.

—Y yo llevo cuarenta y nueve —responde.

—Cuarenta y nueve son más de tres cuartos de sus sesenta y siete años —dice—.

Cuando organiza el Festival de Ancón lo hizo porque quería sumar desde Colombia voces libertarias que pro- testaran contra la guerra de Vietnam y contra la represión sexual. Pero a estas alturas tal proclama luce obsoleta.

Quizá por eso la segunda edición de Ancón —celebrada en 2005— fracaso estruendosamente, ya que tuvo poca asistencia y solo les dejo deudas a sus organizadores. Los hippies que hace cuarenta años parecían rebeldes dispuestos a comerse el mundo, son para los muchachos de hoy unos abuelitos licenciosos.

Carolo reconoce que muchos de sus contemporáneos ya no fuman marihuana, sino que la revuelven con alcohol para untársela en las articulaciones adoloridas. El paso del tiempo, suspira, deteriora al hombre y desmantela sus utopías.

Por eso el ya no es partidario de la legalización de la marihuana, pues cree que solo serviría para ofrecerle en bandeja un nuevo negocio a las multinacionales. Suena reaccionario, concluye, pero es solo la cuita de un sonador desencantado.

Perder para ser noticia

Antes de viajar a Bogotá en 1968, el papa Paulo vi anuncio que oficiaría una misa campal en un lugar pobre de la ciudad.

El sitio escogido entonces fue el barrio Venecia.

Por aquellos días se informó, además, que el papa visitaría a dos familias del barrio. Los escogidos fueron los Pinzón y los Liévano, que entonces sobrevivían como podían en sendas casas que aún se encontraban en obra negra.

En una de las dos casas esperaron al papa con un café negro que sus escoltas le impidieron beber; en la otra le improvisaron un pequeño altar.

Durante muchos años los Pinzón y los Liévano, desconocidos antes de recibir la ilustre visita, fueron asiduos protagonistas de nuestra prensa: repetían sus testimonios sobre aquel episodio, exhibían el pocillo donde fue servido el café que el papa no se tomó, mostraban el altar.

Los reporteros informaban que las casas de estas dos humildes familias eran asaltadas frecuentemente por peregrinos que escarbaban la arena de las terrazas y la

echaban en costales, con el argumento de que esa tierra santa era de Dios y, por tanto, de toda la humanidad.

Los Pinzón y los Liévano solo existieron para nosotros en cuanto fueron seres que alguna vez se relaciona- ron con el papa. Después los olvidamos sin saber nada más acerca de la derrota que el país les había escriturado como destino.

Argenis Plazas García, un campesino tolimense, llego a Bogotá a finales de los años cincuenta. Venia huyendo de su pueblo natal, donde había sido víctima de cinco atentados. En Bogotá dormía bajo los puentes y aguanto hambre. En 1961 tuvo una fama efímera gracias a que, por suerte, fue seleccionado como el propietario de la primera casa de la urbanización Kennedy.

Las llaves del inmueble le fueron entregadas por los presidentes de Estados Unidos, John F. Kennedy —a quien Plazas le decía “señor presidente”— y de Colombia, Alberto Lleras Camargo —a quien Plazas le decía “doctor”—.

En 1963 fue invitado a la Casa Blanca. La prensa colombiana le dio un tratamiento de héroe: lo acompaño en el viaje, lo consulto sobre lo divino y lo huma- no —y el pobre hombre ni siquiera sabía leer—. El azar

le cambio la vida tanto a Plazas como a sus dieciséis hijos.

También durante muchos años su rostro apareció con frecuencia en la prensa, hasta que se lo trago el olvido.

En 2001, cuando el presidente estadounidense Bill Clinton vino por primera vez a Colombia, tenía entre sus propósitos inaugurar una vivienda fiscal en el barrio Chiquinquirá, de Cartagena. Al lado de donde estaría el imponente Palacio de Justicia se encontraba una casucha miserable habitada por Antonia Sarmiento, ama de casa de ochenta y cinco años.

A nuestro gobierno jamás le había interesado la suerte de la señora Sarmiento, pero esa vez considera vergonzoso que el presidente Clinton fuera a ver tamaño cuchitril. Así que en un tiempo record de tres días demolió la casucha y le construyo a la anciana, con materiales prefabricados, una casa digna.

Antonia Sarmiento asistió al evento oficial, pese a que nadie la invito. Comió torta y bailo cumbia, y en las entrevistas de prensa que concedió no le dio las gracias al presidente de Colombia, Andrés Pastrana, sino a Bill Clinton.

También ella existió para nosotros gracias a que el azar la cruzo en el camino de un poderoso. Pero eso quedo atrás muy pronto. Entonces sobrevino el consabido desenlace: el destierro de las paginas donde fue protagonista fugaz, la pobreza de siempre, el olvido.

Tres historias distintas y un solo país verdadero. Un país habitado por perdedores que a ratos viven su drama como si fuera una comedia. Un país de elites insensibles que jamás piensan en socorrer a los seres necesitados sino en impresionar a los visitantes poderosos. Tres historias mínimas para recordarnos, tristemente, lo que somos.

Nuestro museo de la memoria

Si hiciera un Museo Nacional de la Memoria incluiría, forzosamente, algunas estampas obvias de nuestro conflicto armado:

el rostro de las víctimas,

el rastro de los verdugos,

la Biblia de los dolientes,

las voces de todos,

los animales escuálidos abandonados en pueblos fantasmas,

los cobertizos de los desplazados.

Los agujeros en la pared,

la hamaca improvisada como ambulancia,

el barro de la trocha transitada por el herido,

el agua del rio donde fue arrojado el cadáver sin identificar.

A ese museo no podrían faltarle elementos de información y contexto:

notas de prensa sobre masacres, imágenes televisivas de pueblos tornados, fotografías de mutilaciones, testimonies de secuestros.

Expedientes de políticos infames que, directa o in- directamente, se hallaron con los asesinos para atentar contra nuestra población civil.

Reflexiones sobre nuestra historia que vayan más allá del cuento rosa en las escuelas.

Que nos ayuden a entender, a entendernos.

Que se atrevan a revisar la gomina con la cual se peinaban nuestros próceres, el moho que recubre nuestras estatuas, el daño que nos han ocasionado ciertos gobernantes.

Ensayos que permitan reconocer el trasfondo de lo que se ve: el saqueo, los privilegios, la exclusión, la desigualdad, la sublevación, la represión, la guerra, la droga, la degradación, la barbarie.

Aquí agregaría ciertos objetos que simbolicen estos años violentos:

la toalla del guerrillero “Tirofijo”, el sombrero camuflado del paramilitar Carlos Castaño.

Cadenas, grilletes, rejas, celdas, sogas, machetes, picos, navajas, bombas, tanques de gas, minas terrestres, motosierras, rifles, fusiles, fosas, tumbas, gladiolos, lapidas.

Elementos terribles, ya lo sé, pero son necesarios para que las futuras generaciones recuerden nuestro largo periodo de horror.

Y para no hacerles a los verdugos semejante favor, también propondría incluir en el museo muchas pruebas de dignidad y resistencia que nos han dado las víctimas:

Sus testimonios, su dolor, su rabia, su éxodo, su búsqueda, su exilio, sus dificultades,

su resarcimiento.

La cumbia que valientemente se atrevieron a bailar, años después, en la misma cancha donde sus parientes fueron acribillados, las coplas con las cuales celebran la vida que les queda, los negocios que fundan, su temple, su grandeza, la indulgencia que le conceden al asesino, el ejemplo que nos regalan a nosotros.

En el museo incluiría versos, pues, como decía Aristóteles, “la historia cuenta lo que sucedió y la poesía, lo que debió suceder”. Entonces acudiría a Juan Manuel Roca para recordarles a los visitantes que “en este país hay una confusión de calles y de heridas”, pero también mujeres “capaces de coser un botón al viento”.

Habría música porque somos un país que lucha cantando. Un porro de Lucho Bermúdez por aquí y una chirimía de “Son Bacoso” por allá. Ah, y la comida, con la cual expresamos nuestras querencias: el guiso de mi abuela, el sancocho de tu tía.

Al final quedaría claro lo mismo de siempre: el país es tan maravilloso que resiste eso, lo que somos.

Gladiolos en la tumba de un político honesto

Compro en la floristería varios ramos de gladiolos y sigo mi marcha hacia el cementerio. Me propongo llegar a la tumba de Gabriel Goyeneche para expresarle, treinta y cuatro años después de su muerte, mi gratitud.

Goyeneche fue un asiduo candidato a la Presidencia de la Republica entre 1958 y 1970. Un Quijote de la política. Sus ideas chifladas siguen en boca de los historiadores. Una vez propuso pavimentar el rio Magdalena para comunicar a la costa Caribe con el interior del país. “Eso es fácil y barato —dijo— porque ya el rio tiene el agua y la arena. Lo único que habría que echarle seria el cemento”.

En otra ocasión soltó este disparate: “Los tres grandes problemas de Colombia son: uno y dos”. Y todavía le sobraron arrestos para presentar ante la prensa un remedio contra la calvicie que, según él, les había permitido a muchos hombres recuperar el cabello. Uno de los periodistas, señalando sonriente la calva de Goyeneche, desconfió de la efectividad del remedio. “Lo que pasa —respondió— es que yo no hago los inventos para

mi propio beneficio”. ¿No es ese, acaso, el modelo de político honesto que tanta falta nos hace?

En el mundillo de la política es injusto dejarle a Goyeneche el monopolio absoluto de la estupidez. A Ronald Reagan, criticado como la personificación de la incultura, uno de sus

detractores le invento un chiste terrible: si algún día se le incendiaba la Casa Blanca podría perder sus dos únicos libros, “sin haber tenido tiempo de colorear ninguno de los dos”.

Pero ¿por qué ir a Estados Unidos a buscar los ejemplos, con lo caros que están los pasajes en avión? Gustavo Gómez, el excelente periodista de Caracol Radio, nos presenta en su libro Palabras prestadas a un funcionario de Tolú que expone sin ruborizarse la siguiente teoría: si en el golfo de Morrosquillo nunca se ha ahogado nadie pese a que no existe ni un solo salvavidas, tal vez es porque las playas tienen ventajas adicionales para los turistas. Cuando yo empezaba mi carrera periodística en El Universal fui testigo de varias mortandades de peces que alfombraron las calles de Cartagena. El alcalde de turno, en vez de referirse a la contaminación de la bahía, declare que el desastre lo reafirmaba en su convicción de que dentro del agua había muchos peces que seguían vivos.

Goyeneche se diferencia del común de los políticos en que sus ideas absurdas eran realmente inocentes. Jamás redacto leyes para después ayudar a sus amigos a violarlas. Jamás se halló con escuadrones asesinos para atentar contra la población civil. Y no perteneció a la estirpe de los mercenarios que cambian de partido según sus conveniencias. La pavimentación del rio Magdalena podrá ser la propuesta más risible de la historia, pero al final de cuentas no nos costó ni un solo centavo. Por eso Goyeneche se merece todos estos gladiolos que ahora arrojo sobre su tumba. Porque fue un político bruto como muchos, pero pulcro como el solo.

Se reciben paquetes

Si mandar paquetes con ciertos viajeros fuera un deporte olímpico, los colombianos nos ganaríamos todas las medallas de oro.

Aquí uno no ha terminado de anunciar el viaje cuando ya aparecen los solicitantes: el primo, el cuñado, la tía, el sobrino, la vecina, el amigo, el profesor, el compañero de trabajo. Incluso llegan algunos advenedizos: el yerno de la tía, el psicólogo del compañero de trabajo, la suegra del cuñado.

Y nos endosan los envoltorios más incomodos: vasijas de barro, camarones encocados, mermelada de borojó, harina de maíz, postre de natas bogotano, tamales tolimenses, boca chicos congelados, moldes de patacón, bocadillos veleños, hamacas sampuesanas, cucharas de totumo, chinchorros guajiros, quesadillas huilenses, queso costeño, butifarras soledeñas, café quindiano, frijoles antioqueños.

Transportar la carga supone asumir ciertos riesgos que, casi siempre, tienen sin cuidado a los remitentes: los camarones podrían descomponerse, la vasija podría quebrarse, el suero del queso podría regarse, la harina podría convertirnos en sospechosos de narcotráfico.

Si nunca has trasteado un paquete de esos, no eres colombiano. O sí, pero entonces eres un magnate que tiene casa en Palm Beach y surca el mar Egeo en su propio yate.

Y si nunca has sido tú el destinatario del paquete, tendrías que empezar a preocuparte. Algo has hecho mal cuando ningún ser querido se ha dignado enviarte cinco bagres secos para que te prepares un salpicón allá en Paris, ni una cajita de chocolatinas Jet para que en- dulces tus tardes allá en Berna.

(Porque aquí entre nos, mijito, esos tales suizos desabridos seguramente no saben hacer chocolates).

Enviamos estas encomiendas porque somos dadivosos, sentimentales, pintorescos, conchudos, patrioteros. Aceptamos llevarlas casi por las mismas razones, y porque también somos serviciales, insensatos, compasivos.

La persona que hoy se presta para transportar dos pares de gaitas sanjacinteras desde Barranquilla hasta Atlanta quizá necesitara más adelante que alguien le lleve tres kilos de café orgánico desde la Mesa de los Santos hasta Vancouver.

Importunamos, nos importunan. En esta Colombia de compinches capaces de enviar lo que en principio parecería que no puede enviarse, cualquiera compra, cualquiera envuelve, cualquiera carga, cualquiera viaja, cualquiera acarrea, cualquiera recibe, cualquiera es el descarado, cualquiera el solidario.

Mandar un sancocho de mondongo a través de una empresa de mensajería es carísimo cuando no imposible. Comprar un tiquete aéreo solo para llevárselo a nuestros parientes es gastar más dinero en el balde que en la vaca. Para eso están, entonces, los viajeros.

Encuentro muy humano un país donde, a riesgo de despertar un recelo mayor en los aeropuertos, la gente que puede viajar democratiza el espacio de sus maletas.

Al hacerlo promovemos un tipo de exportación silenciosa que no deja huellas en la economía pero si en los corazones.

Esos catorce hoyos de mazorca que llevaremos mañana a Madrid no significan nada en el producto interno bruto, pero le permiten al que está lejos reencontrar sus raíces, volver a su patio, estirar la mano para acariciarle el pelo a la tía cegatona que se los envolvía con tanto cariño.

Made in Colombia

La palabra “colombianada” es uno de esos neologismos que la internet ha puesto de moda. No aparece en el diccionario oficial de la lengua española, pero todos sabemos lo que significa: un hecho fundamentalmente cómico o raro, tan nuestro como la ruana y el sombrero vueltiao, algo único que, para mal o para bien, no podría florecer sino en nuestro suelo.

A menudo, la “colombianada” es una mofa risueña del hombre al hambre. Por ejemplo, el taburete en el paradero de buses de Sabanalarga, Atlántico, bajo un letrero que reza: “A 200 barras la sentada”. O el curio- so local que queda ubicado frente al Colegio Palestina, de Bogotá: “Expurgada de piojos y liendres en media hora”. O el baño público de El Carmen de Bolívar en el que aparece el siguiente aviso: “Orinada, $ 200. Con peo, $ 300”.

La “colombianada” es, a ratos, una superstición singular: el amuleto en la manita del bebe recién nacido dizque para protegerlo del “mal de ojo”. O la penca de sábila colgada detrás de la puerta como talismán para garantizar la prosperidad. Están también, desde luego, las recetas caseras insólitas que se propagan de boca en boca: orinar sobre tizones prendidos para combatir la enuresis nocturna, o tomar agua de apio en ayunas para bajar de peso. Y ni hablar de los nombres socarrones que muchas personas les ponen a sus negocios: en Cúcuta hay un motel para enamorados que se llama El Reposo del Guerrero y en Bogotá, una tienda de licores que se llama La Cirrosis.

Capítulo aparte merecen los malabares que inventan los pobres para hacer rendir sus exiguos recursos: la ensalada rusa con galletas de soda que reparte la gente en las fiestas populares de Barranquilla, y que misteriosamente deja satisfechos a los familiares, a los vecinos, a los

invitados y a la inmensa horda de intrusos. La costumbre de convertir los tarros desocupados de avena en jarrones para el jugo o en cofres para el tocador. El hábito de partir las servilletas de papel en cuatro partes, cada una de las cuales es un retazo transparente que escasamente le alcanza a uno para limpiarse las uñas. Por ahí derecho se llega a las muchas "colombianadas" incorporadas ya al paisaje cotidiano, las cuales podrían servirle a cualquier europeo despistado que aterrizara ahora mismo en nuestro país, para saber al romper que no se encuentra ni en Praga ni en Kyoto: los zapatos estropeados colgados en los cables de la energía, o las misceláneas más absurdas del mundo, como esta de Cartagena: "Videopolios el Charlie, lo máximo en películas y en pechugas".

El país de las "colombianadas" conserva intactas sus ilusiones y sabe reírse de sus desventuras. Forja el humor con el corazón, no con el intelecto. Hay muchísimas naciones boyantes donde los trigales son más fructíferos que los nuestros. Pero esta es la tierra que nos hace vibrar el pecho. Con su subdesarrollo, con sus locuras. Seneca solía decirlo mejor que yo: nadie ama a su patria porque es grande, sino porque es suya.

El nombre no es lo de menos

Mientras ustedes leen este libro en la comodidad de sus casas, muchos colombianos están bautizando a sus hijos con los nombres de algunos personajes famosos.

Es fácil pronosticar que hoy le aportaremos al mundo nuevos homónimos de gente archiconocida. En algunos casos se utilizará el apellido de la celebridad de turno como si fuera el segundo nombre. Así que tendremos como compatriotas a Brad Pitt González, a Janet Jackson Rodríguez y a Andrea Pirlo Cantillo.

La Registradora Nacional del Estado Civil hizo recientemente un curioso censo de los nombres en Colombia. Lo primero que salta a la vista en sus páginas es esa costumbre de venerar a la gente que suena en los medios.

En primer lugar, los notables del futbol. Ciento ochenta y cinco muchachos tienen como nombre el apellido del talentosísimo número diez del Boca Juniors: Riquelme. Y aún no hemos contado los que fueron bautizados con el mismo apellido, pero mal escrito: hay setenta y ocho Riquelmer y veintiséis Riquelmen.

Ciento ocho se llaman Messi —y ocho, Lionel y dos, Messias y dos, Messiel—. También tenemos once Palermo, seis Zanetti, cinco Tevez, cuatro Ronaldo y dos Batistuta.

Entre los personajes del poder, el preferido en es- tos tiempos es el presidente de Estados Unidos, Barack Obama. Aquí las combinaciones son más variadas: Barack Ovarna, Barack Domico, Jeffrey Barack, Hamdy Barack, Obama Maikool.

Al leer el informe soltamos una carcajada porque nos parece chistoso, pero si miráramos con cuidado sentiríamos que algo nos duele mientras nos reímos: esos nombres revelan ignorancia, exclusión. En Colombia solo hay que pedirle el registro civil al prójimo para saber si es de los que nacieron con estrella o de los que nacieron estrellados.

Es cierto que aquí cualquiera puede ser Cárdenas. Lo que pasa es que si te llamas Mauricio Cárdenas estarás predestinado a ser ministro por los siglos de los siglos, amen, sin importar quien gane la presidencia, mientras que si te llamas Movistar Cárdenas seguramente serás un vendedor de chucherías en los semáforos.

En Colombia, no nos engañemos, el nombre jamás es lo de menos. Si naces en una familia de abolengo eres bautizado con un nombre castizo como Juan Manuel, y luego ya puedes ser presidente como Thomas Jefferson. Al que carece de linaje le toca llamarse Jefferson Duque, y luego jugar futbol como los dioses para que lo tengan en cuenta.

Aquí si no eres Lleras, Horas. Si te apellidas De Brigard, del cielo te caerá una costosa bicicleta estática para que hagas gimnasia. Si te apellidas Wilches, o si te llamas Naira, tus padres te regalaran una bicicleta panadera para que hagas mandados. Te quedara, eso sí, la opción de volverte un ciclista campeón para disfrutar de tu efímero cuarto de hora.

Y por eso los excluidos ponen nombres como John Fitzgerald Pataquiva. Ellos saben que sus hijos no van a mandar ni en Somondoco, pero en nuestro país injusto la única opción que les queda para parecer notables es la pila bautismal.

El secrete de Emile Griffith

(o la tragedia de un boxeador gay)

Desde cuando se calzo los guantes por primera vez, a finales de los años cincuenta, Emile Griffith empezó a dejar tras de sí una estela de rumores. En los círculos boxisticos de Nueva York se insistía en que era homosexual.

Griffith no era amanerado, pero si un hombre apacible fuera del ring. En todo caso, cuando sonaba la campana transpiraba rudeza. Se abalanzaba sobre el rival como un perro de presa, lanzando las manos sin tregua. Además, era corajudo: aunque lo golpearan iba siempre hacia adelante, arriesgando el pellejo en cada embestida.

A ningún experto le sorprendió que ganara muy pronto el campeonato mundial del peso welter: era el rey indiscutible de su categoría.

El 24 marzo de 1962 Griffith se aprestaba a pelear contra el cubano Benny Kid Paret. Por la tarde, durante el pesaje, Paren le espeto una palabra castellana que Griffith no se esperaba.

—Maricon.

Griffith la entendió perfectamente, pues tenía varios amigos latinoamericanos en el gimnasio de Gil Clancy, sti manager. Así que cuando subió al ring se encontraba poseído por la ira.

En el sexto round estuvo a punto de ser liquidado. Súbitamente empezó a recibir una andanada de golpes, y no fue capaz de oponer resistencia. Si el árbitro, Ruby Goldstein, hubiese sido sensato, tendría que haber parado el combate y declarado ganador a Benny Kid Paret por nocaut técnico.

Pero ya en aquel momento la Señora Fatalidad se había adueñado del ring.

En el round doce Griffith acorralo a Paret en una esquina y le asesto una lluvia de golpes, todos en la cabeza. Goldstein, el referee, volvió a ser displicente.

Ya desde el momento en que recibió el segundo golpe era claro que Paret estaba noqueado, aunque permaneciera en pie. Si Goldstein hubiera detenido el combate en ese punto le habría evitado, por lo menos, una docena de porrazos terroríficos.

En su relato sobre el combate, Norman Mailer dedico un extenso pasaje a este momento. Los golpes de Griffith se oían en todo el coliseo y, años después, seguirían resonando en la conciencia colectiva de los fanáticos del boxeo. Algo irremediable, según Mailer, ocurrió en la psiquis de los espectadores que se encontraban en el Madison Square Garden viendo como Paret se desplomaba.

El cubano murió diez días después y Griffith perdió desde entonces su instinto asesino. Se volvió mediocre. Tenía apenas veinticuatro años, pero quería retirarse. El alivio que le quedaba era la solidaridad de sus amigos boxeadores.

Cuarenta años después Griffith admitió, por fin, que es homosexual. No lo reconoció mientras estaba activo — dijo— porque eso habría equivalido a un suicidio laboral. ¿Qué apostador habría arriesgado un peso por el si hubiera sabido que era gay?

Al salir del closet los amigos se le alejaron. Entonces pronuncio aquella frase triste: “Cuando maté a un hombre me acompañaron; cuando dije que amo a un hombre me dejaron solo”.

La historia dirá, eso sí, que Griffith fue un valiente cuando callo, y que también lo fue cuando decidió contar su secreto.

Los compadres (crónica de una amistad)

En Cartagena, Bernardo Caraballo no solo fue en su momento el boxeador más renombrado: también fue el más narcisista, el más ególatra, el de las vestimentas más estrafalarias. Subía al ring enfundado en una bata de piel de tigre, y además usaba una boa enrollada en el cuello. Su atuendo estaba coronado por una boina vasca, encima de la cual había un sapo vivo.

En el ring le ofrecía la mandíbula al contender, y cuando este lanzaba el puñetazo se agachaba. Caraballo era un bocón ante el cual no cabían los términos medios: se le amaba o se le odiaba. Quienes lo amaban elogiaban sus saltos de bailarín, sus desplantes. Quienes lo detestaban decían que era un payaso.

Esa polarización resultaba muy taquillera: los cartageneros iban en masa a sus combates, unos para presenciar sus trucos de mago y los otros con la esperanza de verlo boqueando en la Iona.

El otro protagonista de esta historia, Antonio Mo- chila Herrera, era un boxeador corajudo, ortodoxo. Apenas sonaba el campanazo se abalanzaba contra su rival, sin tomarse el clásico minuto de estudio. También recibía mucho castigo porque se exponía demasiado. Su manera de arriesgar la vida en cada golpe también resultaba muy taquillera.

Cuando Caraballo empezó a boxear abandono su oficio inicial de lustrabotas. Mochila, en cambio, jamás se apartó de la albañilería. He alii otra razón para que al primero se le considerara soberbio y al segundo, humilde.

Por lo que encarnaban como boxeadores y como personas, Bernardo Caraballo y Mochila Herrera eran antagonistas naturales. Tarde o temprano tendrían que enfrentarse. Además, los aficionados cartageneros habían ido creando entre ambos una atmosfera hostil cuyo destino inevitable era el ring.

La pelea fue pactada para el n de febrero de 1968. Contra todos los pronósticos, Caraballo, que no era precisamente un noqueador, gano en el cuarto round.

Unos días antes Caraballo había decidido invertir los cincuenta mil pesos que le pagarían por el comba- te en la ampliación de su casa. A la mañana siguiente, cuando le entregaron el dinero,

fue a buscar al albañil de la obra: el mismísimo Mochila Herrera. Lo encontró con la cara llena de moretones.

Un tiempo después los dos protagonistas de la historia decidieron que les faltaba un rito para sellar su amistad. Entonces Caraballo se convirtió en padrino de uno de los hijos de Mochila.

Aquel fue un momento sublime en el boxeo: dos rivales comprendieron que, aunque el uno se comportara como acróbata y el otro como domador de fieras, eran miembros del mismo circo. No se habían peleado por enemigos, sino por hermanos. A fin de cuentas, tenían mucho en común. Por ejemplo, su analfabetismo.

Caraballo —siempre tan fanfarrón— fingía ante los empresarios que revisaba sus contratos, y después se los llevaba a Zunilda, su mujer, para que ella los firmara. Mochila admitía que no sabía leer.

Otro factor común: ninguno de los dos pudo ser campeón mundial.

Por eso, vista ahora en perspectiva, la amistad de los dos fue más grande que todos los trofeos del mundo.

Me encanta el boxeo porque estoy habitado por un bar- baro que disfruta viendo como dos hombres se muelen la osamenta a puñetazos.

Crecí en un pueblo del Caribe —Arenal, Bolívar— donde pelearse a trompadas era muy común. Se usaba para resolver los conflictos antes de que se tornaran irreparables. Hasta nuestros propios padres nos preparaban el escenario para que nos aporreáramos cuando veían que estaban surgiendo entre nosotros antagonismos peligrosos.

Jamás bubo un muerto en aquellas reyertas. Tan solo vi pómulos tumefactos y narices enrojecidas. Era el precio que había que pagar para mantener a raya las enemistades. Después de la pelea, a cada muchacho se le quitaba lo que nuestros tíos llamaban “la piquiña”.

Se de otras comunidades donde los chicos resuelven sus diferencias a cuchilladas o a plomo, justamente por no tener los arrestos para darse un buen par de puñetazos.

En los pueblos atrasados del Caribe las camorras cumplían una función recreativa importante: convertían en una película de acción la vida de las esquinas. Hasta las mujeres abrían las ventanas para ver aquello. Y cuando dos hombres se encendían a golpes no decíamos que habían peleado, sino que habían “alegrado la calle”.

Yo me alegro desde niño cuando hay peleas. Todos los que pertenecemos a esta cofradía tenemos, como dice el periodista John Schulian, algo de voyeristas.

Al boxeo le debo ciertas imágenes estupendas: las piernas de Bernardo Caraballo, siempre en trance de levitación; la belleza del gancho zurdo de Joe Frazier, una jabalina que de pronto se convertía en relámpago; el movimiento del tronco de Pernell Whitaker, expresión sublime del engaño; el jab de Kid Pambelé, una mezcla de zarpazo de pantera con luz de bengala.

La egolatría de Mohammad Ali me parece una puesta en escena del Quijote. Y la plasticidad de Sugar Ray Leonard se me antoja un guiño a la cintura prodigiosa de Janet Jackson.

Dos boxeadores intercambiando golpes en un ring son más limpios que ciertos políticos. No se atacan por la espalda, ni se dan patadas por debajo de la mesa. Sus únicas armas —valga decir, los puños— están a la vista de todo el mundo.

Como si fuera poco, el boxeo actúa como una bolsa de empleo para muchachos pobres que, de otra manera, no tendrían ninguna oportunidad de sacar adelante a sus familias. Sin el boxeo, Mano e'Piedra Duran y Carlos Monzon habrían sido delincuentes.

Larry Holmes se lo plantea en los siguientes términos a la escritora Joyce Carol Oates: "Es duro ser negro. ¿Has sido negro alguna vez? Yo fui negro... cuando era pobre".

Rodrigo Valdez, nuestro gran excampeón del peso mediano, no necesito aprender a leer para descubrir que el primer ring, de todos modos, es la vida misma, que le impone sacrificio y dolor a la gente de su clase. "Más duro pega el hambre", repite.

Barry McGuigan, un carnicero iluminado, lo dice con más música: el boxeo es una oportunidad para quienes no pueden ser poetas, para quienes no saben contar historias.

La bicicleta y el tesoro

Esta mañana recordé un poema de Gonzalo Arango. Decía que a veces el tesoro no es el oro sino el esfuerzo de quien lo busca.

Después cerré los ojos para evocar algunas imágenes de los ciclistas colombianos en las cuales se apreciará eso que señalaba el poema: el sacrificio como fortuna.

Vi otra vez a Lucho Herrera sufriendo una caída aparatosa en la Vuelta a Francia de 1985. Reviví la aprensión de aquel momento, mi escalofrió. Pero a continuación Lucho volvió a levantarse. Pedalea con bravura hasta la meta. El verdadero botín no fue el triunfo en la etapa sino su coraje. Ninguna corona de laureles vale más que el rostro ensangrentado de un atleta integro. Por eso aquella postal se eternizo en nuestra memoria colectiva.

Vi otra vez a José Patrocinio Jiménez fugándose del pelotón en la Vuelta a Francia de 1983. De pronto empezó a desfallecer porque el frio era cruel. En el televisor apenas se distinguía su silueta bajo la densa capa de neblina. Jiménez se bajó de la bicicleta con la cabeza agachada. Decían los locutores radiales que estaba llorando y que parecía a punto de renunciar. En ese momento apareció su compañero Edgar Condonto Corredor, quien se puso a darle ánimo. Segundos después, los dos volvieron a la lucha.

Vi otra vez a Pacho Rodríguez liderando la Dauphine Libere de 1984. A lo largo de la competencia había superado con autoridad al mejor del mundo, Bernard Hinault. Pero en una de las jornadas su rodilla adolorida le impidió seguir corriendo. Rodríguez se apeó de la bicicleta con la cara bañada en llanto. Entonces otro colombiano, Martin Ramírez, partió de atrás súbitamente y se escapó del lote. En aquella ocasión tuvimos dos campeones: Ramírez, que termino ganando la vuelta, y Rodríguez, que durante varias etapas fue capaz de sobreponerse al dolor para dictar catedra en las carreteras francesas.

Al evocar a nuestros pedalistas también vi reveses, por supuesto, caídas de las que fue imposible levantar- se, carreras en las cuales ocupamos los últimos lugares. Pero en tales casos seguí notando arrojo. Un ciclista colombiano pierde, pero no fracasa, porque jamás regala su derrota, ni siquiera cuando se enfrenta al rival más intimidante.

Los futbolistas colombianos, aunque sean muy talentosos, siguen apocándose ante ciertos equipos que tienen más historia que calidad. A nuestros ciclistas nadie les gana de camiseta.

Durante años el ciclismo de elite en el mundo fue una farsa. Reinaban los tramposos, los que consumían porquerías químicas para obtener victorias de mentira que enriquecieran más a los

mercaderes del deporte. Nuestros muchachos se enfrentaban a subidas intransitables, a descensos temibles, a curvas feroces y a toda esa maquinaria del engaño, sin más armas que el fuego de su espíritu y un botellín de agua panela.

Esta mañana amanecí pensando en ellos. Entonces recordé el traspié más reciente. Cuando parecía imparable en su ambición de ganar la Vuelta a España 2014, Nairo Quintana sufrió una caída terrible y debió retirarse. Después del susto lo vi hermoso en su camerino. Ya no sería el campeón, pero mantenía la frente en alto porque había encontrado su tesoro.

Por puro milagro te salvaste de ser asaltante, Rene, o pistolero a sueldo, o fabricante de bombas hechizas. ¿Acaso no eran esos los oficios más apropiados para ganarse el pan y el respeto en la comuna noroccidental de Medellín?

Allí, en el nido de atrocidades donde naciste, Pablo Escobar recluto a los matones de su ejército privado. Tu pudiste haber sido uno de ellos, Rene, como les ocurrió a varios de los muchachos descalzos que crecieron contigo en el barrio Castilla.

Tu primer alfabeto fue el horror, que, de entrada, te trastoco el lenguaje. “Estar enamorado” de una persona no significaba amarla sino pretender acribillarla. “Gonorrea” no era el nombre de una enfermedad venérea sino el calificativo con el que se designaba a un fulano indeseable. Al sicario se le llamaba “dedicaliente” y al estafador, “caldoso”.

Como la vida no valla un comino, a los jóvenes les daba lo mismo tenerla que perderla. “Total —decían, con su desesperanza brutal—, no nacimos pa’semilla”. ¡Cuánta rudeza, Rene, la que había en la jerga de aquella gente! Allí quien mataba al prójimo no era un asesino sino apenas “un borrador”. Y quien caía abatido por las balas enemigas no moría, sino que empezaba a “cargar tierra con el pecho”.

Tu pudiste haber sido uno de esos muchachos escuálidos que besaban el escapulario de la Virgen María para implorarle que les afinara la puntería durante la próxima “vuelta”. Pudiste haber sido, cuando menos, el que conducía la motocicleta donde iba el francotirador. O quizá uno de esos adolescentes que se robaban un par de zapatos finos para que la chica bonita del barrio se fijara en ellos.

¿Por dónde andarías ahora si hubieras aceptado aquella vida que te tenían señalada desde antes de nacer? Estarías “pagando cana” —es decir, preso— en Bellavista. O cubierto con una “pijama de madera” en el cementerio San Pedro. En el mejor de los casos tendrías el cuerpo lleno de cicatrices, como Tobito, tu vecino, a quien le llaman Polígono porque ha sobrevivido a siete atentados.

Fue un milagro, repito, que ese entorno no te convirtiera en un atracador de camiones, ni en un ensamblador de carros-bomba, ni en un traficante de cocaína.

Sin embargo, nadie que se crie en Castilla logra burlar del todo a su destino. En algún momento le toca usar la fuerza para granjearse el respeto. O aprender la letra menuda de la vida maleva. Son las reglas, Rene: para no ofrecerse en cada esquina como víctimas, los hombres están obligados a construirse una reputación de verdugos. Algunas madres les inculcan a sus hijos, cuando estos salen a la calle por las mañanas, que siempre hay que regresar a casa “con la plática bien habida o, si no, con la plática”.

En principio la trampa se justifica porque sirve para salvar el pellejo. Pero después, como permite ascender socialmente, se vuelve motivo de admiración. Así se va gestando una

mentalidad marrullera, una necesidad permanente de sacar ventaja a cualquier precio. Era lo que sucedía, por ejemplo, cuando tú te adelantabas un metro de la portería para atajar un penalti. O cuando fingías una lesión para enfriar al equipo que estaba presionando tu arco. En el fondo, lo que hacías era aplicar el primer mandamiento de las matronas de tu barrio: buscar el triunfo, es decir, "la plática", como fuera.

Nunca has conseguido rebasar los linderos de la comuna donde creciste. Pese a haber recorrido medio

mundo, tu excursión ha sido una simple ilusión óptica. En realidad, no has viajado, Rene: tan solo has dado vueltas en redondo como un carrusel. Y el arrabal se ha adherido a tu piel como una costra. En cada retorno al punto de partida, descubres que los "dedicalientes" te han quitado un amigo. Los otros, los que siguen vivos, te acompañan a fumar y a beber con la misma fidelidad con la que un día te acompañaron a vender periódicos. Siempre, en lo malo y en lo bueno, has tenido un sentido Siciliano del clan. Esa fue la razón que te llevo a saludar a Pablo Escobar en la cárcel, un incidente por el cual tus detractores quisieron comerte vivo, como si no fuera absurdo medirte a ti, precisamente a ti, con la cinta métrica de una ética forjada lejos del infierno.

Ellos tuvieron la oportunidad de elegir. Tú, no. Desde el escritorio en el cual escribo este artículo es muy fácil referirse a Escobar con el calificativo de criminal. Pero si yo hubiera estado en tus zapatos, Rene, hambriento y sin estudios; si hubiera recibido de Escobar una provisión de víveres, si lo hubiera conocido en mi suburbio miserable regalando una cancha de futbol y una planta de energía, también habría tenido razones para llamarle "patrón" y visitarlo en su celda. Se te podrá acusar de calavera mas no de desagradecido.

La gente genuinamente amoral, como tú, es preferible a aquella que asume una posición moral de acuerdo con cada ocasión. O yo estoy loco o no entiendo cómo es que resulta más indecente entrevistarse con Escobar en la prisión que construirle una cárcel especial, con las comodidades de un hotel cinco estrellas. ¿los políticos que legislaban para favorecerlo? ¿Y los altos prelados que le bendecían las propiedades? Tomarte a ti como chivo expiatorio es una cobardía.

Espero que comprendas, Rene, que no estoy aquí para absolverte por todos tus deslices. Es cierto que el Estado colombiano, a la larga, no le garantiza la protección a nadie. Pero eso no justifica que hayas mediado, de manera irresponsable, en la liberación de una muchacha secuestrada, y menos que hayas recibido los cincuenta mil dólares que, según la enciclopedia Wikipedia, te habrían pagado por la gestión.

Hay que admitir, en justicia, que así como la comuna te oprimió con su virulencia, te obsequio muchas de tus mejores cualidades. Ya lo decía Ana Felisa, la abuela que te crio: "Lo que no mata, engorda". Sobrevivir a la

comuna te dejo esa intrepidez que derrochabas ante los grandes retos, esos cojones que te permitían taparle un penalti al delantero más temible o meterle un gol de tiro libre al River Plate.

Una tarde de 1995 tu osadía se transformó en leyenda. En el mítico Estadio de Wembley, donde se enfrentaban las selecciones de Colombia e Inglaterra, tuviste el descaro de atajar con los dos talones —cabeza hacia abajo y maños en el piso— un disparo que iba dirigido a la parte superior de tu arco. La jugada, bautizada desde entonces con el nombre de "escorpión", le dio

la vuelta al mundo. Lo mejor, como escribió en su memento Eduardo Galeano, no fue el salto acrobático que pegaste, sino tu sonrisa de bandido.

Nadie se divirtió tanto como tú en una cancha, Rene, nadie. Gozaste y regalaste gozo. A ratos exageraste, a ratos confundiste el futbol con el circo, quizá como una rebelión inconsciente contra el culto de tu barrio por lo fúnebre. Cualquiera habría apostado su cuello a que serias mercenario. Pero fuiste un portero digno, pese a que la estatura no te favorecía. Nunca atajaste como Fillol ni inspiraste la seguridad de Buffon. No jugaste como los dioses, pero los desafiaste. Esa es tu grandeza.

En la cancha, Maradona y Dunga siempre fueron antagónicos: la exquisitez y la rudeza, la lírica y el pragmatismo. El primero trazaba la fantasía con su pincel de artista, el segundo la borroneaba con su brocha gorda de albañil. Bailarín el uno, leñador el otro, parecían destinados a estar siempre en bandos contrarios: Maradona en el camarín calándose su sombrero de mago, Dunga en la carnicería limpiando su cuchillo de matarife.

Cuando se enfrentaban en el terreno de juego, Maradona se servía de sus artes de embaucador mientras Dunga esgrimía su machete de labriego. A veces gano el inspirado, a veces el tosco. En Argentina, Maradona era un Quijote rodeado de Sanchos Panzas. En Brasil, Dunga era un Sancho rodeado de Quijotes. Siendo tan diferentes, guardaban algunas semejanzas que, en todo caso, resultaban inadvertidas para el público: ambos eran líderes en sus equipos, ambos levantaban una y otra vez el trofeo de los campeones. ¿A quién se le hubiera ocurrido entonces que alguna vez estos dos seres tan disimiles terminarían pareciéndose?

Sucedió muchos años después de haber concluido ambos sus ciclos como jugadores activos, cuando se convirtieron en los directores técnicos de sus poderosas selecciones. Entonces, los dos desplegaron sus recias personalidades de caudillo. Nadie movía un dedo en sus grupos si previamente no había sido autorizado por ellos. Ellos ponían, ellos quitaban, ellos mandaban. Cada uno formo a su tropa como una réplica de sí mismo. Así, la Argentina de Maradona era prodiga en talento ofensivo pero torpe para defenderse: genialidad sin organización, inventiva sin responsabilidades. Como Diego, ni más ni menos. En el Brasil de Dunga, por el contrario, lo que primaba era el orden: alii valla más un operario dispuesto a limpiar los trombones que un maestro de música capaz de embellecer la sinfonía. En la mentalidad castrense de Dunga es posible construir un equipo sin genios como Ronaldinho y Alexandre Pato, pero no sin cavernícolas como Felipe Melo.

Argentina y Brasil, pese a su favoritismo, fueron eliminados en los cuartos de final del Mundial de Futbol de 2010. En ambos países los dedos acusadores señalaron a sus directores técnicos. De ese modo, Dunga y Maradona, tan distintos en el pasado, terminaron asemejándose en su condición de fracasados. Por primera vez en la historia fueron dignos de los mismos adjetivos: cabecidura, soberbio, burro. Por primera vez en la historia llamarse Maradona fue casi lo mismo que llamarse Dunga.

Al verlos cabizbajos en sus respectivas ruedas de prensa, al observar el fin lánguido de sus ciclos como entrenadores nacionales, al leer los titulares ácidos que les dedico la prensa de todo el mundo, comprendí que, aunque el uno fuera artista y el otro jornalero, se parecen mucho más de lo que siempre creímos. Tanto, que sucumbieron la misma semana y hasta compartieron el mismo día.

Entonces se me vino a la memoria un viejo proverbio italiano que siempre me ha encantado: “Cuando termina el juego, el rey y el peón vuelven a la misma caja”. Paz en la tumba del bailarín, paz en la tumba del leñador.

Carta abierta para Rentería

(o como pegarle con un palo a la pobreza)

Hace poco, Edgar, admitiste en una entrevista que es- tabas contemplando la posibilidad de abandonar el béisbol. Quizá lo harás —anunciaste— al final de esta temporada.

Sentí una gran nostalgia al leer tus declaraciones: he dedicado gran parte de mis últimos quince años a verte jugar. Te he seguido paso a paso como el devoto a su profeta. Cuando no televisan el partido de tu equipo, de todos modos, rastreo en internet tu actuación: busco el box score, leo tus numeritos, veo los videos. Observar tus juegos me depara una emoción pueril, elemental, semejante a la que me embargaba en la infancia cuando mi abuelo materno, el viejo Albe, me despertaba por las madrugadas para que viera con él las peleas de Pambelé.

Hoy, superada ya la primera reacción emocional ante tu anuncio, me pongo en tus zapatos y entiendo que tu decisión, además de digna, es sensata: durante las últimas campañas tu sobresaliente carrera ha ido en picada a causa de las lesiones.

Este año, por ejemplo, tan solo participaste en setenta y dos de los ciento sesenta y dos partidos que tu equipo, los Gigantes de San Francisco, jugo en la temporada regular. Primero tuviste una distensión en la ingle, luego una rotura en el muslo y después una molestia en el codo que te operaron a finales de 2009. Como tu contrato expira, va a ser muy difícil que el próximo ano alguna organización te ofrezca un convenio que este a la altura de tu jerarquía. Por bien que te vaya, te propondrán un pacto de liga menor, o quizá un contrato con incentivos proporcionales a tu rendimiento.

Guardo en la memoria, como un tesoro, tus hazañas: cinco participaciones en el juego de las estrellas, dos guantes de oro, tres bates de plata, un anillo de serie mundial, el hit que le dio el título a los Marlins de la Florida en 1997, cuatro temporadas bateando por encima de .300, siete intervenciones en postemporada. En 2003 el afamado critico Peter Gammons te considero el mejor shortstop de toda la gran carpa.

Uno podría vaticinar que las lesiones truncaran tu vieja ambición de acceder al Salón de la Fama, donde son honrados los mejores beisbolistas de la historia. Pero no te quitaran el respeto que te has ganado entre los expertos y aficionados como uno de los jugadores limpios que dignifican el enlodado béisbol de estos tiempos. Te iras sin ser un bateador de poder como Sammy Sosa, pero también sin meterle corchos al bate como lo hizo el. Compro cualquiera de tus ciento treinta y cinco jonrones, conseguidos de manera honesta, y ni uno solo de los setecientos sesenta y dos que disparo Barry Bonds tras rellenarse el cuerpo de esteroides.

En los años sesenta del siglo 20, cuando se recrudeció la segregación racial en Estados Unidos, se puso de moda este chiste: el béisbol es el deporte más justo del mundo, porque le permite al negro oprimido esgrimir un palo frente al blanco privilegiado. Un palo: eso fue, por cierto, todo lo que en tu condición de muchacho pobre y negro encontraste en el barrio Montecristo, de Barranquilla, para ganarte la vida. Con ese palo golpeaste a la pobreza que acoso a tus ocho hermanos y a tu madre viuda. Y te ganaste el derecho a vivir tu vida de jubilado precoz con la frente en alto.

Esta columna fue publicada en octubre de 2010, días antes de la World Series entre los Gigantes de San Francisco y los Rangers de Texas. Ese año había sido malo para Rentería debido a las lesiones, pero la situación mejoro ostensiblemente para él durante la Serie Mundial: al recibir el chance de jugar después de permanecer tanto tiempo en banca, se lució con el bate y con el guante. Por su actuación fue elegido el Jugador Más Valioso. Su equipo, los Gigantes de San Francisco, llevaba cincuenta y seis años sin ganar un campeonato. En el último partido Rentería pego un jonrón con dos hombres en base, y se convirtió en uno de apenas cuatro beisbolistas que, en más de un siglo, han decidido dos series mundiales con sendos batazos. Los otros tres peloteros que han logrado tal hazaña son nada menos que Lou Gehrig, Yogi Berra y Joe DiMaggio. En 2011 Rentería volvió a ser víctima de las lesiones, por lo cual se retiró a finales de esa temporada, aunque solo lo anuncio oficialmente en 2012. (Nota del autor).

La medalla de Muhammad Ali

Una cosa es ver hoy películas sobre la segregación racial en Estados Unidos, y otra cosa es haberla padecido en carne propia, Muhammad, como te sucedió a ti.

Ya a los cinco años, en tu natal Louisville, notaste la exclusión. Una tarde le preguntaste a tu padre porque todas las personas que tenían propiedades y ocupaban cargos importantes eran blancas. Tu padre solo se encogió de hombros, así que tú le replanteaste la pregunta.

—Entonces, ¿qué hacen los negros, papa?

Tú mismo encontraste muy pronto la respuesta: los negros fregaban inodoros, limpiaban caballerizas. Y en- cima, eran víctimas de fanáticos empeñados en exterminarlos. No tenían acceso ni a las universidades ni a los parques de recreación, y para jugar béisbol profesional debían afiliarse a la humillante organización que les crearon los blancos: las Ligas Negras.

Fuiste un atleta superdotado: medalla olímpica de oro a los dieciocho años, campeón mundial a los veintidós. Pero lo mejor es que tú, a diferencia de los demás boxeadores, no decidiste subir al ring para matar el hambre sino para hacerte oír. Te reinventaste a partir 298 de la locuacidad porque, sagaz como eres, descubriste que “la gente no soporta a los charlatanes, pero siempre los escucha”.

Aun después de ganar la medalla olímpica seguiste siendo despreciado por los mandamases de Kentucky. Una noche te toco llevar a tu novia a comer galletas y atún enlatado en la tienda, porque en ningún restaurante te abrieron las puertas.

Aunque los pergaminos deportivos no te sirvieran para acceder a los derechos más elementales, si podían ayudarte, como tú mismo lo dijiste, “a ser negro de otra manera”. Te cambiaste el nombre de pila, Cassius Clay, porque lo sentiste como un rotulo de mercadería puesto por los esclavistas. Te negaste a prestar el servicio militar, dijiste que no irías a Vietnam a matar a nadie en nombre de un país —el tuyo— que escupía sobre ti y sobre tus hermanos.

Te despojaron de la corona, te alejaron del ring durante tres años y medio que habrían sido, quizá, los de mayor esplendor. Hubieras podido acomodarte al establecimiento y seguir ganando millones, pero tuviste las agallas suficientes para poner tus convicciones por encima de tu necesidad de supervivencia. Sin más armas que un par de puños y una boca grande que ningún poderoso pudo silenciar, marcaste un hito en la lucha de los derechos civiles.

Larry Holmes, excampeón mundial, dijo en cierta ocasión: “Es duro ser negro. ¿Has sido negro alguna vez? Yo fui negro... cuando era pobre”. Tú, en cambio, como lo sentencio el poeta LeRoy Jones, jamás utilizaste la notoriedad para convertirte en un blanco honorario.

Le diste a tu oficio de pobre una dimensión política extraordinaria. Por eso ahora, cuando se cumplen los cincuenta años de haberte convertido en campeón mundial, todos te nombramos con respeto. Ayer un periodista deportivo recordaba que la medalla de oro que ganaste en los Juegos Olímpicos de i960 se extravió. No estoy de acuerdo con él, ¿sabes?: yo aún puedo verla brillar en tu cuello de campeón.

Una flor para Eddie Gaedel

Eddie Gaedel era un anónimo bufón en Chicago, su ciudad natal, cuando recibió aquella propuesta que le cambio la vida.

Bill Veeck, propietario de St. Louis Browns, un equipo de grandes ligas, le ofreció contrato. A Gaedel la idea se le antojo absurda: el apenas medía 112 centímetros. Esa era, justamente, la razón por la cual solo había podido conseguir trabajo en un circo.

Varios de sus amigos lo previnieron: jugar béisbol con esa estatura era ridículo y peligroso. ¿Cómo enfrentaría a un pitcher grandulón que estaría ubicado a 27 metros de distancia, y le lanzaría la pelota a 90 millas por hora?

Además, habría que ver cuánto tiempo podría sostener entre las manos un bate casi de la misma longitud suya: 107 centímetros. Y lo más temible: la zona de strike le quedaría a la altura de la cabeza.

Lo de menos era el ridículo, al que estaba acostumbrado por su vida circense. Quizá moriría de la impresión cuando viera la pelota acercándose a su rostro. O quizá terminaría decapitado por un bolazo.

El domingo 19 de agosto de 1951 se enfrentaban St. Louis Brown —equipo local— y los Tigres de Detroit. Ambas novenas andaban mal en el campeonato. De pronto los 18.369 espectadores oyeron al anunciador oficial reportando un cambio: saldría el novato Frank Saucier, de desempeño mediocre, y entraría Edward Carl Gaedel.

Ninguno de los espectadores conocía a ese bateador emergente. La sorpresa fue aún mayor cuando vieron que se trataba de un enano. El número que su camiseta tenia estampado en la espalda era una humorada: “1/8”.

Las autoridades de Grandes Ligas pararon el juego para averiguar que sucedía. Zack Taylor, manager de St. Louis Browns, salió al campo blandiendo un documento. El público siguió sin entender nada, pero en ese momento el umpire dio la orden de reanudar el partido.

Gaedel se plantó en el home plate. El primer lanzamiento del pitcher Bob Cain fue una recta terrorífica que le paso zumbando por encima de la cabeza.

—¡Bob! —canto el umpire.

Entonces todo el mundo, hasta el pitcher, soltó la risotada. Después vinieron tres lanzamientos malos, así que Eddie Gaedel recibió la base por bolas. Cuando llego a primera base en medio de carcajadas y aplausos, Zack Taylor lo reemplazo por un corredor emergente: Jim Delsing.

Así termino la carrera más fugaz de un bateador en las Grandes Ligas, la del único enano que ha pisado un diamante de béisbol.

Casi en seguida se conoció la tras escena de esta historia: Bill Veeck, famoso por sus excentricidades, creía que con su acto tremendista podría atraer más público al estadio. También quería sumarle a su palmarés como empresario de béisbol una rareza que nadie más pudiera acreditar.

Contrato a Gaedel —entonces de veintiséis años— por cien dólares, un dineral en aquellos tiempos. Y lo inscribió el viernes 17 de agosto de 1951, pues sabía que el comisionado de las Grandes Ligas solo podría verificar los datos del nuevo jugador el lunes 20, al día siguiente del partido contra Detroit.

También se descubrió entonces que Veeck le había ordenado al enano que por nada del mundo le hiciera swing a la pelota: debía limitarse a esperar que el pitcher se descontrolara ante el diminuto bateador, y le diera la

base por bolas. Si intentaba batear —lo amenazad— cual- quiera de los francotiradores que tenía emplazados en las tribunas le dispararía.

En los anales del béisbol este episodio quedo registrado como un capitulo divertidísimo. Hay fotos de Eddie Gaedel en el dogout, minutos antes de entrar en acción, sentado en las piernas de sus compañeros. Su camiseta marcada con aquel insólito número se exhibe como curiosidad en el Salón de la Fama.

Lo que vino después para Eddie no tuvo nada de gracioso: perdió la chaveta, se tornó agresivo. Un día lo arrestaron en Cincinnati por gritar obscenidades, y entonces les dijo a los policías que él era beisbolista profesional.

Murió en circunstancias extrañas el 18 de junio de 1961, cuando apenas contaba treinta y seis años. Algunos periodistas supusieron que fue asesinado.

Su tumba en Illinois es tan pequeña como fue su cuerpo en vida, pero mucho más grande que el alma de quienes lo sometieron al escarnio solo por agregarle un chiste retorcido a la historia del deporte.

Nosotros, el futbol y las mujeres

Sucedió en Brasil, donde el futbol es pan y evangelio: un hombre que estaba con su hijo haciendo la fila para ver jugar a Flamengo descubrió, de repente, que había olvidado los dos boletos.

Como Vivian cerca, el hijo fue corriendo a buscar los billetes, mientras el padre permaneció en la cola, afuera del estadio. Cuando el muchacho llego a la casa, encontró a su madre en la cama con un tipo. El niño tomo los dos boletos y, sin decir nada, partió como un rayo al reencuentro con su papa.

—Papi, te tengo una noticia muy mala —dijo el chico, jadeante.

—¿Cuál es? —pregunto el viejo, más concentrado en su pequeño radio que en el anuncio de su hijo.

—Encontré a mi mama en la cama con un señor.

—Yo te tengo una noticia peor —repuso el padre—: ¡imagínate que no va a jugar Zico!

En Argentina, donde el futbol es también una fiebre de cuarenta grados, Roberto Fontanarrosa, el genial caricaturista, nos presenta a una vieja gorda que, en una tribuna repleta, exclama: “En realidad, a mí el futbol no

me gusta, pero yo insisto en venir a la cancha a ver si en una de esas hay un gol y mi marido me abraza”.

Los dos chistes nos recuerdan el antiguo alejamiento de varones y hembras a causa del futbol, un deporte que nosotros adoramos y que ellas consideran la versión moderna del anticristo. Para las mujeres, se trata de un juego menos divertido que una hernia, en el que veintitrés idiotas —arbitro incluido— corren como lunáticos detrás de una pelota. Para nosotros, en cambio, la existencia de un día tan tedioso como el domingo solo se justifica por el futbol.

El estadio —lo digo a nombre de todos los hombres— es el templo de una liturgia en la cual la fe es estable y sincera. Tanto así que hemos podido preservarla, aunque se marcharon sacerdotes esenciales como Pele y Maradona, y muy a pesar de que el futbol se haya convertido en un hibrido de hípica con lucha libre. En cualquier caso, es una religión tan humana que tolera a los dioses falibles y admite el odio, la felicidad de ver al prójimo con el ánimo destrozado.

¿Qué es la alegría?, le preguntaron una vez al expresidente chileno Salvador Allende, frente al televisor de su casa, y el contesto sin vacilar: “La alegría se llama gol”. Su esposa, que estaba cerca, esperaba quizá que la respuesta fuera un cumplido para ella. Pero no hubo tal porque, en esas instancias, los hombres no tenemos ojos sino para el partido.

Inclusive podría asegurar que si en el Jardín del Edén hubiera existido el futbol, Adán no se habría comido el fruto prohibido y, por tanto, no estaríamos condenados a conseguir el pan con sudor y lágrimas. Me pregunto, a propósito, que suerte habría corrido el mito de la paciencia de Penélope si Ulises, su marido, en vez de permanecer diez años peleando la guerra de Troya, se hubiera ausentado un domingo —uno solo- para ir al estadio.

Las mujeres, en su gran mayoría, odian al futbol porque las desplaza. Algunas, como Virginia Woolf, expresan esa animadversión en los términos más crudos. Un poco antes de su muerte, la escritora se atrevió a comparar la presencia de una mujer en un estadio con la de un judío en un campamento nazi.

Esta inquina es evidente en un cuento celebre del escritor colombiano Álvaro Cepeda Zamudio, en el cual la protagonista, Hamada Juana, se muda a un apartamento ubicado arriba de la cancha, con la única intención de matar a los jugadores con su cerbatana envenenada. En cada encuentro los espectadores ven con sorpresa como los dos equipos terminan con siete u ocho jugadores, sin imaginar que detrás del exterminio esta la mano de una mujer de apariencia inofensiva que solo pretende no aburrirse los domingos.

La columnista española Josefina Carabias sostiene que los hombres inventamos el futbol para huir de la casa el domingo, ya que, al no tener ese día pretextos providenciales como la oficina, las horas extras y las comidas de negocio, quedábamos expuestos a oír lo que por naturaleza no soportamos: que Periquito necesita zapatos nuevos, que hay que castigar a Juanito, que Manolita tiene un novio que no me gusta...

Otra periodista, la argentina Marta Merkin, confiesa que la relación de los hombres con el futbol le despierta envidias. “Los que miran el partido en una pizzería —dice— pueden comer flan con crema, aunque hayan pedido fugazzeta con queso, y ni siquiera notaran la diferencia”.

Merkin se muestra asombrada por el hecho de que dos hombres desconocidos que se encuentran en un ascensor pueden partir del piso veintiséis y llegar al subsuelo sin saludarse. “En cambio —agrega— si uno de los dos tiene un radio, el otro le preguntara cómo va el partido y alii mismo se pondrán a hablar como dos amigos de infancia”.

Amamos a las mujeres, nacemos y morimos por ellas, y si aprendemos un lenguaje es solo para nombrar el paraíso y ofrecérselo. Pero como bien dice el poeta Juan Manuel Roca, no hay paraíso sin serpiente, lo que en términos pedestres significa que a toda luna de miel le llega su partido. Después de ese clásico del domingo volvemos a ser la caja y la tapa, la llave y la cerradura, el rio y la luna. Y podemos leer juntos el bellísimo poema de la peruana Blanca Varela en el que quedamos a paz y salvo, de una vez por todas, nosotros, el futbol y ellas:

juega con la tierra

Como con una pelota

Báilala, estréllala, reviéntala

No es sino eso la tierra

Tal en el jardín

Mi guardavallas, mi espantapájaros,

Mi Atila, mi niño

La tierra entre tus pies

Gira como nunca

Prodigiosamente bella.

El pobre Mike

Muy temprano, Mike Tyson se resignó a no ser médico, ni bailarín, ni cajero de banco, ni ingeniero industrial.

Sus amigos de barrio lo acusaban de no tener gracia, y él no sabía qué hacer cuando se enfrentaba a un problema que no se pudiera resolver a las trompadas.

En los bajos fondos de Brooklyn, Nueva York, donde ningún respeto se consigue de la noche a la mañana y donde lo mínimo que se requiere para defenderse —o para agredir— es una navaja, Tyson no necesitaba más que el poder sísmico de sus nudillos para imponer su ley. En esas calles creció, dándose trompadas con pandilleros, recibiendo porrazos de la miseria, soportando el golpe bajo de que ninguna de las muchachas de su barrio se fijara en él.

Como la fuerza era el único sistema que no le fallaba, el bueno de Mike siguió, literalmente, repartiendo puñetazos a diestra y siniestra, lo mismo para cobrar una ofensa que para conseguir un trozo de pan. Cuando tenía doce años fue arrestado por robar una billetera. Y tres años después fue expulsado de la escuela secundaria de Catskill, por agarrarle las nalgas a una

muchacha. En ambos casos, nos informan algunos testigos, actuó como si simplemente estuviera tomando lo que creía merecer.

Al llegar a la adolescencia, parecía que al rudo Mike no lo iba a matar un camión de carga, ni lo postraría una fiebre amarilla, ni habría quien pudiera reventarlo en el terreno de los puñetazos.

Sano, resultaba inexpugnable. Suelto por ahí, era peligroso. Así que había que encerrarlo en una cárcel o en un manicomio.

Fue Cus D'Amato, un veterano entrenador de boxeo, quien vio la tercera opción: el ring. Aquella violencia, punible en las calles, sería un prodigio en el cuadrilátero. Allí, Tyson podría romper costillas y fracturar mandíbulas, sin el riesgo de que lo internaran en un reformatorio. En adelante, su repertorio de golpes no solo produciría dolores sino, sobre todo, dólares.

La predicción del viejo D'Amato fue acertada. Tras una corta carrera como aficionado, Tyson se hizo profesional, y en un ano noqueo sin misericordia a los quince boxeadores que se le enfrentaron. Luego gano doce peleas más, casi todas por la vía rápida, antes de convertirse en el más joven campeón mundial peso pesado de la historia. Nadie podía con él. Nadie se preguntaba si

iba a ganar sino en que asalto dormiría a su rival. Cada nocaut era un crimen cinematográfico, una obra maestra de la demolición.

Entonces aparecieron los contratos millonarios de comercialización: Tyson salía en televisión como imagen corporativa de bienes y servicios. Se convertía en valla publicitaria, al venderles el breve espacio de su pantaloneta a anunciadores que apenas unos años atrás, cuando él era un peleador callejero que aguantaba hambre y frio, seguramente lo habrían mirado con desprecio. Al ano, se embolsaba unos veinte millones de dólares por concepto de publicidad.

También apareció el infaltable Don King, el más polémico promotor de boxeo. Y hasta el magnate Donald Trump vino a ver de qué manera podría invertir su dinero en esa prospera empresa que eran los puños de Mike. Varias modelos asaltaban a Tyson en sus sitios de concentración. Los periodistas deportivos se frotaban las manos ante la aparición del rey Midas que no veían desde los tiempos de Ali. Los empresarios de televisión hacían su negocio. Todo el mundo tenía su tajada en esta torta.

Las cifras eran contundentes: Tyson ganaba entre diez y quince millones de dólares por cada combate.

Casi siempre se deshacía de sus adversarios en dos, tres o cuatro asaltos, lo que provocaba aspavientos de circo: Tyson ganaba, decían, más de un millón y medio de dólares por minuto.

El problema es que Tyson nunca aprendió a distinguir donde terminaba el ring y donde empezaba la calle, y nadie le pudo quitar la idea de que no todos los objetivos se consiguen lanzando porrazos. Siendo campeón mundial, violo a actrices y modelos, golpeo a celadores y peatones, fue demandado y multado, sometido a terapias psicológicas y encarcelado. En la cárcel era un lucre cesante, una perdida millonaria, y no solo para el mismo, sino, sobre todo, para la larga fila de oportunistas que dependían de la única y definitiva gracia de sus puños. En la cárcel era un inútil, como lo prueba el hecho conmovedor de que ni siquiera pudo aprobar el examen de validación de bachillerato, que le hubiera servido para disminuir su condena. Había que sacarlo del calabozo y ponerlo a pelear rápido, antes de que se volviera paquidérmico y sus puños se tornaran inofensivos.

Ocurre que, al salir de la prisión, ya no era el mismo boxeador de antes. Conservaba la agresividad y la potencia, pero no la precisión y los reflejos. Fue noqueado, puesto en aprietos por boxeadores del montón. Y, finalmente, sucedió lo que se temía: Mike, que siempre había confundido las calles con el ring, ahora confundió el ring con las calles, y, como si estuviera en una reyerta de barriada, le arranco un pedazo de oreja a su oponente. Tras cumplir la

suspensión de un ano, volvió al cuadrilátero, animado por quienes no se resignan a perder en el negocio y no quieren aceptar que él, el pobre Mike, es un hombre enfermo.

Ahora está libre otra vez, quien sabe por cuánto tiempo. Tan previsible como que lo condenen de nuevo, es que lo liberen a continuación, para que siga dan- do golpes y produciendo plata. La fauna de sus explotadores no soportaría que el personaje se les envejezca en la cárcel.

Si acaso mañana nos tropezamos con la ya conocida foto del Tyson convicto, si acaso mañana lo vemos de nuevo arreado como borrego por dos gigantes agentes de la Policía, ya habremos reunido las pruebas suficientes para determinar que Mike, el pobre Mike, no es el único salvaje de esta historia.

Elogio del patacón

El escritor Eduardo Galeano conto la siguiente historia: un niño distinguió un bloque de mármol en el taller de su tío escultor. Tiempo después, el niño vio un caballo en el mesón donde antes estaba el trozo de mármol. Entonces, con la mayor inocencia del mundo, le pregunto al tío como adivino que dentro de la piedra había un animal.

Quisiera creer que a algún niño le sucedió algo similar cuando, en el mesón de una de sus tías, distinguió primero un plátano verde y luego, un patacón. Quizá entonces se preguntó cómo pudo su tía haber descubierto tamaña delicia dentro de aquella cosa de cascara ordinaria.

El patacón está dentro del plátano como el caballo dentro del mármol. Se necesita clarividencia para encontrarlo. Eso sí: cuando uno lo ve servido en el plato siente que broto espontáneamente, sin la participación de ningún ser humane. Aunque sea producto de un artificio, el patacón es natural. Una pieza escueta, unitaria, sencilla.

Siempre he creído que el patacón es más una golosina que un alimento. Se come con la misma voluptuosidad con que se paladea una chocolatina. No busco que los patacones me llenen el estómago, sino que me produzcan alegría.

Suelo recordar ciertos sucesos emotivos de mi vida a través de este manjar: cuando tenía dieciséis años comí patacones con Amalla, y luego me atreví, por fin, a tomar- la de la mano; cuando tenía veintiocho conocí al escritor Héctor Rojas Herazo, quien entonces me dijo dos frases maravillosas. La primera file cuando le pregunte quien mandaba en su casa, si él o su esposa, la niña Rochi.

—¡En mi casa se hace lo que yo obedezco! —respondió, dando un puñetazo teatral en el brazo de su mecedora—.

La segunda fue cuando la niña Rochi se nos apareció con una bandeja de patacones. Rojas Herazo probo uno y dijo:

—El patacón es la forma más blanda de la madera.

Acaso el más precioso de esos recuerdos es el siguiente: cuando tenía seis años le lleve a mama Elvia, mi abuela, una foto instantánea que acababan de tomarme en el colegio. Ella estaba en la cocina haciendo patacones. Al ver la foto no dijo nada, pero la beso. Todavía oigo ese beso en la memoria.

Quitarle al plátano verde su corteza, rebanarlo, freír los trozos, aplastarlos, bañar los patacones en agua de ajo y sal, volver a freírlos, sentir el calor del caldero, sudar, sacarlos del aceite,

servirlos. Semejante sacrificio es mucho más que un simple acto de cocina: es una liturgia. Por eso todos somos dioses mientras comemos patacones.

Sigamos comiendo patacones, que después vendrá la muerte. Comámoslos con queso, o con cama en bisté, o con suero costeño, o con hogao, o con pescado frito, o con el acompañante que cada quien prefiera. El patacón armoniza con muchísimos complementos, y es tan noble que también se puede comer solo.

En su célebre tratado de gastronomía, BrillatSavarin sostuvo que "el descubrimiento de un buen plato es más provechoso para la humanidad que el descubrimiento de una estrella". Entiendo su frase cuando recuerdo al campesino pobre que, la semana pasada, saboreaba con aire de rey unos patacones. Y cuando oigo, una vez más, aquel beso que la viejita Elvia le dio a mi foto.

Elogio de la empanada

Hay alimentos para pobres, como el guarapo de panela, y alimentos para ricos, como el salmón al ajillo. Otros se dejan comer tanto en la casucha como en el palacete. Es el caso de la empanada.

La empanada es generosa. Llega a las manos del indigente, al regazo de la vendedora ambulante, a la fiambrera del albañil, al banquete del empresario, al plato del sibarita, al mantel del gobernante.

Los alimentos, además, tienen sus nacionalidades: el chivito es uruguayo, la reina pepiada es venezolana, los raviolis son italianos, el taco al pastor es mexicano, el gazpacho es español, y así.

La empanada no tiene nacionalidad: es de todos esos países y de ninguno en particular. Es chilena, es argentina, es colombiana, es panameña, es griega, es rusa, es paraguaya, es ecuatoriana, es peruana, es cubana.

Puede que en un lugar la rellenen con picadillo de verduras, y en otro, con cama molida; puede que algunos pueblos la preparen con masa de maíz y otros, con harina de trigo. Pero la empanada siempre es única, aunque sea distinta, un bocadillo universal que no conoce fronteras.

En estos tiempos ruines se han agrandado las Brechas entre pobres y ricos. Según el Programa Mundial de Alimentos, el mundo tiene ochocientos cuarenta y dos millones de habitantes que carecen de lo suficiente para comer. Y según la ONG Intermon Oxfam, el 1 % de las familias del planeta poseen el 46 % de la riqueza mundial.

Los menesterosos comen cuando pueden, simplemente para sobrevivir. Los millonarios comen, aunque no tengan hambre, y han convertido el acto de comer en un placer cada vez más suntuoso. Gracias a semejante dislate, los restaurantes caros son ahora más abundantes que las iglesias.

En esos restaurantes, según me conto el chef Sumito Estévez, se desperdicia el 32 % de los alimentos que se cuecen diariamente, bien sea porque las raciones son excesivas o porque se emplean muchas provisiones con fines meramente estéticos.

La alta cocina es hoy un lujo sofisticado. Algunos platos no parecen salidos del fogón de un cocinero sino del cuadro de un pintor: son más bonitos que sabrosos. Uno no sabe si comérselos o llevarlos a una marquetería.

La empanada siempre estará a salvo de tales artificios porque es auténtica. Es cocinada por la abuelita que ya crio a sus hijos y ahora quiere malcriar a sus nietos, es amasada por la fritanguera de brazos rollizos que nos vio crecer en el barrio.

El hombre primitivo comía para llenarse el estómago. Empezó a comer con el alma cuando descubrió el fuego y se puso a fusionar los alimentos. Luego aprendió, por fin, a comer con la inteligencia: fue cuando entendió que no todos los víveres son compatibles.

La masa y su relleno lo son, y por eso las empanadas nos resultan tan naturales, aunque sean producto de una invención.

Mi tía Fanny come empanadas, mi vecino Asdruval come empanadas, yo como empanadas. Los tres sabemos que su grasa podría taponarnos las arterias, pero también desconfiamos profundamente de todo aquello que no nos mata.

Oda al muñeco de Ano Viejo

Me gusta el muñeco de Ano Viejo, ese monigote que en Navidad invade los vecindarios de pueblos y ciudades. Aparece desde mediados de diciembre en los extramuros, en las plazoletas, en los solares, en las avenidas.

De pies, a un costado de la terraza, o sentado en una mecedora sobre la acera, se nos va volviendo parte del paisaje. Es grato contemplarlo, rudimentario, picaresco. A ratos parece tomarnos el pelo, a ratos parece integrarse a nuestros convites. Mientras el permanezca alii el panorama será más divertido.

Me gustan sus extremidades deformes, sus facciones bruscas, sus vestimentas disparatadas. Todos esos elementos de su apariencia, vulgares individualmente, armonizan en un conjunto sobrecogedor. Son bellos, además, porque reflejan el ánimo juguetón de nuestra gente.

Eso es, precisamente, lo que más me gusta: en nuestras barriadas el muñeco de Ano Viejo no solo es pagano como lo fue desde sus orígenes coloniales, sino que responde también a un espíritu travieso: aparte de sustentar las ofrendas, sirve para descubrirle a la vida su Angulo risible.

Por eso, en nuestro medio, estos monigotes tienen más de caricatura que de tótem. Proponen la celebración a partir del remedo. Muñecos con cara de Celia Cruz para gozarse la rumba, muñecos en la bicicleta de Naira Quintana para recordarnos que podemos subir las cuestas empinadas, muñecos que se parecen a Gabo para exaltar a Macondo por los siglos de los siglos.

El 31 de diciembre por la noche serán incinerados en público. Entonces, cuando queden reducidos a una pilada de cenizas, los aldeanos consideraran arrasados sus malos tiempos y declararan el comienzo de un nuevo ciclo de oportunidades.

El escritor Mircea Eliade nos recuerda que hasta las sociedades más avanzadas utilizan rituales de regeneración basados en la abolición del pasado. De vez en cuando se necesita un sacrificio, aunque sea simbólico, para alentar la ilusión de que los astros rebeldes volverán a alinearse favorablemente.

Entre nosotros, insisto, tal sacrificio se da en clave de humor. Los parroquianos que cultivan la tradición saben que el Ano Viejo les deja muchos lastres: perdidas, enfermedades, deudas, congojas, problemas. Sin embargo, se aferran a la vida porque saben que quien está vivo es quien puede zapatear una salsa de Maelo Rivera y disfrutar un tamal preparado por la abuela.

Si alguien tiene que ser inmolado para exorcizar esos demonios, que sea el muñeco, carajo. Mientras ellos conserven arrestos seguirán en pie de lucha.

A veces, al viajar por carretera, veo ranchos míseros donde no hay arbolitos con orlas, ni bastoncitos rojos, ni cadenetas fastuosas, pero si un muñeco de Ano Viejo que, muy orondo, se fuma un puro bajo el sol. Me gusta suponer que en esa morada le conceden más valor a la restauración que al ornamento.

Bendito sea el muñeco de Ano Viejo con su piel de trapo y sus entrañas de paja. Bendito sea porque es producto de una intuición salvaje, bendito sea porque es un símbolo de resistencia que nos ayuda a prolongar la cumbiamba.

Elogio de los ancianos

Siempre me han gustado los ancianos. Amo los surcos de sus rostros, sus ojos acuosos. Cuando caminan en la distancia los sigo con la mirada hasta cuando se me pierden de vista. Sobre todo, me encanta oírlos.

Amo ser contertulio de un viejo que cuenta historias en un taburete mientras se abanica el pecho con su sombrero. Durante mi adolescencia los compañeros del colegio me llamaban “viejito precoz”.

Me llamaban así porque prefería fisgonear las conversaciones de los mayores que jugar futbol con ellos.

Oír hablar a un viejo es como leer con los oídos. Por eso el poeta senegalés Leopold Sedar Senghor decía que cuando un anciano muere es como si se quemara una biblioteca.

Ninguna imagen me conmueve tanto como la de una pareja de ancianos que caminan tornados de la mano.

Acaso esta fascinación se deba a que fui criado por abuelos. Además alcance a conocer a mis dos bisabuelas, ambas casi centenarias. La una —mama Josefita— se sabía de memoria varios cuentos de Las mil y una noches, y la otra —mama Rita— era de poquísimas palabras, pero tenía un rostro placido que daba gusto contemplar. Yo no entendía por qué, cuando estaba dormida, seguía sonriendo. En todo caso me encantaba asomarme a su habitación para espiarle el sueño.

En la infancia me asustaba mucho cuando sentía el estruendo de las tormentas del Caribe en el techo, o cuando un ventarrón embestía las ventanas. Entonces bastaba con que apareciera alguno de los viejos de mi familia para sentir que el mundo amenazante volvía a ser confiable.

Cuando hay un viejito que no encuentra con quien hablar siempre soy yo el que le arroja el salvavidas. Una vez, en la Guajira, me topé con uno de ochenta y siete años que aun presumía de su virilidad. Puse cara de que le creía, y entonces me soltó esta ocurrencia divertida.

—Yo no sé por qué le dan tanta fama al tal Viagra ese, mijo. Anoche probé una pastilla de esas ¡y eché los mismos tres de siempre!

En otra ocasión un anciano ebrio me abordo en el Paseo Bolívar de Barranquilla y me espeto una sentencia memorable:

—La mujer siempre tiene por dónde; el hombre no siempre tiene con qué.

Mi abuelo, el viejo Albe, tenía un montón de dichos campesinos muy sabios. Decía, por ejemplo, que donde ruge tigre no hay burros con reumatismo. A mí me encantaba retarlo llamándole viejo como quien lanza una acusación.

—Viejo es el sol y todavía alumbra —se defendía—.

Recordé la frase de mi abuelo esta semana, cuando vi en la prensa dos noticias que me alegraron el alma: la primera es que Rosa Elisa Salgado, una señora octogenaria nacida en Tunja, concluyo la carrera de Educación Artística y se va a graduar junto a dos de sus nietos.

La segunda es que Marcelino Cantillo y Rosa Lilia Sepúlveda se enamoraron dentro del ancianito donde viven, y acaban de casarse.

Los ancianos existen pese al desprecio de los gobernantes. Los ancianos estudian pese al olvido de sus herederos. Los ancianos aman pese a la incredulidad de los jóvenes.

De manera que volveré a llamar por teléfono al fotógrafo Nereo López, para oírle decir por enésima vez porque decidió irse a vivir a Nueva York después de los ochenta años:

—¡Para abrirme nuevos horizontes!

Quizá algún día me anime a jugar futbol con ustedes, muchachos. Pero por ahora seguiré oyendo hablar a los ancianos, es decir, frecuentando esas grandes bibliotecas antes de que la muerte me las arrebate.

Nereo, ese señor eterno

Un día le dije al fotógrafo Nereo López que había soñado que el cumplía cien años, y sus amigos le hacían tremenda fiesta.

—No joda, tú estás loco — exclamo en su jerga Caribe— A mí, cuando mucho, me quedan cinco años.

Y en seguida soltó una risotada.

Era una tarde de septiembre de 2002. Él tenía entonces ochenta y dos años y parecía obsesionado con el paso del tiempo.

—De mi archivo fotográfico —dijo— saldrían seis libros temáticos y una antología. Quisiera verlos publicados antes de morir.

—2Ya los tiene listos?

—Sí, claro, pero no se los quiero dar a cualquier editorial sino a una que me garantice que los va a publicar volando. A esta edad aplazar es sinónimo de cancelar.

Estaba sentado en la sala del apartamento donde entonces vivía, en el centra de Bogotá. Tenía sobre las piernas dos pesados álbumes que contenían varias de sus fotografías.

También allí, en las fotos, se sentía el paso del tiempo: en los automóviles descontinuados de las calles bogotanas, en los bigotes imperiales de los hacendados boyacenses, en los pantalones zancones de los carnavaleros en Barranquilla.

En una foto el compositor Rafael Escalona, todavía joven, le ofrecía serenata a una musa. En la siguiente, varios muchachos desnudos se arrojaban a un rio. En la que vino después, los músicos de una banda animaban un fandango.

Le dije que sus seres, seguramente, se encontraban marchitos o muertos; que su rio, después de tantas sequias y desbordamientos, ya era otro, y que también mutaron las trompetas de los músicos.

—¿No te dije que todo se vuelve viejo? -riposte-.

Pero lo que el califico como viejo a mi tan solo me parecía antiguo. El milagro de sus fotos, añadí, era que nos devolvían, intacto, un país que ya no existía.

Poco después de aquel encuentro, como cualquier muchacho recién egresado de la universidad, Nereo se fue a probar suerte en Nueva York, un tanto desilusionado porque en Colombia no le prestaban atención.

Allá, según me conto en un par de correos electrónicos, se sintió renovado. Encontró amigos, entusiastas

de su obra. No le publicaron los libros “volando”, como quería, pero se los publicaron, y el sobrevivió para verlos impresos.

Volví a tropezármelo en enero de 2011, esta vez en Barranquilla. Fue en la casa de nuestro amigo Jaime Abello Banfi, quien nos invitó a almorzar.

Aquella tarde me dio una lección inolvidable: yo tenía una cámara fotográfica que había comprado recientemente, y quería que él me dijera si era buena o mala. En vez de responderme la consulta, comenzó a burlarse de mí.

—Mala seria si hubiera matado a alguien.

—Póngase serio, maestro. Usted sabe de qué le hablo.

—¿A ti quien te ha dicho que esos aparatos toman fotos? Uno es el que dice: “la foto está aquí”, o “la foto esta allá”. Las cámaras solo son impresoras: imprimen la foto que uno ya tiene adentro.

Le agradecí con una palmada sobre el hombro. Eso sí: para desquitarme de su sarcasmo le recordé que, en 2002, cuando nos conocimos, el pronóstico que moriría en cinco años. Su vaticinio, le dije, había resultado un fracaso total.

Entonces sonrió, y por toda respuesta me mostro el libro que habían editado en Nueva York con sus fotos. Nereo se veía entero, contento. También los personajes retratados por el lucían radiantes. Al tomar el libro en mis maños vi a García Márquez bailando la cumbia de su noche de gloria en Estocolmo y a una boga descamisado que parecía a punto de abandonar la página.

—La belleza —le dije— no muere, y tampoco muere el que ha sabido crearla.

Entonces le prometí que, en 2020, si sigo vivo, seré yo quien le organice la fiesta de cumpleaños. No para exaltar su vejez, aclare, sino para celebrar su eternidad.

La poesía de los niños

Le piden a Salome Peláez, niña de cuatro años, que defina el amor. He aquí su respuesta:

“Me gusta casarme y comprarme un payaso”.

Luego le piden a José Piedrahita, niño de tres años, que diga quien es Dios. El responde:

“Es invisible y no se mas porque no he ido al cielo”.

Cuando Luisa Fernanda Borrero, de nueve años, tiene que definir la palabra “padre” en la hoja que le correspondió, escribe esta belleza:

“Es una persona muy especial porque nos tuvo en su corazón cuando nos tenían en el vientre”.

La persona que les pide estas definiciones a los niños para luego articular, con las respuestas que ellos den, el diccionario más bello del planeta, es el profesor antioqueno Javier Naranjo.

Naranjo ha constituido lo que muy acertadamente llama un “laboratorio del espíritu”. Desde alii sigue estimulando a los niños —sus estudiantes, sus amigos, sus hermanos— para que digan cómo ven el mundo.

La hoja está ahora en las manos de Blanca Yuli Henao, de diez años. A ella le toca definir la palabra “tranquilidad”. Y miren lo que anota:

“Por ejemplo que el papa le diga que le va a pegar y que después le diga que ya no”.

Las definiciones de los niños figuran en el libro Casa de las estrellas, del cual se acaba de publicar una cuarta edición, ampliada y con prólogo de Piedad Bonnett.

Un libro precioso, entrañable, sorprendente.

Le pregunto al profesor Naranjo, por email, como nació la idea, y él me cuenta que fue en 1988, en un colegio de Rio negro. Como se celebraba el Día del Niño, Naranjo decidió pedirles que definieran en sus cuadernos, justamente, la palabra “niño”.

Entonces Luis Gabriel Mesa, de siete años, escribió: “Un niño es un amigo, tiene el pelo cortico, juega bolas, puede jugar y puede ir al circo”.

Al leer la respuesta de Mesa, Naranjo quedo impactado por “la síntesis que hizo, la belleza de las palabras cuando se aparean de esa manera, la construcción tan sabia y tan simple”.

Luego leyó las palabras de otros niños y noto que también evidenciaban “desenfado y una hermosa irresponsabilidad”. Entonces siguió jugando con ellos, y un

día decidió seleccionar las definiciones y reunirlas en ese libro maravilloso que es Casa de las estrellas.

Cuando uno se interna en sus páginas descubre con tristeza como ven los niños el país y el modelo de familia que los adultos les estamos dejando.

Paula Franco define así la palabra “guerra”: “Es un juego que jugamos los niños de ahora”. Luis Alberto Ortiz define así la palabra “campesino”: “No tiene ni casa ni plata: solamente sus hijos”. Pablo José Jaramillo define así la palabra “dinero”: “Es muy maluco porque lo atracan a uno”. Y Karla Montes define así la palabra “esposo”: “Sinvergüenza”.

Los niños del profesor Naranjo no solo tienen voto: también tienen voz. Una voz inquietante, ocurrente, inolvidable.

Por eso Casa de las estrellas es un libro que puede faltar en la biblioteca, pero jamás en la mesa de noche.

Es alemán, pero se siente colombiano. Es ciego, pero tiene habilidades manuales que lo hacen parecer vidente. Y a sus ochenta y un años está más conectado que nunca con los niños. Estas son apenas algunas de las paradojas de la vida de Horst Damme, el propietario de Juguetes Damme, empresa fundada por su padre a finales de 1943.

Lo primero que señala este berlinés, mientras bebe una taza de café negro, es que ya no sabe cuántos caballitos de madera ni cuantas casas de muñecas ha elaborado en su taller, ubicado en un barrio del norte de Bogotá. Solo tiene claro que los suyos son juguetes que responden a una visión antigua de la vida, cuando el mundo era más rural que urbano. Los niños de entonces usaban pantalones cortos y eran criaturas Cándidas que creían en todo lo que les decían los mayores.

A pesar de que los pasatiempos infantiles de hoy son tan artificiosos, con sus héroes inverosímiles que lanzan llamas por la boca o vuelan tan alto como las águilas, el viejo Horst Damme se empeña de manera terca y romántica en producir sus artículos anticuados:

juegos de tocador y de cocina para las niñas; tractores y camiones para los niños; columpios y teatros de títeres para ambos. Juguetes tradicionales — admite— surgidos en una época en que las diversiones de la infancia no eran impuestas ferozmente por los publicistas.

Damme se enorgullece de que sus juguetes, hechos de manera artesanal, sean prácticamente irrompibles. A finales de 2009, al término de un homenaje que le tribute la Alcaldía de Bogotá, un profesor universitario lo abordo con una revelación emotiva:

—Señor Damme, yo me pase la infancia jugando con un camión que me compraron en su juguetería. Después se lo regale a mi hijo, y en este momento el que juega con él es mi nieto.

Damme comprendió que, aunque aquel hombre exaltaba la longevidad de los juguetes, en el fondo lo que estaba elogiando era la perseverancia de sus ideales. Entonces se sintió justificado. Recordó de golpe que sus producciones han llegado a las manos de seis generaciones y pensó que, después de todo, se trata de un aporte significativo a la sociedad colombiana.

Por algo decía el poeta Novalis que donde haya niños felices habrá también Edad de Oro. En estos casi setenta años ha habido guerras, epidemias, sismos, maremotos, volcanes en erupción, calentamiento global, sequias, tempestades, ríos desbordados, pero ninguno de tales desastres ha impedido el venturoso funcionamiento de Juguetes Damme.

En cierta ocasión el poeta Gonzalo Arango le pregunto a su colega Héctor Rojas Herazo que haría si le dijeran que moriría al día siguiente. Rojas respondió sin titubear: “Convocaría inmediatamente un congreso mundial de niños para discutir sobre el futuro de los juguetes”.

Viendo a Damme en su taller, convertido en el último Quijote de la infancia, se siente un alivio grande: en el planeta queda por lo menos alguien que ha entendido, caramba, que los juegos de los niños no son un simple juego.

Recordando a un amigo

El poeta Juan Manuel Roca me dijo una noche que, después de cierta edad, uno empieza a tener más amigos en los cementerios que en los bares.

Mi primer amigo en el cementerio fue Jorge García Usta, ese hermano mayor que la muerte me arrebato de manera prematura.

Lo conocí en el periódico El Universal a finales de 1985. Entonces escribía sentado a horcajadas con las piernas a ambos lados de la silla, como si estuviera domando un potro muy brioso.

Ya en aquel momento, a sus veinticinco años, parecía haberse leído todos los libros del mundo. Acaso por eso yo lo percibía como un señor precoz, pese a que tan solo me llevaba tres años.

Como además tenía vocación de pedagogo, reconstruía mis textos con un bolígrafo azul mordisqueado en la punta. Entre tanto, iba reflexionando en voz alta. La precisión en el lenguaje —decía— no es un lujo sino una necesidad.

Era esencialmente irónico. En 1991 salió al mercado el libro que escribimos juntos: Diez juglares en su patio, reportajes sobre músicos populares del Caribe Entonces un diario publicó una foto enorme de la portada, encima de una reseña insulsa. Al verme contrariado soltó esta broma estupenda:

—Hombre, no seas inconforme. Nos publican la foto de la portada, ¡y tú quieres que además se lean el libro!

Al lado de Jorge viví muchas situaciones divertidísimas que se han inmortalizado en mi memoria como evidencias de la chispa Caribe. Ante nosotros Héctor Rojas Herazo definió a cierto poeta grandilocuente como un tipo que “no hace poesía: lo que hace es fregarle la paciencia al crepúsculo”.

En otra ocasión le oímos a David Sánchez Juliao el cuento de un conocido político barranquillero que, en vísperas de unas elecciones, pronuncio un discurso en el Paseo Bolívar. “Les juro —habría dicho el político mientras le mostraba a la audiencia los bolsillos vacíos del pan talón— que por aquí jamás ha entrado un solo peso robado”. Entonces alguien del público le grito: “No joda, loco, ¿estas estrenando pantalón?”.

Mi hermano Jorge me regalo dos libros de Norman Mailer y uno de Thomton Wilder, me acerco por primera vez a la obra de Gay Talese, me obsequio un disco

de los Gaiteros de San Jacinto, me presento a la cantante Toto la Momposina, me recordó que con la palabra se puede desarmar al verdugo como hizo Sherezada.

Era un maniático del rigor. “Si ves que te brota fácil —sentenciaba— algo debe estar fallando”. Creía en el dogma de Sábato: “A un escritor no solo lo conocemos por lo que escribe, sino también por lo que borra”.

Murió en diciembre de 2005, debido a un accidente cerebro-vascular. Y desde entonces tengo claro que, tal y como dice García Márquez, la muerte no es un asunto relacionado con tumbas y gusanos, sino un suceso que nos hace perder a los amigos.

Los noventa años de Mutis

Antes de alcanzar su fama tardía como narrador, Álvaro Mutis gozo de un merecido prestigio como poeta, gracias a lo que García Márquez llamo “la hermosura quimérica” de sus versos y Octavio Paz califico como “riqueza sin ostentación y sin despilfarro”.

El próximo 23 de agosto cumplirá noventa años, y seguramente el festejo lo sorprenderá en tierra. Antes, cuando era ejecutivo de una multinacional cinematográfica, celebraba sus cumpleaños en los aviones. En aquella época le dio la vuelta al mundo diecisiete veces. Por eso su producción literaria fue lenta.

Gabriel García Márquez tiene otra explicación para la lentitud de Mutis en la escritura: se debió "al desastre de su caligrafía, que parece hecha con pluma de ganso, y por el ganso mismo".

Mutis siempre admiro a los escritores que tienen el coraje suficiente para dedicarse por entero a su vocación literaria, una condición que se le antoja "bellísima, casi parecida a la del santo". Pero reconoce que él fue un poco cobarde, porque en principio pensó en su comodidad y en la de su familia, y por eso acepto desde muy joven cargos que no tenían ningún vínculo con la escritura.

"Escribí mi poesía en los instantes que me dejaba libre el trabajo como relacionista público", dice. "Libros enteros, como Los emisarios y como Caravansary, fueron escritos en los aeropuertos".

Al leerlo uno agradece que haya escrito gran parte de su obra sin afanes, por el mero gusto de escribirla. Estos bellos versos son, acaso, una declaración de principales:

De nada vale que el poeta lo diga... el poema está hecho desde siempre.

Mutis considera desorientados a quienes vaticinan que el culto a la tecnología traerá como consecuencia la muerte de la poesía. "Se acabará el mundo —sentencia—, morirá el último hombre, pero la poesía perdurara porque, como decía Cardoza y Aragón, es la única prueba concreta de la existencia del hombre".

Él no es de esos escritores que andan pontificando sobre el compromiso político de la poesía, pues cree que el poeta solo debe aspirar a ser clarividente. "En 1980 Rafael Alberti se imagine unas Torres Gemelas

destruidas, antes de que la historia le diera la razón. Con esa magia y ese poder de la revelación poética, ya es suficiente".

Mutis ha dicho muchas veces que los hechos políticos solo empiezan a interesarle unos trescientos años después de haberse consumado. Además, repite un viejo desplante: "En este momento, por ejemplo, está empezando a interesarme la batalla de Lepanto".

En agosto los medios nos recordaran su cumpleaños número noventa. Quizá algún reportero intentara inútilmente hacerlo hablar de política. El dirá por enésima vez que el ultimo hecho político que lo desvelo sucedió en 1453: la caída de Bizancio en maños de los infieles.

Ahora bien: los lectores no necesitaremos que haya alharaca mediática en su cumpleaños para seguir celebrándolo. Si entonces la prensa no dijera nada, nosotros volveríamos a esos versos suyos que nos hacen verlo tan clarividente como el vio a Alberti.

Un Dios olvidado mira crecer la hierba.

Palabras para un maestro

Dentro y fuera de las aulas, Juan José Hoyos ha sido un maestro.

En las aulas lo fue no tanto por el hecho de que dicto clases durante casi treinta años, sino, sobre todo, porque logro inspirar a muchos alumnos, contagiarles su pasión por los libros, enviciarlos en la escritura.

Entre la legión de estudiantes que pasaron por sus maños pacientes, algunos ya tienen canas y se han convertido, a su vez, en académicos respetables.

También hay reporteros acuciosos y narradores magníficos.

Todos ellos confirman la vieja sentencia de Domingo Faustino Sarmiento: “La mejor biografía del maestro son sus discípulos”.

A Juan José lo amaron sus alumnos, inclusive aquellos a los que nunca les intereso contar historias. Lo amaron y lo aman porque él les amplio las ventanas por las cuales ven el mundo y les inoculo un veneno esplendido del cual no se repondrán jamás.

Más allá de las aulas, ayudo a preservar la rica tradición de periodismo narrativa que ha habido en su tierra, impulsando libros importantes en el fondo editorial de la Universidad de Antioquia. Y lo hizo en una época en la que casi nadie más apostaba por la crónica.

Por otro lado, es un referente como cronista.

Su obra nos trae noticias sobre un país que está más allá de la histeria mediática de cada día: sobre el ganadero cordobés que recorre las fincas de la zona compran- do muchachas de diez mil pesos; sobre el Jaibaná que esta desconsolado por la pérdida de su tambor; sobre las guerras por la tierra y el oro; sobre la selva profunda que, según sus palabras, “se cae a gritos de monte”.

Por eso su periodismo es esencial. Al leerlo no sola- mente nos enteramos: también comprendemos.

Juan José ha escrito reportajes ya clásicos, como aquel en el cual el sobreviviente de una masacre le dijo una frase que todavía nos atormenta: “Los muertos fuimos cinco”. O su memorable relato “Un fin de semana con Pablo Escobar”.

La prosa de Juan José tiene, para decirlo con palabras de Borges, la “modesta complejidad” que otorga el oficio, esa sencillez que es engañosa porque pareciera brotar sin esfuerzo, cuando lo cierto es que se debe a un trabajo encarnizado. De ahí su belleza y su eficacia.

Juan José, además, es humilde. Oye, y tiene claro que ensenar no es exponer lo que se sabe sino seguir aprendiendo. Por eso aprendió mucho mientras enseñaba. Y por eso uno aprende de él, aunque ya no enseñe. Al oírlo uno siempre descubre pistas útiles, referencias a libros que vale la pena leer.

Siempre esta —como diría Alma Guillermo prieto— “amoblando el cerebro”. Es la razón por la cual ha elaborado piezas académicas reveladoras, como el libro Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo.

La universidad me quedo debiendo a Juan José Ho-yos como profesor. La vida saldo esa deuda con creces al ponerlo en mi camino como maestro y como hermano mayor.

El nombre del dolor

Al terminar la lectura de Lo que no tiene nombre queremos contarle a alguien, y además nos preguntamos si seremos los mismos después de esta experiencia tremenda.

Necesitamos contarlo porque el libro, aparte de impresionarnos por su calidad literaria, nos deja en estado de excitación. Nos sacude, nos conmueve, nos enternece, nos ilumina, nos compromete. Produce en nosotros el deseo de dar un testimonio sobre lo que nos ha sucedido mientras leíamos.

Y lo que nos ha sucedido es que algo se nos rompió por dentro de manera muy dolorosa. Sin embargo, lo agradecemos porque tenemos la sensación de que ese desgarramiento profundo nos concierne y no nos habíamos dado cuenta. Estas páginas nos ayudan a comprender un sufrimiento que pudo haber sido nuestro.

Todos somos Daniel, el protagonista que tras padecer una enfermedad mental se suicida; todos somos la madre que cuenta la historia porque no quiere que la última palabra sobre su hijo corresponda a la muerte. Escribe para parirlo de nuevo y asegurarse de que la vida que le data esta vez sea indestructible.

Para cumplir tal propósito asume ciertos sacrificios de los cuales es consciente: remueve sus heridas todavía abiertas, se expone a la contemplación del público. Lo hace, acaso, porque comparte aquella vieja idea de Hemingway: la máquina de escribir es el psicoanalista de los escritores. Entonces se inmola porque necesita entender la decisión radical que tomo su hijo, y de paso elabora un retrato justo porque ve mucho más que la enfermedad mental y el suicidio.

En Lo que no tiene nombre se advierte una extraordinaria pulsión. La autora lleva su libro a cuestas como el penitente su antorcha. Cada página quema y alumbra. La madre que aporta el testimonio es ardiente, la escritora que intenta ponerle un nombre a su dolor es lucida, y por eso el libro arde entre las manos al tiempo que nos deslumbra con su prosa esplendida.

Con las mismas palabras con las que muestra su dolor de madre, el de su hijo Daniel y el del resto de su familia, Piedad Bonnett crea una obra de gran belleza, llena de momentos inolvidables.

Mientras contempla los retratos de su hijo, por ejemplo, la autora reflexiona en estos términos: “La fotografía, que paradoja, recupera y mata. Muy pronto

esas veinte o treinta fotografías se tragarán al ser vivo. Y habrá un día en que ya nadie sobre la Tierra recordará a Daniel a través de una imagen móvil, cambiante. Entonces será apenas alguien señalado por un índice, con una pregunta: ¿y este, quién es?”.

He alii otra razón para escribir el libro: sus palabras le devuelven a Daniel el movimiento que le quitan las fotografías, y además se lo arrebatan a la muerte para convertirlo en memoria.

Hay un momento en que Piedad Bonnett admite que sus preguntas “mueren derrotadas”. Sin embargo, se las sigue planteando. Así derrota su derrota. Y justifica con creces la publicación de este libro en el que lo sublime es terrible a la vez. Este libro necesario.

La segunda muerte de Lara

El escritor Nahúm Montt me conto una historia que me impresiono, relacionada con su novela Lara.

La recordé esta semana porque se cumplieron treinta años del asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, un exministro al que conviene tener presente con más frecuencia.

Lara era un hombre honesto que había cuestionado el hecho de que el Nuevo Liberalismo incluyera en sus filas al narcotraficante Pablo Escobar.

En parte como consecuencia de sus reclamos, Escobar fue expulsado del partido, una afrenta que nunca perdona.

Después, como ministro de Justicia, Rodrigo Lara mostro pulso firme. Impulsaba una reforma judicial que endurecería las penas para los narcotraficantes, y además consideraba que el Tratado de Extradición con Estados Unidos sería un arma muy útil en el combate contra las drogas.

Meses atrás, cuando Lara aspiro al Senado, los narcotraficantes le habían tendido una trampa: infiltraron su campana con un millón de pesos, a través de Evaristo Porras, proveedor de coca que entonces era desconocido y andaba libremente por las calles de Colombia.

Así que para deslegitimar a Lara como ministro los narcos sacaron a la luz pública el cheque del millón de pesos. Lara fue respaldado por el presidente Belisario Betancur, y a partir de entonces se obsesiono por demostrar su honradez.

Para ello se jugó a fondo en una cruzada contra los narcos. Necesitaba dejar claro que jamás había hecho ningún trato con ellos y que no les debía nada.

Los narcotraficantes recibieron un golpe tremendo: la Policía Nacional les destruyo un complejo cocalero que tenían en la selva, conocido como Tranquilan día: 19 laboratorios, 8 pistas de aterrizaje y 13,8 toneladas métricas de cocaína, avaluadas en 1200 millones de dólares.

Lara sabía que estaba sentenciado, pero le daba más valor a su honra que a su vida, así que ejerció el cargo con el arrojo de un kamikaze. Se inmolaba para salvarse.

De todo eso nos había la estupenda novela de Nahúm Montt. El retrato de Lara es tan vivido que uno vuelve a verlo en cuerpo y alma: ve el mechón rebelde de su cabello lacio, oye su voz firme, recuerda su rostro

siempre serio, percibe sus pasos en la oficina, escucha sus conversaciones frecuentes con el periodista Guillermo Cano, rememora sus ideas políticas, siente sus miedos, y además lo redescubre como un padre amoroso a pesar de su fuerte carácter.

Aquí vuelvo entonces al punto de partida: la historia de Nahúm Montt que me impresiono.

Un día se encontró con Paulo José, el menor de los hijos de Lara Bonilla. Paulo José, quien apenas tenía tres años cuando Lara fue asesinado, le agradeció a Montt por haberle permitido conocer en la literatura al padre que no conoció bien en la vida real. Sin embargo —añadió con rostro grave— necesitaba hacerle un reclamo:

—Usted es el responsable de la segunda muerte de mi padre.

Nahúm dice que quedo sorprendido. A continuación, el joven le espeto el siguiente argumento: como el libro era una novela, no parecía descabellada la idea de torcerle el cuello a la historia para que, por lo menos en la ficción, su padre se salvara. El autor de la obra pudo haberle regalado a Lara la vida que le negó la realidad, pero no lo hizo: él también era asesino.

Aunque el argumento le resulto extraliterario, Nahúm se entristeció al oírlo, y deseo con toda su alma reescribir la novela para alargar la vida de aquel hombre ejemplar.

Es cierto que en la novela Lara es asesinado por segunda vez, pero en la ficción muere para inmortalizarse. En cambio, en la realidad murió para siempre, pues su sacrificio parece haber

sido inútil: los narcos siguieron siendo poderosos, aunque mantengan ahora un perfil bajo. Financian políticos, fomentan la corrupción, exportan drogas, patrocinan nuestra guerra.

La coda histórica de la novela es desalentadora: Colombia produjo 610 toneladas métricas de cocaína en 2006, 180 toneladas más que en 2004. La cifra aumenta ano tras ano, porque mientras haya consumo, habrá producción.

La lucha contra las drogas, tal y como está planteada desde hace años por imposición de Estados Unidos, es absurda: los países consumidores ponen las fosas nasa- les y nosotros ponemos la sangre.

Lo que nos mata, entonces, no son las novelas. Para nosotros la condena de Sísifo no es literatura sino triste realidad: cargamos cuesta arriba una roca que siempre nos aplasta.

Siempre Leila

En el príncipe fue la curiosidad: de repente, la periodista y escritora Leila Guerriero descubrió en un diario que en la Pampa argentina se lleva a cabo un campeona- to nacional de baile.

Cualquier reportero promedio solo habría visto en esa breve nota de prensa el registro de un evento cultural más o menos secundario. Pero Leila vio lo que todavía no había visto, es decir, la promesa de una historia distinta y llena de conflictos.

En el principio fue la curiosidad, digo, y después la intuición. Entonces Leila se dejó guiar por el olfato hasta Laborde, el pueblo de la provincia de Córdoba donde se realiza el concurso. Lo que vio al comienzo fue lo mismo que hubiera visto cualquiera a primera vista: una competencia de baile tradicional que dura seis días.

Ya desde el primer vistazo Leila noto con su ojo perspicaz algunas características que le impresionaron: la competencia, que ella define como “folclor sin remix”, es purista: “un festival que no tiene la guitarra enchufada”.

Hasta aquí, nada del otro mundo. Podríamos estar hablando de cualquier festival en cualquier rincón apartado de cualquier país de Latinoamérica.

Si en el principio fue la curiosidad y después la intuición y luego el viaje a remolque del olfato, en este punto fue la paciencia. Leila se quedó alii, siguió buscando, así que vio un poco más: la competencia de baile que había llamado su atención es “prestigiosa y temible”, y además “requiere de un entrenamiento feroz”.

Prestigiosa porque el campeón se convierte para siempre en un personaje de culto. Temible porque cada concursante —el malambo es una danza exclusivamente para hombres— es un hibrido de bailarín con atleta de alta competencia. Necesita dotes artísticas y mucha resistencia para aguantar, en cada presentación, cinco minutos de zapateo intenso.

Por un acuerdo que no está escrito en ninguna parte pero que es sagrado, el campeón no vuelve a competir ni en ese ni en ningún otro festival. De modo que si en el principio fue la curiosidad, aquí lo fue otra vez: Leila necesitaba, según sus propias palabras, “entender por qué esa gente quería hacer tamana cosas alzarse para sucumbir”.

Leila se queda en Laborde. Merodea, observa, pregunta. Entonces ve a unos bailarines que, al zapatear en los ensayos, “golpean el piso como si quisieran arrancarle una confesión”. El lector piensa que se trata de eso, justamente: danzar para oírle la voz al piso, es decir, a la tierra, es decir, a la patria, es decir, a los ancestros.

Primero la curiosidad, después la intuición. Siempre la intuición y siempre la curiosidad. Leila se siente atraída por Rodolfo González Alcántara, uno de los participantes. Lo sigue, lo acompaña, lo escucha. Va con él a su barrio de pobres, llamado “Mataderos”. Oye a su familia. Eran tan menesterosos —cuenta la madre— que no tenían nevera, y para conservar los alimentos abrían un hueco en la tierra y lo recubran con lonas mojadas.

Rodolfo gana. Se jubila. Como a todos los campeones, la vida le cambia para siempre, pues en lo sucesivo podrá preparar a los nuevos bailarines que aspiren a concursar en Laborde, y cobrar cien dólares por hora de clase.

Leila lo ve bailar el ultimo malambo de su vida. Eso quiere decir, ni más ni menos, que es testigo de su transformación. La transformación de un hombre.

Voz superior de la generación de cronistas latinoamericanos, Leila Guerriero nos entrega un relate acera- do, conmovedor, inolvidable. Una obra maestra.

Al cerrar la última página de este libro publicado por Anagrama con el título de Una historia sencilla, concluimos que, si en el principio fue la curiosidad, al final también lo fue, y después de eso lo seguirá siendo. Siempre la curiosidad, siempre la intuición, siempre la lectura paciente de la realidad para ver que hay más allá de su fachada.

Siempre Leila.

Un ejercicio contra el olvido

La Historia con hache mayúscula siempre ha sido un asunto de vencedores: la dictan quienes están al mando. Por eso el poeta Manuel Alcántara decía que “lo curioso no es como se escribe la historia, sino como se borra”.

Se borra a los perdedores, a los excluidos, a esos que Eduardo Galeano llama “los nadies”.

“Los nadies —sigo con Galeano— cuestan menos que la bala que los mata”. Nunca han significado nada para quienes escriben la Historia con hache mayúscula.

Para la gran prensa, que a menudo escribe las noticias de primera plana con la misma tinta excluyente de los historiadores, “los nadies” solo existen como meras cifras de las tragedias.

La crónica —es decir, la historia con hache minúscula— intenta hacer menos dura tal injusticia. De modo que es un género político, como sostiene Martin Caparros, porque se rebela contra la vieja idea de que informar consiste en decides a muchos lo que les sucede a muy pocos: aquellos que tienen el poder.

Estas reflexiones surgieron mientras leía dos libros: Los escogidos, de Patricia Nieto, y El hombre que no quería set padre, de Alfonso Buitrago.

Los escogidos (Silaba Editores) cuenta la historia de “los muertos del agua”, esos cadáveres que los verdugos de nuestra eterna guerra arrojan a los ríos, acaso con la intención de seguir matándolos después de muertos, es decir, borrarles el nombre y el rostro. Desaparecerlos.

Patricia Nieto nos sacude con sus datos de gran calidad periodística: por cuenta de los barbaros, los ríos colombianos se han convertido en cementerios oprobiosos a los cuales van a parar unos veinticinco muertos diarios. Rio adentro, cada cadáver recorre un kilómetro en cinco minutos.

Los muertos del agua son enterrados como “NN”. Entonces aparecen legiones de personas que los adoptan como propios: les ponen nuevos nombres, les llevan flores, les rezan. Lo que en principio es solo un ejercicio de compasión, se transforma luego en paganismo: los adoptantes creen que sus muertos tienen poderes sobrenaturales, y les empiezan a pedir favores de santos.

Los grandes cronistas —y Patricia Nieto es enorme— no solo cifran: descifran. Esa religiosidad enrevesada, lo único que les queda a los excluidos, muestra nuestra infinita locura: somos un país que mata y luego convierte sus cadáveres en casi la única tabla de salvación.

En El hombre que no quería ser padre (Editorial Planeta), Alfonso Buitrago, un reportero prolijo, nos cuenta el drama que vivid su padre taxista debido a un tumor maligno en las cuerdas vocales.

Buitrago aplica al pie de la letra el precepto de Kapuscinski: busca el cosmos entero dentro de la gota que parece ínfima. Así, la historia de la relación con su padre —dura, amorosa— es universal a pesar de su tono particular.

El libro pone ante nuestros ojos conflictos que nos dan testimonios de gran valor sobre la condición humana, y está escrito en una prosa estupenda.

Nieto y Buitrago nos recuerdan que, más allá de lo urgente, el buen periodismo también tiene un compro-mise con lo importante.

Agradecimientos

A Ernesto McCausland Sojo (QEPD), quien me invento como columnista semanal al llevarme a las páginas editoriales de El Heraldo. Cuando le dije que yo jamás había hecho ese trabajo, me respondía: —Si lo has hecho, lo que pasa es que no te has dado cuenta.

A Anita González Rincón, asistente de dirección de El Heraldo, por su trato siempre deferente. Muchos de estos textos fueron redondeados gracias a su paciencia.

A Martha Ortiz, directora de El Colombiano, por invitarme a sus páginas editoriales poco después de haberme retirado voluntariamente de El Heraldo debido a que me costaba mucho compaginar esa responsabilidad semanal con mis otras obligaciones. Ella también creyó ver en mi a un columnista, y de ese modo hizo que me dieran ganas de serlo.

A Luis Fernando Ospina, editor de opinión de El Colombiano, que siempre me alentó de manera muy cálida.

A Francisco Jaramillo, editor de opinión de El Colombiano, por su generosidad sin límites. Me siento real- mente afortunado de tenerlo como editor.

A Julián Isaza y Adriana Garzón, editor y directora de la revista Carrusel, del periódico El Tiempo, por haberme invitado a publicar en sus páginas la columna “Limonada de coco”. La experiencia ha sido tan grata que hasta ahora no la he sentido como un trabajo.

A la revista El Malpensante, el primer medio que se animó a publicar estos textos —en la sección “Breviario”—. Supongo que en eso se basó Ernesto McCausland para decir que yo era un columnista, aunque no me hubiera dado cuenta.

A la revista SoHo, que siempre ha sido mi casa. En sus páginas, más que todo, he publicado reportajes de formato largo, pero también algunos textos breves de los que componen este libro.

A otros medios que también me ofrecieron su apoyo: Prodavinci (Venezuela), FronteraD (España), El Puercoespín (Argentina), Tinta Libre (España), La Nación (Argentina), sábado (Chile), Milenio (México), El País (España), Domingo (México), Etiqueta Negra (Perú).

A los personajes que me han contado sus historias. Gracias a ellos muchas de las columnas se convirtieron en crónicas cortas con las cuales he querido dejar un testimonio contra nuestra amnesia.

A los lectores que me envían cada domingo o cada jueves sus mensajes, así estén en desacuerdo con lo que digo. Recuerdo de manera especial a uno que me escribió para decirme que yo era muy bruto para hablar de política y que mejor siguiera ocupándome de "historias y asunticos culturales". Cuando uno pertenece a un país cuyos deportes nacionales son la politiquería y la discusión histérica, ¿cómo mantenerse al margen, apreciado lector? Sin embargo, procure seguir su consejo. Acaso porque en esencia soy un narrador, siempre me ha interesado más seducir que convencer. Eso no quiere decir que lo logre, por supuesto.

A Darío Jaramillo Agudelo, quien generosamente hizo cumplir el vaticinio de McCausland: un día me invito a almorzar a su casa, y de golpe me dijo que quería publicar el único libro mío que yo había escrito sin darme cuenta.

Entonces me puse en la tarea de releer mis propias columnas en un manuscrito que el propio Darío había armado. Había algunas en las que ya no me reconocía, y faltaban muchas que quería mirar de nuevo. En ese ejercicio edite: añadí, borre, con la intención de ser más atemporal. Ratifique lo que siempre he creído: soy un columnista de libros, alguien que quiere perdurar más en las bibliotecas que en las hemerotecas. Me interesa el tipo que lee recostado en el sofá y no tanto aquel que, al conducir su vehículo, lleva el periódico en el asiento de al lado para atragantarse de datos mientras cambia el semáforo.

Gracias a todos los que me ayudaron a inventar este libro que en gran medida escribí en los lugares más impensados —hoteles, aviones, autobuses, un tren, un buque— y, desde luego, en mi casa. Gracias a todos, digo, por haberse interesado en mis botellas de náufrago.

Índice

Divertimentos, conjeturas 5

La alegría del error 7

Un abrazo, por favor 10

Una banda sonora para mi cumpleaños 13

La peste del olvido 19

Días de radio 22

Días de telenovelas 25

El cielo que perdimos 29

Mi mejor edad 3 2

Plan de escape 34

Casa de antigüedades 37

Ah, la envidia 40

Las vacaciones, ese horrible invento 43

Esos seres arrogantes 46

Viajar es volver 50

Viajar es desbaratarse el peinado 53

Versos perversos 56

Si todo el mundo fuera Bob Dylan, nadie seria Bob Dylan (Ay, Ricardo Arjona) 59

Caribe soy 63

Una balada para el mar 65

Si no eres el muerto, ríete 69

La escultura del Joe 72

Elogio del piropo 75

Echar el cuento 78

La manteca que nos une 81

Defensa del corroncho 84

El reino de Pellongo 87

La careta de Hannibal Lecter 90

Ángeles somos 93

La realidad como comedia 97

Fiestas, soneros, celebraciones 101

Blades, siempre Blades 103

Veinte años sin El Jefe 107

El cantante 110

El corazón de Migue López 114

La música y la sangre 117

Elogio de la parranda 120

Alabanza de la máscara 135

La fiesta de la resistencia 143

Elegía para Alberto Fernández 148

Fandango triste151

Recordando al gaitero mayor 154

Una balada para Claudia de Colombia 158

El oficio 161

Botellas de náufrago 163

Crónica de una humillación 166

Decir amigos 172

Yo, el lector 175

Alabanza de las palabras 178

El oficio más bello del mundo 181

La roca de Flaubert 184

Consejos para un joven que quiere ser cronista 187

El periodismo como memoria 191

Resistir para contarla 194

Prohibido olvidar 197

Papel y lápiz, por favor 200

La ventana (o la envidia como enfermedad

profesional de los escritores) 204

Los parientes de Hemingway 207

Cuando la literatura es farándula

Crónicas, perfiles 213

La dama del perrito 215

El rio de las luces 219

El pueblo donde no matan a nadie 222

Dona Nubia y el Parque de los Sueños Justos 225

Las fotos de la discordia (Un recuerdo de Raúl Gómez Jattin) 229

Náufragos en tierra firme 232

La oftalmóloga de los perros 235

Requiem por una vendedora de bolts 238

Jugarse la vida en una moneda 241

El hippie desencantado 244

vi. Ay, Colombia 249

Perder para ser noticia 251

Nuestro museo de la memoria 255

Gladiolos en la tumba de un político honesto 259 Se reciben paquetes 262

Made in Colombia 265

El nombre no es lo de menos 268

El Coliseo y sus dioses 271

El secreto de Emile Griffith (o la tragedia

de un boxeador gay) 273

Los compadres (crónica de una amistad) 276

La vida en los puños 279

La bicicleta y el tesoro 282

Defensa de Rene Higuita 285

El bailarín y el leñador 291

Carta abierta para Rentería (o como pegarle

con un palo a la pobreza) 294

La medalla de Muhammad Ali 298

Una flor para Eddie Gaedel 301

Nosotros, el futbol y las mujeres305

El pobre Mike 311

Filias 317

Elogio del patacón 319

Elogio de la empanada 322

Oda al muñeco de Año Viejo 325

Elogio de los ancianos 328

Nereo, ese señor eterno332

La poesía de los niños 33^

El Quijote de los niños 339

Recordando a un amigo 342

Los noventa años de Mutis 345

Palabras para un maestro 348

El nombre del dolor 351

La segunda muerte de Lara 354

Siempre Leila 358

Un ejercicio contra el olvido 362

Agradecimientos 365

Alberto Salcedo Ramos (Barranquilla, 1963). Varias de sus crónicas han sido traducidas al inglés, francés, griego, italiano y alemán. Entre sus libros figuran La eterna parranda. Crónicas 1997-2011 (2011) y El Oro y la Oscuridad. La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé (2005 y 2012).

Salcedo Ramos ha ganado, entre otras distinciones, el Premio Internacional de Periodismo Rey de España, el Premio Ortega y Gasset de Periodismo, el Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa -SIP- (en dos ocasiones), el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (cinco veces), el Premio de la Cámara Colombiana del Libro al Mejor Libro de Periodismo del Ano y el Premio al Mejor Documental en la n Jornada Iberoamericana de Televisión, celebrada en Cuba.

Es maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), fundada por Gabriel García Márquez. Ha dictado talleres de crónica en varios países (España, Perú, México, Argentina, Venezuela, Ecuador, Colombia, Estados Unidos, Bolivia).

CREACION

Suelen decirme -a manera de critica- que vivo en la Luna.

¿Les he dicho yo -a manera de critica- que viven en Tierra?

Jaime Jaramillo Escobar

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 2020

en los talleres de Xpress Estudio Grafico y Digital SAS, Bogotá,

con un tiraje de 300 ejemplares.

Alberto Salcedo Ramos

Botellas de naufrago

Me gano la vida cometiendo errores, es decir, haciendo textos. El verbo texere, en latín, significa tejer. Escribir es eso: garrapatear una frase, borrarla, garrapatearla otra vez, tejerla con la siguiente, construir el sentido palabra a palabra. En cada línea fallo, en cada línea tengo una nueva oportunidad. Los errores nos retan y nos ayudan a sostener la búsqueda.

A veces el esfuerzo es insuficiente para enmendar el error. He aprendido también a bailármelo. Aparte de los yerros involuntarios derivados de mi torpeza, están los perpetrados a conciencia. Siempre he creído, por ejemplo, que es muy estúpido huir del amor para ahorrarse una estupidez. Así que cuando Cupido me apunta con su flecha le ofrezco el pecho, a sabiendas de que podría matarme. Después veré como diablos resucito. Si es imposible corregirlo, nos queda la opción de convertirlo, por lo menos, en un asunto bailable.